

BIBLIOTECA  DE AUTORES QUINDIANOS

CAMINANDO AL REVÉS

NARRATIVA



GOBERNACIÓN DEL
QUINDÍO



UNIVERSIDAD
DEL QUINDÍO

La Biblioteca de Autores Quindianos

La Biblioteca de Autores Quindianos tiene como propósito poner en circulación, en cuidadas ediciones, los trabajos creativos y de reflexión de los poetas, escritores e investigadores de nuestro departamento. La amplitud del panorama de las letras quindianas se refleja en esta colección, que incluye autores y obras de una tradición consolidada, al tiempo que abre el espacio para las nuevas miradas a la literatura y a la riqueza cultural del Quindío.

En este proyecto de carácter académico han unido sus esfuerzos la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío, con el apoyo de un Comité Editorial conformado por expertos en literatura, historia y cultura.

Lo que nos convoca es una convicción que está en la base de nuestras políticas institucionales: Es indispensable promover, apoyar y difundir el producto de la actividad intelectual, y brindar a la región puntos de encuentro para que se piense en las fortalezas propias de su historia, dinámica y diversa.

Con este conjunto de obras en ensayo, narrativa, poesía e historia, la Secretaría de Cultura de la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío, con el apoyo editorial del programa de Español y Literatura, les proponen a los lectores un espacio para el asombro, el estudio y el descubrimiento.

Julio César López Espinosa
Gobernador del Quindío.

Alfonso Londoño Orozco
Rector de la Universidad del Quindío

Rodolfo Jaramillo Ángel

Caminando al revés

Anécdotas y Crónicas

Compilación
José Rodolfo Rivera
Luis Eduardo Marulanda

Caminando al revés
© Rodolfo Jaramillo Ángel

Compilación
© José Rodolfo Rivera
© Luis Eduardo Marulanda

Caricatura del autor:
© Fabio Botero Palacio

Primera edición



Biblioteca de Autores Quindianos
Secretaría de Cultura, Gobernación del Quindío
Universidad del Quindío
Armenia, 2011

ISBN 978-958-8593-26-5

Asesoría editorial:
Licenciatura en Español y Literatura
Universidad del Quindío

Edición al cuidado de los compiladores

Todos los derechos reservados.
Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin la autorización escrita del editor.

Diseño de la portada: © Lina María Cocuy
Diagramación: Julio César Pinzón Ospina

Impresión: Centro de Publicaciones de la Universidad del Quindío

Índice

<i>Una vuelta de hoja a la Historia</i>	
José Rodolfo Rivera, Luis Eduardo Marulanda	7

Relatos de nacimiento

Cómo eran	21
Una comisión	23
Con ese sueldo	24
Núñez, voltiarepas	27
Maravilla mecánica	30
Ayuda oficial	32
Así es que me gustan	34
Para eso es mi marido	37
Elegancias femeninas	39
Bustos...	43
¿No eran?	45
Ganas de joder	47
Así mismo	49
¿Y a mí quién?	50

Rúbricas y estampas

Goloso el animalito	57
De pies a cabeza	59
Esa vecindad	61
Váyase usted, Merceditas	62
No le pegue al alcalde	64
Consueta distraído	66
Pobrecitos hombres	68
Los vasos sagrados	69
Reina de Cajamarca	71
A centavo la yarda	73
Para albóndigas	75
Muy pendejo	77
Se podían perder	79
¡Caminando al revés!	81
Con planazos tengo	83
A garrotazo limpio	86

Dolores Garra	89
La fama poética	91
Don Serafín	94
Y juéguele	95
De esas	96
Venga mañana	97
Lo que tiene es hambre	99
Por bonita	102
De cortar a cincel	103
Un pisco perdido	106
Sin pena ni gloria...	109
Dejó algo más	110
El que tiene enemigos...	112
Cuatro centavos	113
Puede hacerle daño	114
Una sola materia	115
Hablando de frutas	116
Sin más ni menos	117
Se quebraría	118
Más barato	120
A empujar	121
Saquen ustedes la conclusión	123
Locos no	125
Modas...	126

Imaginarios

Cosas de San Pedro	129
Miedo	132
Para los pendejos	135
No llore, mijito	137
Si se bañaran	139
Cristo fue el Cristo	141
Tenorio fracasado	144
Que las hay, las hay	146
Dura lección	149
Aprendiz de bruja	152
En calzoncillos	154
Ancianas y policías	156
Locos y bobos	159

No más riñas de gallos	162
El travieso Morfeo	164
Autocrucificada	167
Espiritismo	170
Era el diablo	172
Lo bien habido	174
Lo que quería	175
No supo...	176
Cruce de caminos	
Acostándonos temprano	179
Oler a chivo	181
El único pecado	182
Fusilamiento en masa	184
Tumbando rolos	185
En átomos volando	188
Los domingos solamente	191
En veintiocho planto	194
Ese viejito	197
Cachos en la espalda	199
No se asuste, monito	200
Sutilidad idiomática	201
Crónicas	
No maldigamos el oro	205
Moda H	207
Coleccionista	209
Mal educado	211
Conceptos	213
Armenia	215
Dulzaina encantada	219
Seis burritos	221
Las cigarras	224
La rosa	226
Boccaccio en la hoguera	228
Egipto	231
Barrabás	234
Marcianos	237
Lhasa	239

Una vuelta de hoja a la Historia

Rodolfo Jaramillo Ángel (Calarcá, 1912-1980) fue uno de los escritores más polifacéticos que ha tenido el Quindío. Publicó una novela, *Hombre y destino* (1942); un libro de cuentos, *Culto sacrílego y otros cuentos* (1954); *Otros y yo* (1955), una recopilación de ensayos y artículos; *Espacio interior* (1955), poemas, entre otros. Se tiene noticia de varios libros suyos que permanecen inéditos, como *Personajes de la Biblia*, *Narka* y *La familia Rentería*. Pero es en su labor como cronista, con *La alfombra mágica* (1956), *La octava salida* (1957) y *Calarcá en anécdotas* (1976), donde su obra ha cobrado validez como testimonio vivo de la Historia y sustento cultural de la región.

El cronista

“Este era el escritor y labriego Rodolfo Jaramillo Ángel. [...] Era el viejo Rodolfo, con sus hondas, maliciosas y alegres arrugas que parecían labradas a buril delgado, erguido, vital. Llevaba su única corbata, la de los domingos. Una prenda algo vistosa pero de buena calidad y, para asombro mío, pasablemente anudada al tendinoso pescuezo. Pues hay que saber que Rodolfo —el gran Rodolfo cuyo corazón se ha detenido intempestivamente— era un campesino próspero. Buen relator de su tierra y su gente, aunque su taquilla de autor hubiera sido siempre avara”¹. Valgan estas palabras de Adel López Gómez para iniciar una semblanza del escritor calarqueno como “relator de su tierra y su gente”, es decir, como cronista.

El escritor Umberto Senegal, sobrino de Jaramillo Ángel, refirió estas palabras que no distan mucho de las citadas:

¹ Adel López Gómez (1997). *ABC de la literatura del Gran Caldas*. Armenia: Universidad del Quindío, p. 240.

Con una sonrisa dibujada en el rostro, desplegaba un humor que podía ir desde lo más popular hasta lo más refinado. Poseía el arte de escuchar y valorar las historias de las personas, tanto como el don para descifrar las circunstancias históricas de su ciudad, Calarcá, en el habla de la gente: la materia fundacional de sus crónicas. Así, la prostituta, el tendero, la matrona, el transeúnte desprevenido, le brindaban, más que sus historias, la suma de la Historia de la ciudad.

Trabajaba mañana, tarde y noche en su máquina de escribir, corrigiendo y creando, lucubrando y atisbando en las rendijas que suele abrir la realidad, para penetrar en la raigambre de los *moradores*, como él mismo llamaba a los calarqueños. Apoyaba y valoraba el trabajo de los jóvenes con inquietudes literarias; en suma: un hombre bondadoso en todos los sentidos que comporta la palabra².

En conclusión, fue un cronista que supo vivir primero su ciudad para después contarla.

Como lo señala Senegal, Jaramillo Ángel escribía desde lo popular. Las crónicas surgen del trasegar por las calles, recorriendo el velo cotidiano de la cortesía, pulsando el ritmo de los nervios temporales, en los caminos, en la gente taciturna que les da sentido con su paso lento. Así, recreándose en esas otras voces, alimenta la suya propia, la de las anécdotas, que no son otra cosa que las voces de Calarcá, la presencia popular como testimonio de vida e historia.

En “Calarcá en la imaginación histórica de Rodolfo y Humberto Jaramillo Ángel”, riguroso estudio sobre los dos hermanos escritores, Carlos A. Castrillón nos dice:

La presencia de lo popular y el humor son rasgos característicos del anecdotario. Lo primero tiene que ver con los personajes, el desarrollo de la cotidianidad y los sucesos y lugares significativos. Los primeros delitos, los locos y bobos del pueblo, las prostitutas, la bohemia, las

² Umberto Senegal, en entrevista personal (Calarcá, 2011).

festividades populares, los oficios, la religiosidad, los sitios de esparcimiento, etc., muestran una aldea en sorprendente dinamismo cultural³.

También, quizá sin proponérselo, encontró lo mítico. Lo popular, el humor y lo mítico, que alimentaron parte de su obra, sobre todo sus crónicas, valen para decir que Rodolfo Jaramillo Ángel fue uno de los que mejor retrató la idiosincrasia de su región: al leerlo, nos descubrimos en nuestras raíces, encontramos al hombre marchando al compás de sus más primitivas razones, y nos damos cuenta de que lo provinciano es lo que nos sustenta, nos descifra y nos significa; nos damos cuenta de que, para decirlo con el título de uno de los más célebres ensayos de Cesare Pavese, “sin provincianos una literatura no tiene nervio” (1930). La crónica es el nervio de la región; el cronista, el corazón de ese nervio.

Calarcá en anécdotas (1976)

Sin duda alguna, *Calarcá en anécdotas* es el libro de crónicas más importante de Rodolfo Jaramillo Ángel. En él asistimos al desparpajo de una voz que arrecia con fuerza, que resuena en los recodos y corretea por los caminos, reinventándolos con su paso rítmico y vibrante. La voz madura del cronista se sustenta en cada palabra, en cada personaje, en cada diálogo; se hace viva en el lenguaje que repasa las huellas tenues del tiempo y es tan viva que pasado y presente fluctúan en la Historia, penden de un hilo que sirve de conductor de los canales comunicantes de la ciudad. Y quizá no haya palabras más exactas que las de Castrillón para describir el alcance de este libro: “El autor, con visión irónica en su función de narrador, con mucho humor y haciendo énfasis en lo picaresco [...], logra mostrarnos una realidad en sus conflictos de consolidación, en la que lo personal supera las condiciones históricas y prevalecen las pasiones en contextos muy cotidianos”.

³ Carlos A. Castrillón (2008). “Calarcá en la imaginación histórica de Rodolfo y Humberto Jaramillo Ángel”. *Revista de Investigaciones*, Universidad del Quindío, (18): 194.

Las voces allí encarnadas son palabras vivas, instaladas en un *presente continuo*, y a pesar de nacer en las páginas, quieren crecer, reproducirse en el pensamiento y elevar sus tonos propios para decirnos: nuestra historia es la tuya, la anécdota que contamos es la que tú contarías; somos iguales, lo único que difiere entre tú y nosotros es el tiempo; pero el tiempo, al circular por fuera de nosotros, al ser algo externo, sólo nos separa de manera cronológica: somos los mismos. La única diferencia es que mientras tú te imaginas la anécdota, nosotros la vivimos.

Dada la importancia de este libro, nos detendremos brevemente en algunos de sus aspectos más significativos, como lo anecdótico, lo histórico y lo mitológico. Valga la pena citar las palabras de Carlos Alberto Villegas con respecto a este particular anecdotario: “Un testimonio del aporte de las razas a la amalgama de una quindianidad que hoy lucha por afirmarse, por abrirse paso en la multiculturalidad colombiana”⁴.

Carácter anecdótico

“Relato anécdotas, no escribo historia”⁵, es una de las precisiones que hace el autor. Para él, sólo se construye la historia de la ciudad desde las vivencias de sus habitantes. Las vivencias son lo que cuenta. El *actuar* de los moradores es lo que permite que sus raíces puedan ser desglosadas en un abanico de anécdotas plurales: en su discurrir se encuentra el cimiento de sus orígenes. En la anécdota que da inicio al libro encontramos cómo la ciudad se transfigura al mismo ritmo en que actúan sus protagonistas: “Fundemos un poblado”, dirá Segundo Henao en un momento capturado por la pluma del cronista, “y las palabras de Henao fueron

⁴ Carlos Alberto Villegas (2010). “Las calles nuestras de cada día”. En Álvaro López Cortés. *Calarcá para leer*. Armenia: Optigraf, p. 277.

⁵ Rodolfo Jaramillo Ángel (1976). *Calarcá en anécdotas*. Calarcá: Quingráficas, p. 47.

semillas fecundas sembradas en ánimos resueltos, en corazones valientes, cobrando importancia hasta convertirse en realidad”.

Así, a lo largo y ancho de estas anécdotas, la ciudad se irá poblando de personajes que, a partir de sus propias vivencias e intereses, unirán los eslabones que permitirán un ilustrativo acercamiento no sólo a la identidad, sino también a la historia de una región. Cada personaje retratado por Jaramillo Ángel, sea desde el humor o desde la ironía, emerge en el libro como estandarte del origen de Calarcá.

Este entramado de personajes, acontecimientos y fechas importantes, nos indica que la ciudad y sus anécdotas son piezas de rompecabezas que universalizan la Historia con sus mínimas pero sonoras voces. El patrimonio histórico y cultural de una región camina de la mano de sus tradiciones, del trajinar por calles, trochas y casas, pues, como descubrimos en buena parte de los relatos, en el hogar empieza la lucha. Jaramillo Ángel nos resume esto en una de sus anécdotas: “Lo tradicional no es más que parte del pasado injertándose en el presente, el alma de una generación buscando supervivencia dentro de las generaciones que le siguen”.

Pero lo anecdótico cumple otras funciones:

Conservar la oralidad: Si bien es cierto que lo oral se erige como bastión de una lengua y que por tanto se reconcilia con cada generación, no lo es menos que darle cuerpo en el papel, en la escritura, contribuye a confirmar su permanencia y a trasladar lo vivido, en esa máquina del tiempo que constituye el libro, hasta lugares y tiempos insospechados. Pero lo oral, en ocasiones, no resiste lo escrito; lo escrito vive inmerso en nosotros, lo oral siempre busca la salida: aprendemos a escribir con cierto entrenamiento, mientras que las palabras empiezan a materializarse en nuestra boca con los primeros pasos. Así, mientras lo escrito perdura porque ha sido fijado, lo oral es nuestro testamento continuamente renovado.

En *Calarcá en anécdotas* lo oral toma forma y “explota” desde lo escrito, para rebasar el mero discurso testimonial. No es la voz de los testigos lo que presenciamos en las anécdotas, son los testigos mismos impostando sus *palabras*; no estamos leyendo anécdotas, nos las están contando: “Chúpate tranquilo tu tabaco, Benicio, y no me jodás. Lo que soy yo en mi puerca vida jamás volveré a hacer el papel de duende. En calzoncillos estaba cuando me agarraron en el zarzo de la casa de don...”. Y calla —como quien se guarda el resto del chisme— el nombre de la víctima en cuestión.

Los personajes hacen de Jaramillo Ángel unregonero de sus historias. A través de su voz, nos hablan en un presente que, aunque fijo en un tiempo referencial, nos cuentan en tiempo real.

Conservar la nostalgia por la ciudad: Entendiendo nostalgia como la *tristeza que retorna*, no como aquella que se sitúa en el tiempo más próximo para recuperar momentos ya idos una vez emerge. Atendiendo, pues, a su origen etimológico, no aludimos aquí a esa “tristeza” sino a otro de sus sinónimos posibles: añoranza. Parafraseando a Ricardo Piglia, la ciudad es el lugar al que siempre regresamos, pero también es el lugar del que nunca podremos salir. La ciudad es nuestra “jaula imaginaria”. No podemos abandonarla, sencillamente porque nosotros somos la ciudad, la cual no sólo es referente estadístico de un número determinado de habitantes, calles o estancias, sino ese espacio que somos y habitamos en ella.

Hay varias maneras de añorar la ciudad; la mejor de ellas es contarla. En la crónica, o en el caso de Jaramillo Ángel, en la anécdota, encontramos esa manera, que implica un acercamiento más íntimo con la realidad. El morador la rebasa y se desplaza en las palabras con la ciudad misma, llevándola a cuestas. Su extrañamiento de ella es lo que le da más vida al lenguaje anecdótico: la ciudad encarna en el habitante a través de la nostalgia, lo que hace que el espíritu de la época se dimensione muy bien en el tiempo,

porque sus acciones y preocupaciones no distan mucho de las del ciudadano moderno, si se nos permite el término.

Conservar el humor: El humor corroe porque se detiene en lo insignificante, en lo trivial, en lo imprevisto; y por lo mismo dignifica la realidad, la despoja de la seriedad con que solemos verla. En *Calarcá en anécdotas* las historias se nutren del humor, pero de uno que se solaza en la ironía, en el sinsabor y en el sarcasmo. Los personajes son pícaros. El autor reitera la burla y la broma en sus historias como una forma de escape de lo cotidiano, que en múltiples ocasiones se enfrasca en la rutina; esa que Jaramillo Ángel ve como “la vida que pasa en balde”. El humor y la ironía en sus páginas nos revelan una identidad carnavalesca; no es ya la risa sino la carcajada seca, no es tanto el humor local sino el ardor popular que nos descubre la “insignificancia” de la ciudad, entendida como el espejo en el que a diario nos reflejamos, las calles a las que siempre volvemos y las historias en las que inevitablemente nos repetimos. Lo cómico es más cruel, revela la insignificancia de la vida, nos dirá Milán Kundera en *El arte de la novela*.

Así, de lo tradicional rescatado en lo anecdótico, del pasado revisitado con jocosidad, de una generación retratada —acudiendo al vocablo inventado por el autor— en su “carrascaleñidad”, surge (para las generaciones que siguen o para los lectores que quieran visitarla), un divertido viaje a la memoria, no sólo de un pueblo y su tradición, sino de unos moradores y su trasegar por la vida.

Carácter histórico

En este anecdotario, hombre e historia se desligan del tiempo. Los sucesos que nos narran sus habitantes giran en torno a la ciudad dimensionándola. Para contarla no se necesita de un calendario, sino de aquellos que caminan sus días. El mismo autor, en una de sus más divertidas anécdotas, lo subraya: “Las fechas exactas no vienen al caso. No son necesarias ni fundamentales. Relato anécdotas, no

escribo historia. Pero en este anecdotario, créase o no, está contenida, resumida, la historia de la ciudad a través de las actuaciones de sus moradores”.

A través de sus actos, los habitantes son partícipes a la vez que protagonistas de la historia; la voz de sus personajes (reales) cobra sentido a partir de los lugares. El autor nos deja entrever que la historia les pertenece. Cada anécdota tiene el peso del tiempo, pero también de la ciudad. La voz singular de los personajes va reconstruyendo la identidad colectiva, de tal manera que el anecdotario, cual telaraña, va abarcando el registro historiográfico de la ciudad.

Lo anecdótico pasa así a ser parte de la Historia, o mejor, lo anecdótico *hace* la Historia. Y esto sucede porque las anécdotas relatadas por Jaramillo Ángel, más que cuadros pintorescos, resultan verdaderos frescos diseñados con la inmediatez de la palabra, de la acción y del pensamiento, haciendo que los personajes se vean reflejados en su naturaleza vital, dentro de una época singular.

Carácter mitológico

“El mito es un habla”, nos dice Roland Barthes. Pero también son los imaginarios colectivos de la ciudad, los modelos recurrentes que identifican a quienes la viven: el mito es un actuar y un pensar repetitivo. La anécdota va lenta, atravesando ese actuar, ese pensar, para dar cuenta de los imaginarios que nutren la ciudad. Y hablar de mito es ir más allá de un imaginario; es comprender que en la reiteración están en juego la identidad, las creencias populares, los diversos símbolos que habitan la ciudad. En otras palabras, más que en el pensamiento ligado al hecho, lo mitológico se fundamenta en el habla de aquellos que lo frecuentan. Es en primera instancia el lenguaje el que desencadena el mito, pues busca entranarse en el habla popular. Como bien lo vislumbra Camus, “los mitos no tienen vida por sí mismos. Esperan que los encarnemos nosotros”. En *Calarcá en anécdotas* lo mitológico se incorpora tanto en la ciudad como en sus habitantes. Tal como en las tragedias griegas,

lo mítico se centra en la acción; pero aquí los héroes, semi-dioses y dioses se transforman en espantos, duendes y una que otra bruja rondando en las noches.

La octava salida (1957)

Este es el octavo libro publicado por Jaramillo Ángel. He aquí la razón del título de un particular texto que reúne crónicas y cartas de amigos que abordan “conceptos sobre mi persona y sobre mi obra. No es vanidad, no es narcisismo”, afirma él. Y diríamos, sí lo es. “Sólo el eco de voces amigas que me han alentado en mi tarea de escritor”⁶. Pero no, no es sólo eso. Se trata, pues, de enamorarse del rostro que vemos en el espejo, y también del rostro que otros ven en él.

Como bien lo afirma Camus en su discurso de recepción del Nobel, “todo artista desea ser reconocido”, y Jaramillo Ángel no es la excepción. “Trabajador infatigable de la literatura”, le escribirá Adel López Gómez; y en referencia a su novela *Hombre y destino*: “es una obra que combina magistralmente las luces del alba con las sombras del ocaso”, también “alegato de defensa del Hombre digno y leal”. De su libro *Culto sacrilego y otros cuentos*: “He encontrado, al leer aquellas páginas, muchos períodos de una rara perfección”. El autor quiere sentirse acompañado en esta, su “octava salida”, en la inexorable soledad del escritor.

Y no busca una mano que guíe sus pasos, sino una que lo aliente; su voz quiere complacencia. En sus propias palabras, “nadie lo ha dicho, pero yo pienso...”. Por eso en este, su libro más personal, la escritura es de contacto, de debate permanente con la realidad y de la mano de ella: las once crónicas incluidas en *La octava salida*, además de contar la realidad, también están pensadas para enfrentarla con sentido crítico. Si la realidad supera la ficción, entonces no debemos separarla de nuestra emoción. Con este criterio,

⁶ Rodolfo Jaramillo Ángel (1957). *La octava salida*. Calarcá: Editorial Época, p. 7.

hemos seleccionado algunas crónicas que dan cuenta del rigor crítico de la escritura al defender su pensamiento frente a otro, o frente a la realidad misma: «No maldigamos el oro», «Moda H», «Coleccionista», «Mal educado» y «Conceptos».

La alfombra mágica (1956)

Alfombra mágica: objeto legendario que vuela por los aires transportando a quien se disponga en ella, a donde desee. En estas crónicas, publicadas en 1956, Jaramillo Ángel, tendido en una alfombra propia, emprende un viaje en el que se detiene en lugares y temas muy dispares entre sí, pero con una preocupación que los agrupa: su razón de ser en la Historia. La palabra “crónica” toma entonces un doble sentido: el modo en que se cuenta el tiempo y el modo como se reflexiona sobre el mismo.

«Armenia», por ejemplo, enmarca la evocación del nacimiento de una ciudad, la “feracidad de sus tierras circundantes y el espíritu emprendedor de sus moradores”⁷. «Dulzaina encantada» nos lleva, sin apenas darnos cuenta, como mecidos por sus notas, hacia el hipnótico viaje sin regreso de una “ancianita de esas de edad indefinible cuyo entretenimiento consistía en tocar en una vieja dulzaina”. «Seis burritos» nos conduce a una especie de vía crucis de seis célebres asnos, entre los que se encuentra, como ya lo imaginarán los lectores, el que tuvo el privilegio de presenciar la lucha de un valiente caballero contra unos gigantes que en realidad eran molinos de viento. «Las cigarras» es el disfrute de un concierto con invitados tan ilustres como Platón, Sócrates y Ulises, a la expectativa de que la “monotonía de sus cantos, siembre nuevas emociones en la mente y en el corazón”, tal como lo hacían los poetas líricos griegos. En «La rosa» emerge, tal como lo hacen las espumas del mar, el origen de la flor mística por excelencia; «Boccaccio en la hoguera» es una bella alegoría de la

⁷ Rodolfo Jaramillo Ángel (1956). *La alfombra mágica*. Calarcá: Editorial Época, p. 87.

quema del *Decamerón*, una de las obras inmortales de la literatura universal. En «Egipto» asistiremos al más largo de los viajes: “el viaje hacia el más allá”, un periplo faraónico que nos conducirá por varias vidas sin tener que desprendernos de la nuestra. «Barrabás» nos devuelve a la historia de uno de los personajes más visitados en la historia del cristianismo. «Marcianos», créanlo o no, es una crónica verídica sobre uno de los mitos más relevantes del espacio sideral. Por último, «Lhasa» nos llevará a un recorrido espiritual por la ciudad del Dalai-Lama.

El libro

Esta edición se propone ofrecerle al lector una muestra de la obra cronística del autor, para lo cual acudimos a los tres libros de crónicas a los que ya nos hemos referido⁸. El libro está dividido en cinco apartados, cinco caminos distintos que conducen a uno solo, a un mismo encuentro: al de la ciudad ambulante en la palabra, esculpida en las historias: la ciudad *apalabrada* que constituye un entramado variopinto que da cuenta de la pluralidad narrativa del escritor calarqueño. Estos apartados son: 1. *Relatos de nacimiento* (14), que se remite, más que al nacimiento de una ciudad, a su continuo renacer, al espíritu que crece y se vivifica al mismo pulso de su fundación; porque la ciudad se construye por sus habitantes, y no al contrario. 2. *Rúbricas y estampas* (40), retratos, semblanzas, perfiles: distintas maneras de significarnos. 3. *Imaginario* (21), el mito como mirada supersticiosa, la ciudad como albergue mitológico: crónicas que vienen y van entre la imaginación o el afán de fabular el origen, o por preguntar sobre lo divino para terminar accediendo al reino de la especulación. 4. *Cruce de caminos* (12), en el que un coro de voces abrirá profundas historias,

⁸ Esta edición es fruto de la línea de investigación en *Relecturas del canon literario*, dirigida por el profesor Carlos A. Castrillón, del grupo de investigación en Didáctica de la Lengua Materna y la Literatura (Licenciatura en Español y Literatura, Universidad del Quindío), en su proyecto “Recuperación de textos” de las literaturas regionales.

muchas puertas como misceláneas de distintas miradas, muchas voces como evidencia de un carrusel de lenguajes que se deslizan entre el tiempo y sus vivencias: un cruce donde los demás apartados y el lector confluirán en el penúltimo paso y la penúltima palabra. Y 5. *Crónicas* (15), que contiene textos que se desligan de la anécdota, y se inscriben con rigor en la crónica.

El lector encontrará, en *Caminando al revés*, entre crónicas y anécdotas, un total de 102 relatos, que se distribuyen así: De *Calarcá en anécdotas*, 87, que corresponden a los primeros cuatro apartados; de *La octava salida*, 5, y de *La alfombra mágica*, 10.

Para esta edición se siguieron fielmente los originales de los tres libros de crónicas de Rodolfo Jaramillo Ángel⁹. En todos los textos seleccionados se corrigieron las erratas, las inconsistencias tipográficas y las convenciones de los diálogos; además, se ajustó la puntuación irregular y se actualizó la ortografía de algunas palabras.

Dejamos ahora ante el lector la puerta que pronto se abrirá. Rodolfo Jaramillo Ángel extiende la *alfombra mágica*, y con una voz pausada, suspendida en el espacio, pero vigorosa y certera, nos dice que debemos prepararnos para nuestra primera salida, ya que está ansioso por ofrecernos su ciudad en unos cuantos relatos.

La alfombra queda, pues, tendida para que el lector inicie el viaje.

José Rodolfo Rivera
Luis Eduardo Marulanda
Universidad del Quindío

⁹ Rodolfo Jaramillo Ángel publicó, en diarios y revistas de circulación regional y nacional, muchas más crónicas y textos relacionados que no forman parte de esta selección.

Relatos de nacimiento



Cómo eran

¡Luis Tabares! ¿Pero quién fue Luis Tabares? Con ese nombre y siendo mayor de edad cualquiera puede tener cédula de ciudadanía pero nada más.

Luis Tabares contaba el 29 de junio de 1886 ocho años de edad y vivía con sus padres en tierra quindiana, en pleno corazón de la selva, entre sementeras incipientes, en un rancho de vara en tierra.

Sus progenitores se habían afincado allí, ansiosos de crearse un porvenir desahogado, atraídos por la feracidad de la Hoya Quindiana.

Separadas por anchísimas fajas de selva virgen otras mejoras empezaban a surgir. Eran nuevos colonos que llegaban, como Luis Tabares, padre, armados de hacha y machete, resueltos a disputarles a las fieras un dominio centenario.

Allá a muchas leguas, recostado al pie de la Cordillera Central, Salento iniciaba su vida civil convertido en puesto de avanzada para la que sería una asombrosa conquista.

Colonos establecidos en la faja de tierra aprisionada por el “Quindío” y el “Santodomingo”, en grupos para defenderse de las emboscadas del oso y del tigre, por entre trochas abiertas en la intrincada maraña, iban hasta Salento a proveerse de víveres, ropas y herramientas.

¿Cómo evitar viajes tan necesarios pero a la vez tan penosos?

—Fundemos un poblado —propuso Segundo Henao.

Y las palabras de Henao fueron semillas fecundas sembradas en ánimos resueltos, en corazones valientes, cobrando importancia hasta convertirse en realidad.

¡Una nueva población! Luis Tabares padre, Comisario de la región, encargado de citar a los colonos cuando las autoridades de Salento había de ellos menester, fue del mismo parecer.

En mejoras plantadas por Ramón Franco, cedidas a título de venta por la suma de ciento cincuenta pesos a la

recién organizada Junta Pobladora, el 29 de junio de 1886 cinco colonos estamparon sus firmas en un histórico documento: El Acta de Fundación de Calarcá.

A falta de escritorio, el pliego de papel fue colocado sobre un tronco de “arenillo”. Uno a uno los cinco colonos fueron garabateando la firma avalada por el Comisario Luis Tabares.

Luis Tabares hijo, con los infantiles ojos muy abiertos, presenciaba el acto sin sospechar la inmensa trascendencia que con el transcurso de los años habría de tener.

—¿Cómo eran los fundadores, amigo Tabares?

—¿Que cómo eran? No le miento si le digo que todos eran cojonudos y machos.

El día que le hice a Tabares la pregunta estaba cumpliendo ochenta y ocho años.

Una comisión

Poco agradable la comisión que les “echaran encima” los calarqueños a Segundo Henao, fundador, Benjamín Palacio y Eduardo Ángel, personas de excelente reputación y de “lo mejorcito”.

Se trataba, nada menos pero nada más, de que se trasladaran a las tierras del Valle e hicieran contacto con el señor Pedro Antonio Molina, secretario de Obras Públicas de ese departamento, “para estudiar las posibilidades de abrir un camino de herradura que con el Valle uniera a Calarcá”.

Fue fecunda la gestión de los comisionados que se entrevistaron con Molina en el “Salado de San Miguel”, como entonces se llamaba lo que se conoce hoy como Andalucía. De la apertura del camino, que pasaría por “Barragán”, se encargaría el Batallón 38 de Artillería al mando del General Pedro Sicard Briceño.

Tamaña sorpresa se llevaron los calarqueños cuando se dieron cuenta de que el camino había sido abierto pero no por “Barragán”, para llegar a Calarcá, sino más al occidente, para llegar directamente a Armenia, vía que se conoció como “Camino del Alambrado”.

—Se llamó “Camino del Alambrado” —me explicó quien suministró los datos— porque el puente sobre el río fue sostenido con tirantes de alambre de púas trenzado.

Para que el camino no se abriera por “Barragán”, sino por donde se abrió, había mediado una circunstancia demasiado simple: Una comisión de armenios, entrevistándose con Sicard Briceño, lo había convencido de que la construcción de la vía por “Barragán” resultaría más difícil y por ende más costosa.

Comentando el insuceso, Segundo Henao, no sin cierta amargura y despreciativo sarcasmo, les dijo a algunos amigos, entre quienes está mi informante:

—Tenía que jugárnosla sucio ese militarote, que no es Sicard sino un “sicario” sin pantalones y sin palabra, que se dejó comprar por los armenios, que no son otra cosa que una partida de hijueputas.

Así era don Segundo.

Con ese sueldo

Pijao y Génova, antes de convertirse en municipios, formaban parte del territorio calarqueño. Eran sus corregimientos. Pijao no era Pijao. Se llamaba Colón como homenaje rendido por los fundadores al presunto descubridor de América, el muy obstinado cuanto buen navegante don Cristóbal Colón, español por más señas.

—¿Español don Cristóbal Colón?

—Sí señor, español don Cristóbal Colón. Con buenos fundamentos se asegura que nació en la aldea de Verdú, provincia de Cataluña. Pero eso es harina de “otro talego”.

Génova sí nació y morirá siendo Génova, nombre que le “chantara” don Segundo Henao, su fundador.

—¿Por qué Segundo le puso a ese pueblo ese nombre?

—le pregunté alguna vez a mi padre.

—Sería porque le dio la gana...

—¿Queda muy lejos Génova, papá?

—En la quinta porra.

En la quinta porra. En la “cola del mundo”, según mi infantil apreciación, debía quedar ese corregimiento; y sin embargo, Lázaro Ángel, hermano de mi madre, allá tenía que ir todas las semanas “echando quimba” a llevar el correo.

En el año de 1925, el bueno de “Lazarito” —los sobrinos así lo llamábamos empleando el diminutivo— murió, no en olor de santidad, sino en “güelor” de pobreza según la frase empleada por el Tuso Jaramillo.

Y no podía ser de otra manera si se tiene en cuenta que los últimos años de su vida, Lazarito los dedicó a servirle a Calarcá, como encargado de llevar el correo a los corregimientos primero, luego como policía escolar, devengando un sueldo mensual de... ¡quince pesos sin derecho a viáticos!

Exigua suma en verdad esa de quince pesos para un hombre con mujer e hijos para mantener, pero le era suficiente. Con esos quince pesos, en los años diez, una familia

podía subsistir perfectamente, siempre y cuando tuviera un techo de su propiedad. Mi tío lo tenía. Una casita situada a la margen derecha del camino que conducía al paraje de “La Bella”, una cuadra antes de llegar al cementerio.

Vivía una familia con esa suma en los años diez, porque por dos centavos se compraba un atado de panela; por cinco una pucha de frijoles o dos de maíz; por quince centavos una gallina; por cincuenta un cerdo y por ocho pesos, una buena vaca de leche.

Como si esto fuera poco, dos o tres costales eran necesarios para transportar de la plaza al hogar las yucas, las arracachas, las cebollas, los tomates y las demás verduras que se adquirirían con un mísero billete de a peso.

Intrigando un poco, valiéndose de influyente padrinos, Lazarito consiguió que se le cambiara su ocupación de “correísta”, como entonces se decía, por la más descansada de “Policía Escolar”, entrando a reemplazar en ese último cargo a José María Duque (“Josemarita” lo llamábamos), quien a su vez había reemplazado a Efraín Guarín.

Los deberes del policía escolar eran bien pocos: hacerse presente en las primeras horas de la mañana y de la tarde en la única escuela existente; recibir la lista de los chicos que no habían asistido, e ir a casa de los padres en averiguación de las razones por las cuales no habían asistido a las clases.

El ejercicio del cargo se complicaba cuando los padre informaban haber despachado a sus hijos para la escuela. Eso quería decir que se habían quedado jugando en la calle. El policía escolar, perrero en mano, se daba a la tarea de localizarlos y llevarlos al plantel “a como diera lugar”.

¡A como diera lugar! Muy bien. Pero ¿quién alcanzaba, por entre solares y cañadas, a un muchacho empeñado en no asistir a la escuela? Cuántas veces a mis hermanos y a mí nos tocó trasegar por solares y cañadas huyéndole a nuestro tío o a quien fue su sucesor en el cargo, Adolfo González.

Y cuántas a “Josemarita”, a Lazarito, a Adolfo les tocó correr tras José Botero Gaviria, Hernando Ortiz Cárdenas, Reinel Giraldo, Carlos Aristizábal Ocampo, Narciso y

Pedro Juan Aguirre Carvajal, Santiago y Benicio Montoya, Hermógenes Villarraga y un puñado más de estudiantes que faltaban a la escuela por irse a bañar al “Chamburgo”, en el río “Santodomingo”.

Se cuenta que alguna vez Benicio Herrera le preguntó a Lazarito las razones por las cuales era tan flaco, tan huérfano de carnes, obteniendo como respuesta un:

—¿Cómo quiere usted, don Benicio, que yo sea gordo siendo como soy empleado público y con el sueldo que gano?

Núñez, voltiarepas

Un detalle curioso y “diciente” que no ha sido tenido en cuenta por quienes en una u otra forma se han ocupado de la fundación de Calarcá y quienes la llevaron a efecto, es el de que todos los fundadores estaban afiliados al partido liberal.

Y liberales fueron, en su gran mayoría, las familias que llegaron a radicarse en la villa antes de que terminara el siglo, así procedieran de Salento, Pereira, Manizales, Santa Rosa, Marinilla o Abejorral, Sonsón o La Ceja, del Tolima Grande o de Santander. Conservadores apenas los Guevara, los Aristizábal y los Ángel.

Durante la guerra de los Mil Días las tropas gobiernistas estaban perfectamente enteradas de que los partidarios de Uribe Uribe, Tulio Varón y el Negro Marín, etcétera, eran el noventa por ciento de los habitantes, pero sabían, así mismo, que los calarqueños eran gentes de paz, laboriosas, de sanas costumbres, ajenas a las lides de la guerra. Dentro del territorio calarqueño, durante la contienda civil, sólo se libró un combate entre las fuerzas del Gobierno comandadas por el General Carlos Mejía y las fuerzas liberales al mando del General Aristóbulo Ibáñez.

El encuentro armado tuvo lugar al sur de la población, en el sitio conocido con el nombre de “Ibáñez”, así bautizado por el mismo General, ya que tenía allí unas mejoras, extendiéndose la acción hasta el sitio de “Balcones”. Las fuerzas Gobiernistas se tomaron la población.

Al día siguiente del combate fue detenido mi progenitor y llevado al cuartel gobiernista atado con lazos, en compañía de sus dos conuñados, Nicolás y Alejandro Jaramillo. En la familia de mi abuelo materno Policarpo Ángel no eran sino tres las hijas y las tres habían contraído matrimonio con tres Jaramillos que, como hecho curioso, pertenecían a tres ramas distintas de ese apellido.

Siendo los tres hombres de paz y liberales, la detención había sido ordenada porque se rumoraba que mi padre,

único cerrajero, o herrero del villorrio, solía repararles a las tropas liberales los fusiles, lo que no pudieron comprobarle a pesar de las múltiples requisas practicadas en su taller y en su casa. Durante una de esas requisas en poder suyo se encontraban varios fusiles, pero enterrados a tiempo en el solar de la casa, no dieron con ellos.

Gracias a la rápida intervención de mi abuelo, conservador convencido que gozaba en la localidad de excelente reputación como hombre de bien, sus tres yernos fueron puestos en libertad bajo palabra de que para nada intervenirían en la revuelta armada, cosa que por lo demás no habían pensado hacer.

Terminada la guerra civil, nuevas familias llegaron a radicarse en la población, tanto de un partido como del otro, entre ellas la de don Guillermo Giraldo, don Agustín Villegas, don Ismael Zapata, que llegó en 1903 por haber sido designado Telegrafista (el primero de la población), y otras.

La mayoría liberal ha quedado demostrada en Calarcá en todas las elecciones. Por algo el destino había dispuesto que en la fundación intervinieran sólo liberales.

Sobre el acendrado liberalismo de Segundo Henao, el cabecilla de los fundadores, existe una excelente anécdota que lo retrata de cuerpo entero y es una radiografía de su personalidad.

La anécdota fue consignada en el “Diario Personal” que llevaba de sus actividades sociales y de su vida don Catarino Cardona, de donde parece haberla tomado el novelista Jaime Buitrago, calarqueno, intercalándola en su libro *Hombres Trasplantados*, página 184, publicado en 1943. Dice así¹⁰:

«—Julio 20. La banda de música de los Pérez hizo su irrupción en el corregimiento tocando el Himno Nacional. Todos los colonos se quitaron el sombrero, menos Segundo Henao. Por esta causa un buscarruidos se lo tumbó de una trompada. Zabulón (debió tratarse de Zabulón Peña) saltó

¹⁰ La cita del fragmento de la novela no es exacta en el original. Se ha ajustado siguiendo la versión de *Hombres trasplantados* (1943). El paréntesis dentro de la cita es de Jaramillo Ángel; el personaje de la novela se llama Zabulón Noreña.

en defensa de Segundo y se armó una trifulca terrible. Al preguntarle más tarde a Henao por qué no se había quitado el sombrero, contestó: —Porque el himno nacional fue compuesto por Núñez y ese hombre fue un traidor».

—Núñez —solía decir don Segundo en su vejez— no fue otra cosa que un desvergonzado “voltiarepas”.

Maravilla mecánica

El Quindío es tierra cafetera. De los municipios que lo integran no hay uno solo en donde los cafetos no luzcan su verdor esmeraldino al amparo de frondosos guamos. Es de aquí que sale, rumbo a los mercados de Norteamérica, el mejor café, el más suave, el más aromático y el más barato. Tiene que ser bueno nuestro café porque está abonado con el sudor y la sangre de los quindianos.

Esos millones de cafetos que crecen en las llanadas, en las vegas y en las mismas faldas de la cordillera central, no han tenido ni su historiador ni su cantor. Los escritores quindianos hemos subestimado la trayectoria del café, e ignoramos de qué lugar llegaron a estas tierras las primeras semillas o los primeros arbustos (colinos), quién los trajo y el punto preciso en donde fueron plantados.

En conversación sostenida hace poco con un calarqueño perteneciente a la primera generación de este siglo, logré enterarme de algunos datos, todos de “primera mano”, relacionados con la industria cafetera quindiana. Los nombres propios fueron surgiendo en forma espontánea, mezclados con los nombres de algunas zonas de este municipio, datos que he de utilizar en crónicas que algún día escribiré.

La primera despulpadora de café fue traída al pequeño villorrio que era Calarcá, en la primera década de este siglo. La transportó Jesús Londoño desde Antioquia de donde era oriundo, en uno de los viajes que hiciera a visitar a sus parientes.

La novedad, la curiosidad despertada por el aparato, fue tan grande que el propietario, orgulloso de su compra y la admiración que causaba, resolvió exhibirla en una tienda situada en la esquina sureste del que hoy es Parque de Bolívar, tienda de propiedad nada menos, ni nada más, que de Román María Valencia, uno de los gestores de la fundación de la aldea.

Ya existían, en los amplios solares de las casas y terrenos aledaños a la zona urbana, pequeñas plantaciones de

café. Una o dos docenas de árboles por parcela, sembrados por curiosidad más que como negocio. Para ver trabajar la máquina importada por don Jesús, las gentes rebuscaban hasta el último de los granos maduros existentes en sus cafetos e iban con ellos hasta el lugar de exhibición. Allí los descerezaban maravillados, previo permiso otorgado por Valencia.

La exhibición de ese “prodigio mecánico”, de esa “maravilla mecánica”, fue corta. Don Jesús la trasladó a su finca “El Vergel”, situada a orillas del río Santodomingo, donde poseía un cafetal con algunos cientos de árboles y para el beneficio del grano había traído desde Antioquia la despulpadora.

No fue, sin embargo, la finca “El Vergel” (todavía existen allí buenas cafeteras y el nombre no ha variado) la primera plantación de café de importancia dentro del municipio.

En la vereda de “Quebradanegra”, riquísima región cafetera, don Toto Delgado ya veía levantarse sus cafeteras, estas sí abundantes. De esas plantaciones del señor Delgado provienen los millones de cafetos regados a todo lo ancho y a todo lo largo del municipio y del Quindío.

Mirando trabajar la despulpadora de don Jesús Londoño, colocada en el mostrador de la tienda de don Román María Valencia, don Valentiniano Giraldo Maya, con sus buenos aguardientes entre pecho y espalda, le decía a don Guillermo Norris:

—Vea don Guillermo lo pendejas que son estas gentes. ¡Embobadas mirando trabajar ese fierro, cuando la mejor máquina que existe en el mundo la llevan entre las piernas!

Ayuda oficial

En la hoy vereda de “La Pradera”, situada al norte de la ciudad, se establecieron desde 1882 algunos de los primeros colonizadores de las tierras calarqueñas. Entre ellos figuraban don Julio Guevara, don Ricardo Guevara y Luis Tabares; este último, Comisario en la época en que se llevó a cabo la fundación del villorrio, en 1886.

Las obligaciones adscritas al Comisario por las autoridades de Salento, estaban circunscritas a la citación de los colonos cuando por cualquier motivo eran solicitados para la práctica de diligencias ya fueran de carácter civil, penal o policivo, y a velar porque entre ellos reinara la paz y la armonía.

Fundada la población e iniciados en ella los mercados semanales, los vecinos de “La Pradera” procedieron a la apertura de un camino de “herradura” que uniera sus predios con el poblado, camino que se prolongó hasta la vereda de “Chagualá”, en donde nuevos colonos habían abierto sus mejoras.

La vía, para los colonos, era fundamental. Sin ella el sacar al mercado los productos de sus parcelas se convertía en un imposible, en trabajo de héroes, así como el llevar a sus hogares ropas, herramientas y víveres por ellos no producidos.

El villorrio ya constituido en municipio (don Luis Tabares había perdido el cargo), gozaba de muy pocas rentas, las cuales no le permitían darse el lujo de ayudar a los colonos en el arreglo de las vías de comunicación. Las entradas al fisco apenas si alcanzaban para atender al pago de los sueldos de los funcionarios.

Ignorando la penuria del tesoro municipal y estando al frente de la administración como Alcalde el señor Benjamín Palacio, los vecinos de “La Pradera” y “Chagualá” se reunieron y designaron una comisión para que visitara al burgomaestre y le pidiera ayuda monetaria para la reparación de su camino, convertido en fangales intransitables por causa del invierno.

Tan en pésimo estado estaba la vía que los comisionados no pudieron apelar a sus cabalgaduras para arribar al poblado, viéndose en la necesidad de hacer el viaje a pie, con el barro hasta las rodillas.

Cubiertos de fango los comisionados entraron al despacho del señor Alcalde. Pidiendo excusas por haberse presentado en tan desastrosa situación, le expusieron en forma detallada el motivo de su visita, terminando por pedirle fuera asignada dentro del presupuesto alguna suma de dinero para la reparación de "su camino".

Don Benjamín, hombre de pocas palabras y de suyo socarrón, escuchó con paciencia a los comisionados, terminando por preguntarles, con sonrisa maliciosa:

—¿Y cuánto dinero consideran que debe apropiarse para ese camino?

El menos tímido de los comisionados, don Julio Guevara, respondió:

—Eso es cosa suya, señor Alcalde. Nosotros hemos venido sólo a preguntar si el municipio nos va a ayudar y con cuánto.

Don Benjamín guardó silencio algunos minutos y luego muy serio, muy tranquilo, dio a los comisionados esta des-pampanante respuesta:

—Pues mis amigos, como en el municipio no tenemos cinco centavos, pero a ustedes les asiste la razón, ¡les vamos a ayudar con tres días de sol para el arreglo del camino!

El hecho es histórico.

Así es que me gustan

Industria muy floreciente y prometedora fue, en el Quindío, antes de ser invadido por el café, el cultivo del tabaco que se daba en abundancia y de una óptima calidad.

Cultivando tabaco iniciaron no pocos ricos calarqueños sus fortunas a pesar de las bellaquerías que se cometían con los cultivadores por parte de los celadores de Rentas y el estricto control que ejercía el Gobierno sobre cada mata, cada tallo, cada hoja, cada vena y cada semilla del prometededor arbusto.

En las veredas de “La Bella”, “La Albania”, “La Helvecia” y otras de tierra caliente proliferaron en un tiempo las plantaciones de tabaco. En los grandes caneyes que se construían para beneficiarlo las sartas de hojas eran una promesa realizada.

De no haber sido tan presionados, tan vejados, tan hostilizados y obstaculizados los agricultores que a tal industria se dedicaban, tan perseguidos por los esbirros de las Rentas Departamentales, el Quindío sería una inmensa factoría tabacalera, igual o superior a los Santanderes.

—Si el Gobierno no hubiera acabado con la industria tabacalera —solía decirme Fortino Montoya, uno de los hombres más ricos que ha tenido el Quindío— el emporio económico en que estuvieran convertidas estas tierras no tendría par en Colombia. Con el tabaco y el café nos hubiéramos reído del hambre.

Don Fortino llegó al Quindío procedente de Antioquia sin un solo centavo pero con un desmedido deseo de conseguir dinero, de salir de pobre. Oliendo las perspectivas del tabaco abandonó su inicial profesión de arriero e inició cultivos de la planta en una cuadra de terreno que adquirió en “La Albania”, con tan excelentes resultados económicos que pronto se vio en condiciones de comprar terrenos a lindes y ampliar sus cultivos. El tabaco fue el principio de su fortuna.

El inaudito control y el exagerado celo de las Rentas Departamentales sobre el tabaco y quienes lo cultivaban o elaboraban fue creando un malestar interior, un odio que no por lo callado dejaba de ser menos violento en contra de los Tenientes de Renta, Estanqueros y Celadores y cuanto bicho tenía que ver algo con ese control.

Semejante estado de cosas tenía que estallar tarde o temprano y al fin, más temprano que tarde, estalló.

Por “asonada” fueron sumariados quienes tomaron parte activa en la rotura de las puertas del Estanco y la Tenencia de Rentas y el traslado, hasta la mitad de la plaza, de las decenas de toneladas de tabaco elaborado y en rama que se guardaban allí. Con los primeros fardos se inició la hoguera. Excitados, furiosos, los ciudadanos vinculados al cultivo y elaboración de la hoja, sacaban y sacaban, uno detrás de otro, los bultos y los arrojaban a las llamas.

El resplandor de la hoguera se divisaba desde lejos, por encima de los techos de las casas. En el hogar de mis padres todo era confusión y lágrimas. Uno de los principales promotores de la quema del tabaco era el esposo de mi hermana mayor y se temía por su vida. Rezos, velas que se prendían ante la imagen de los santos, envío de emisarios al lugar de los sucesos, nada sirvió para que mi cuñado, José María Jaramillo Jaramillo, regresara a casa esa noche.

La hoguera permaneció encendida dos días y dos noches y los funcionarios de las Rentas escondidos durante el mismo lapso y algunos días más, temerosos de que los enfurecidos ciudadanos las emprendieran con ellos. Si se hubieran dejado ver, habrían sido asesinados.

Las autoridades de policía tampoco pudieron intervenir por idénticas razones. Ni el Alcalde, ni los policías encargados de la vigilancia local pudieron asomar la nariz a la calle en tres días.

La incineración de las existencias de tabaco en plena plaza marcó el principio de la decadencia de la industria no sólo en Calarcá, sino en todo el Quindío.

Veinte años después de la “asonada” todavía algunos de los participantes en ella estaban siendo llamados a las oficinas públicas para interrogarlos sobre el hecho, un

hecho que fue presenciado por todos los habitantes de la población. Desde la esquina del Parque de Bolívar donde se encuentra ubicado el Templo de San José yo presencié parte de la quema.

Fue la del tabaco una agonía lenta, pudiera decirse que hasta dolorosa, siendo mitigada un poco por el auge que principiaba a tener el café, que llegó a ser (y lo es en la actualidad) la salvación del Quindío y será en el futuro su ruina; de esto sí que no hay duda.

Meses después de la destrucción de las existencias de tabaco que se encontraban en las dependencias oficiales, confidencialmente el Alcalde, que lo era don Pedro Pablo Valencia, le dijo a un amigo, al recordar el hecho:

— Eso fue magnífico. Por eso me gustan los calarqueños, por “verracos”.

Para eso es mi marido

Cuando los primeros pobladores sentían la necesidad de darse un baño de cuerpo entero no encontraban otra solución que la de emprender el viaje a pie —los que no eran propietarios de cabalgaduras— hasta los ríos Quindío o Santodomingo, con tal fin. Quienes poseían un buen caballo o una buena mula, el viaje lo hacían cómodamente.

En la actualidad esos dos ríos apenas si llevan agua. Pero hace cincuenta años el Santodomingo y el Quindío eran ríos caudalosos, violentos, de linfas claras en el verano y turbias y espesas en el invierno. En sus cabeceras la montaña permanecía virgen y virgen en la mayor parte de sus orillas. Cerca de la población existían dos quebradas pequeñas, la de “El Pescador” al occidente y la de “Naranjal” al oriente, con pocos remansos y sin capacidad para en ellas tomar una persona adulta un buen baño. En esas quebradas tomaban su baño los menores de edad cuando sus padres les concedían el permiso para hacerlo.

Excelentes remansos (charcos) encontraban los bañistas en ambos ríos. El “Charco de la Piedra” en el Quindío, al cual se llegaba por el camino a Circasia, y el de “La María”, al cual se iba por el antiguo camino de “La Floresta” que conducía a Armenia. En el Santodomingo gozaban de fama “El Chamburgo” y “El Tigre”, el primero en el camino hacia la vereda de “La Cristalina” y el segundo en el camino hacia “Pinares”. Los dos caminos eran uno solo hasta el sitio de “El Mangón” en donde se bifurcaban.

Quienes desearan irse a bañar al Santodomingo indefectiblemente tenían que pasar por cerca del matadero público ubicado a la margen izquierda de la quebrada “Naranjal”. En la misma margen pero al frente y camino de por medio, existía (aún existe) una amplia casona de propiedad de una familia cundinamarquesa. La pared fronteriza de esa residencia daba sobre el camino, en parte; la otra parte, el patio, tenía una cerca de guadua rajada, vertical, con una

altura de metro y medio. Esta clase de cercas eran conocidas en la región con el nombre de cercas “Punta de Lanza”.

Mi padre tenía por costumbre marcharse todos los sábados, pasado el medio día, rumbo al Santodomingo a bañarse y lo hacía siempre a pie.

Y he aquí que un sábado, al pasar por frente a la cerca de “Punta de Lanza” que separaba la casa de “Naranjal” del camino, oyó en el patio golpes sordos que alguien descargaba contra alguien y los gritos y el llanto de una mujer.

Llevado por la curiosidad mi padre se arrimó y vio que un hombre se entregaba a la poca edificante tarea de apalearse a una mujer con una lata de guadua.

(Entre paréntesis es bueno anotar que una de las causas para que los antioqueños sintieran animadversión por los “rolos” era la del desconsiderado y violento trato que daban a sus mujeres, obligándolas a ejecutar los duros trabajos del hombre, a llevar sobre sus espaldas pesados farcos y lo que era peor en su concepto, la frecuencia con que las “agarraban a madera”).

Viendo mi padre al hombre descargar golpes y más golpes sobre la pobre mujer, perdió la serenidad y la paciencia e indignado le gritó:

—No sea canalla, no sea cobarde, que a una mujer no se le pega. Déjela.

¿Dejarla? Con más furia el hombre siguió golpeándola, no sin que antes la mujer, aprovechando la pausa habida, le gritara a mi progenitor:

—Y usted pa’ qué se mete, viejo hijueputa. ¿Quién lo estaba llamando? Déjelo que me pegue que pa’ eso es mi marido.

Ante semejante salida de la “víctima” mi progenitor tuvo una reacción diferente.

—Dele madera a esa gran puta hasta que la mate —le gritó al marido y siguió su camino.

Elegancias femeninas

Una verdadera hazaña fue la llevada a cabo, en la década del diez y el veinte, por el cundinamarqués Martín Meza, quien llegara a la ciudad en compañía de su hermano Emiliano en busca de mejores horizontes para sus actividades comerciales.

Nótese que he usado la palabra “ciudad” y no la de población o villorrio para designar a Calarcá. Esto por una razón poderosa: El núcleo urbano, a pesar de su muy reducida extensión ya contaba con algunas residencias aceptables y una muy distinguida y orgullosa sociedad donde abundaban, como la verdolaga, las mujeres de una belleza estupenda, no desdeñables como modelos para el más exigente escultor académico.

Con altos costos en el transporte e inauditas proezas (estas ejecutadas por los arrieros) a Calarcá trajo don Martín Meza el primer automóvil. Su transporte había sido efectuado al lomo de mulas y de bueyes, semi-desarmado desde Cartago. A medida que las partes iban llegando eran depositadas en la parte baja de un edificio de la calle “Tilmaquín”, así llamada la que es hoy calle 40. El encargado de armar el vehículo y ponerlo en funcionamiento fue Rafael Gómez Ayala, contratado para tal efecto y en forma especial por el señor Meza.

Por su parte, don Emiliano Meza, se puso al frente de una fábrica de bananas ubicada en su propia casa de habitación, frente a la de mis padres.

La pequeña, pequeñísima máquina para la fabricación de las bananas, dotada con dos moldes diferentes, las producía de dos clases: la banana común estilo “Mortons”, y otra en forma de diminuto pescado, que era la que preferíamos los chiquillos.

Esta fábrica surtió durante algún tiempo el mercado local y el de Armenia. El mismo don Emiliano, los domingos y en un toldo del mercado local, expendía los remanentes del producto. Eran los tiempos en que Martiniano

Montoya Franco era propietario de una venta de cacharro —toldo también— en la misma plaza y para llamar la atención de la clientela tocaba durante todo el día en una dulzaina, lo que sacaba de sus casillas a su colega Camilo Panesso por considerar la música una competencia desleal.

¿Qué marca era el automóvil de Martín Meza? Estoy por creer (tan nimios detalles no los recuerdo) que se trataba de un pequeño “Ford” de cinco puestos, con “capota” de lona de replugar hacia atrás, lo que más tarde se llamó un “convertible”.

Las gentes se preguntaban si el señor Meza no estaría loco al traer a tan pequeña población un automóvil no existiendo calles aptas para su funcionamiento. El único terreno plano y aceptable era el cuadrilátero de la plaza y dos o tres cuadras de calles adyacentes.

Y en la plaza el automóvil trabajó. Siempre con cupo completo daba vueltas y más vueltas, seguido por una cauda de chiquillos que corría detrás para verlo trabajar, para contemplar semejante maravilla, así los rindiera luego el cansancio. Las cometas, los trompos, las bolas de cristal y los corozos pasaron a segundo término. Correr detrás del automóvil era nuestra máxima diversión.

Si los chiquillos estábamos entusiasmados con el vehículo, los mayores no se quedaban atrás. Quedan incluidas en la palabra “mayores” todas aquellas personas que ya habían llegado a los veinte años y de allí para arriba hasta los noventa. Ancianos de lengua barba como Segundo Henao, Santiago Giraldo y Valentiniano Giraldo se mostraban encantados.

Por un tácito entendimiento que nadie sabe cómo surgió, un día cualquiera fue organizado un “convite” encaminado a dotar de nueva ruta al automóvil del señor Meza. Se iniciaron trabajos de explanación y acondicionamiento de la “Calle Real”, simple camino que conducía al punto de “Las Partidas”, más conocido con el nombre de “la “Horqueta de Mariana”, bifurcación de las rutas que conducían, por la izquierda a los parajes de “San José”, “Puerto Rico”, “El Edén” y “La Virginia”, y por la derecha hacia “La Bella”.

Tomaban parte en esos “convites” todas las gentes de la población sin distingos de edad, condición social o sexo. Las mujeres alentaban a los varones con el ejemplo tomando en sus manos las herramientas para el cavado y movilización de tierras. En poco tiempo y merced a este trabajo colectivo pudo el vehículo viajar hasta la “Horqueta de Mariana”. Ahora los trabajos ejecutados en esa forma tienen un nombre técnico: “Acción Comunal”, embleco auspiciado por el Gobierno para que los ciudadanos construyan con sus dineros y trabajo personal las obras que debiera ejecutar con los fondos públicos. En la misma forma surgió el carretable hasta “La Bella”.

Y qué de trajes elegantes, de vistosas sombrillas, de coquetos sombreros y pulcros guantes sacaban a relucir las damas cuando, por invitación de una familia amiga, del jefe del hogar, del hermano mayor o del flamante novio, iban a darse un “paseo en carro”, con recorrido de ida y regreso hasta la “Horqueta de Mariana”.

Los diálogos más frecuentes que se cruzaban de portón a portón o de ventana a ventana, de una acera a la otra de la calle o en el trayecto recorrido para asistir a misa, eran:

—Oye Piedad: ¿Siempre consiguieron para el sábado el carro?

—Qué va, hija: Cuando hablamos con don Martín nos informó que las Ortega y las Echeverri ya lo tenían comprometido por toda la tarde.

—Y ¿para el domingo?

—Tampoco: Se nos adelantaron las Valencia y las Jiménez Londoño.

—Qué lástima. ¿Entonces para cuándo?

—Quién sabe, hija. Hay que tener paciencia. Imagínate que yo tengo para estrenar ese día un sombrero y un traje lindos, lindos, lindos...

Con el arreglo de la “Calle Real” hasta la “Horqueta de Mariana” para que el carro del señor Meza pudiera hacer todo el recorrido, quienes salimos perdiendo, y mucho, fuimos los chiquillos (chiquillos de cinco a catorce años): Sólo los más “guapos”, los más resistentes podían darse el lujo de ir en seguimiento del vehículo de la Plaza a la

“Horqueta” y de la “Horqueta” a la plaza una o dos veces. Los pequeños teníamos que contentarnos con acompañarlo dos o tres cuadras y esperar el regreso para “escoltarlo” a su punto de partida.

El chiquillo que en compañía de sus padres o merced al pago de los veinte centavos que en la casa le daban o se había ganado llevando y trayendo vacas a los potreros de Emilio Patiño durante varios días, lograba montar en el vehículo, era admirado y respetado por sus compañeros de juego como si hubiera ejecutado un acto heroico. ¡Ah, quién pudiera volver a los seis años de edad y correr detrás del carrito de don Martín Meza!

Bustos...

Las eras del “Parque de los Mártires” se construyeron con ladrillos especiales fabricados por don Francisco Díaz (“Pacho Díaz”), en su tejtar situado en la calle 42 entre carreteras 27 y 28 de la nomenclatura actual.

Esos ladrillos en forma de “muñecos”, clavados verticalmente, daban la sensación de un ejército en cabal formación, y en verdad eran simpáticos y bonitos.

El “Parque de los Mártires” ocupaba los terrenos que hoy ocupa el Instituto Calarcá, en el extremo oriental de la por mil razones famosa “Calle de Fusa”, epicentro de la rolamentación.

Pero antes de ser construido el Parque, en los terrenos funcionaba un “mercado público” organizado por la colonia “rola” para no tener que mezclarse sus integrantes con los antioqueños en el mercado de la plaza. Tal era el distanciamiento que entre los dos grupos étnicos de colonos existía.

En el parque, en altos pedestales, fueron colocados los bustos de Bolívar, Rafael Uribe Uribe y Policarpa Salavarrieta, siendo construido además un “obelisco”, posteriormente, en conmemoración de la “Fiesta del Trabajo”.

El parque fue construido en el sector de Fusa con dos finalidades logradas a cabalidad: La primera, acabar con el mercado de los rolos; la segunda, el tratar de unificar, de mezclar, de amalgamar las dos colonias, la antioqueña y la rola, agua y aceite en ese tiempo.

Los rolos se vieron compelidos a acudir a proveerse de víveres al mercado dominical celebrado en la plaza, y los antioqueños a visitar “Fusa” si no querían perderse las retretas que todos los jueves, a las siete de la noche, tocaba la Banda Municipal dirigida por la batuta de don Julio Galeano.

La música, aseguran, amansa las fieras y duerme a las serpientes. Las retretas en el “Parque de los Mártires” fueron un factor fundamental para que, limándose

las asperezas que separaban las dos colonias, terminaran uniéndose, mezclándose, amalgamándose, borrándose las diferencias étnicas.

Fue en el “Parque de los Mártires” en donde Alfonso Franco, que en concepto de sus padres era “una promesa para la Patria”, pronunciara el primero y único discurso de su vida, tan malo que Camilo Herrera, en ese entonces encargado del cuidado del Parque, comentó:

—Si Alfonsito continúa pronunciando discursos, aquí esto va a llenarse de bustos porque tendrán que levantarle uno a cada uno de sus oyentes, porque escucharlo sí es un acto heroico.

¿No eran?

Los estudiosos, los que se han preocupado por conocer la historia del Quindío, desgraciadamente muy pocos, están enterados de que a Jesús María Ocampo, "Tigrero", el fundador de Armenia, lo mató en 1901 el gajo de un árbol que le cayó encima al derribar otro, en la vereda calarqueña de "Guayaquil", en finca hoy de propiedad de Victoriano Montoya.

Los restos mortales del malaventurado hombre no fueron trasladados de inmediato ni a Calarcá ni a Armenia para darles cristiana sepultura. Fueron sepultados en el campo, en la vereda del "Alto del Oso", según se dijo.

Y saben los estudiosos que por haberlo determinado así el Concejo de Armenia en 1910, la que se supuso era la "güesamenta" del fundador fue "arrancada" del "Alto del Oso" y trasladada, en "solemne procesión", al cementerio de la ciudad por él fundada y allí de nuevo inhumada.

Lo que ignoran esos estudiosos es que las autoridades calarqueñas quisieron sumarse al homenaje que a la memoria del "Tigrero" iba a rendirse y para tal efecto fue designada una comisión que representaría al villorrio en todos los actos a celebrarse.

La comisión quedó integrada por don Segundo Henao, don Antonio Buitrago y don Pío Agustín López, dejando de asistir Buitrago "porque yo pelié con ese hijueputa", es decir, con "Tigrero"; don Segundo y don Pío Agustín sí asistieron.

De regreso los comisionados, en la "Botica" de don Heliodoro Ospina, se desarrolló el siguiente auténtico diálogo en el cual intervinieron el señor Ospina y los comisionados asistentes, siendo de él testigo mi progenitor.

—¿Por qué —pregunta que a don Segundo le hizo don Heliodoro— dice usted, don Segundo, que los restos que se llevaron para Armenia no eran los de "Tigrero"? ¿Usted sí los vio bien cuando los estaban desenterrando?

—Claro que los vi bien. Por eso afirmo que no eran los de “Tigrero”. La calavera estaba limpiecita... respondió don Segundo sonriendo maliciosamente.

—Yo también los vi y creo que sí eran —anotó don Pío Agustín.

—Eso de que la calavera estuviera limpiecita no es prueba de que esos restos no fueran los de “Tigrero”, don Segundo —le dijo a éste don Heliodoro.

—Claro que lo es —contestó muy serio don Segundo, agregando:

—¡Si esa hubiera sido la calavera de “Tigrero”, el hueso frontal, con lo puta que ha sido y es Arsenia su mujer, tenía que lucir unos cuernos por lo menos de media vara!

¿Qué más podían hacer don Pío Agustín, don Heliodoro y mi progenitor, distinto a lo que hicieron sino reír a carcajadas?

Y hablando en serio, don Luis Tabares, en alguno de los muchos diálogos que con él sostuve, me aseguró que no habían sido los restos de “Tigrero” los trasladados a Armenia.

—A “Tigrero” —palabras de don Luis— lo enterraron en “Guayaquil”, en donde lo mató el palo, y no en el “Alto del Oso” de donde se llevaron los restos.

Don Luis no tenía por qué mentir.

Ganas de joder

Las fechas exactas no vienen al caso. No son necesarias ni fundamentales. Relato anécdotas, no escribo historia. Pero en este anecdotario, créase o no, está contenida, resumida, la historia de la ciudad a través de las actuaciones de sus moradores pertenecientes a todos los estratos sociales.

Se sabe quién fue Jesús, el Cristo, por los relatos contenidos en los Evangelios, que son, en definitiva, una serie de anécdotas con abundante fondo moral y sustancia ecuménica, referentes a un solo hombre. En los Evangelios se “ve” la Palestina. En este anecdotario “tiene” que verse a Calarcá.

Fue por allá en la década de los veintes. Gracias a unos discursos pronunciados por María Cano, comunista, y quienes la acompañaban, principió a organizarse aquí el partido comunista, afiliándose de inmediato a él, entre otros, Vicente Varón, sastre, y Antonio y Abel Panesso, ebarnistas.

Y un día cualquiera a los “camaradas en embrión” les dio por organizar la que llamaron errónea y pomposamente “Marcha del Hambre”. ¡Estaban tan contentos estrenando partido! ¡Tenían tantas ganas de exhibirse, de “hacerse sentir”!

Un domingo, clásico día del mercado local que en toldos se celebraba en la amplia plaza, los camaradas iniciaron su “Marcha del Hambre”, algo que nadie había sentido en esta tierra generosa en donde se “nadaba en la abundancia” y la comida se perdía por falta de quién la utilizara.

“Tenemos hambre”, “protestamos contra la vida cara”, “queremos pan”, “abajo los acaparadores”, “abajo los que juegan con el hambre del pueblo” y otras lindezas por el estilo se leían en los cartelones, ahora se dice “pancartas”, que portaban los manifestantes.

Salir a la plaza y venirseles encima una “lluvia torrencial” de papas, yucas, arracachas, repollos, tomates, huevos, acompañada de “calmen el hambre hijueputas”, fue

todo uno. En cinco minutos en la plaza de la manifestación no quedaban más que los cartelones destrozados. Ni un solo camarada.

De esa “Marcha del Hambre” quedó para siempre el recuerdo en quienes la presenciamos. De los organizadores, de los cabecillas, sólo vive Abel Panesso.

—Don Abel —le pregunté hace algunos días—, ¿se acuerda de la “Marcha del Hambre” que ustedes organizaron?

—Cállate, Rodolfo —me contestó—. Ese fue mucho aguacero de madres y con razón. Lo que nosotros teníamos no era hambre sino ganas de joder.

Así mismo

Al gualanday viejo del Parque de Bolívar, fetiche para muchos calarqueños que lo consideran intocable, ¿quién, quién lo sembró? Algunos le achacan esa “hazaña” al Tuso Jaramillo, otros a don Román María Valencia, pero la verdad es que fue plantado personalmente por mi tío, el padre Juan de Dios Jaramillo Restrepo.

He dicho el “gualanday viejo”, el que se encuentra frente al Palacio Municipal, porque en el parque existen dos árboles más de la misma especie. El “viejo”, cuando florece, se despoja de todas las hojas y se cubre de flores azules.

Por allí en los años treinta el político conservador, el “Leopardo” doctor Silvio Villegas, llegó a la ciudad en gira política y desde los balcones de uno de los edificios situados en el costado norte, pronunció un discurso.

El gualanday viejo estaba en plena florescencia. El doctor Villegas, en el calor de la improvisación, dijo más o menos señalando el árbol:

“Así como han brotado las campánulas azules, por millares, en las ramas de ese árbol, así brotan, en esta tierra fecunda, los adherentes al gran partido conservador”.

—Y así mismo se caen —le gritó uno de los oyentes, indudablemente liberal.

¿Y a mí quién?

Modesta “Calle Real” para los primeros pobladores, flamante carrera 25 para los actuales y para muchos, a partir del mes de mayo de 1966, calle de los “Picapiedra”.

Porque fue el primero de mayo de 1965, a las doce de la noche, hora propicia para las confabulaciones y los aquellares, en la fuente de soda “El Paraíso”, que...

Que se reunieron el doctor Hernán Vigoya, entonces personero municipal, Fabio Botero Palacio, caricaturista genial, el abogado doctor Nelson R. Mora G. y su esposa, la doctora Alicia Franco, a debatir lo relativo a la ampliación de las calles de la ciudad.

Esa ampliación había sido ordenada por el Concejo Municipal muchos años antes dilatándose el cumplimiento del Acuerdo por causas ignoradas. A las calles tendría que dárseles un ancho de doce metros.

En el transcurso del diálogo el doctor Vigoya manifestó “carecer de los elementos necesarios para cumplir” esa orden “concejeril”, sugiriendo entonces uno de los contertulios que para forzar a los propietarios de inmuebles a que llevaran a cabo la ampliación se demolicieran los andenes, propiedad no particular sino de la comunidad, acudiendo, para el pago de los obreros que se encargarían de la demolición, “a la generosidad de las gentes cívicas”.

El doctor Vigoya prometió y cumplió dictar una Resolución autorizando la demolición en la forma sugerida, integrando una Junta o comisión que se encargaría de financiar, contratar y vigilar la ejecución de los trabajos.

La Comisión quedó integrada por los señores Adonías Rey Velásquez, Fabio Botero Palacio, Jaime Jaramillo Gaviña y otros “cívicos”, los cuales contrataron la demolición, a razón de cuatro pesos metro cuadrado, en el tramo comprendido entre las calles 36 a 39, de los andenes de la carrera 25 y de ambos lados, con un señor de apellido Orjuela y con don Gustavo Mora.

Contratada la demolición el Personero facilitó las herramientas necesarias. La cosa iba en serio. La Comisión se dio a la tarea de recoger las “contribuciones voluntarias” para pagarles a los demolidores.

Fueron contribuyentes doña Irene Mejía de Montoya, don Fabio Lozano Palacio, don Rubelio Montoya Hormaza, doña Lucelly García de Montoya, don James Cantor (¡qué jilguero!), don Pedro Nel Ospina (el “Negrito Pedronel”), don Joaquín Mora, don Alejandro y don Ricardo Arbeláez, don Adonías Rey Velásquez, don Jaime Jaramillo Gaviria, don Omar Barahona, don Teodoro Ocampo, gerente del Banco de Colombia, don Arturo Palacio Jaramillo, doña Emilia Vásquez de Sabogal, el médico doctor Aldemar Duque Llano y otros.

Las rivalidades comerciales... El señor Orlando Beltrán, propietario de la fuente “El Paraíso”, contribuyó para que el andén de la Fuente “Bahía” fuera demolido; a su vez los propietarios de la Fuente “Bahía” contribuyeron para que fuera demolido el andén de la Fuente “El Paraíso...”

La “picaresca” sigue. Don Arturo Palacio Jaramillo contribuyó con la condición de que su suegro, don Pompilio Palacio Mejía, quien resultaría afectado, no se enterara..., y el doctor Evelio Ospina Salgado, abogado, “sacó el cuerpo” después. Habiendo entregado para el trabajo sesenta pesos, dio cien más para que se ocultara el que él había contribuido.

La demolición se inició el cinco de mayo temprano y se terminó a la una de la mañana del seis con el beneplácito de muchas gentes y la protesta de otras, encabezadas estas por don Martiniano Montoya Franco (el mismo del toldo de cacharros y la dulzaina de ahora cincuenta años), don Hernando Aristizábal González, don Carlos Giraldo y otros, quienes pusieron al Alcalde Jorge Duque Ospina al tanto de lo que estaba ocurriendo.

El Alcalde y los opositores a la demolición, para impedirlo, solicitaron protección policiva a la Gobernación y del Ejército a la Octava Brigada.

Mientras se adelantaban esas gestiones, el señor Ramón Restrepo y el abogado penalista doctor Hernán Valencia

Echeverri, constituidos en líderes del movimiento “picapiedrístico”, pronunciaban arengas encaminadas a mantener “vivito y coleando” el fervor de los partidarios de la demolición.

En la Alcaldía el odontólogo doctor Bernardo Mejía Tobón, en vista de que el Alcalde no se movía, pidió su cabeza motejándolo de incapaz, de inepto y de mediocre en presencia del Jefe de la Octava Brigada, Coronel Correa Cubides.

El Coronel Correa Cubides, presionado por el Alcalde para que le pusiera “remedio a la situación” barriendo con los picapiedreros y sus seguidores, optó por solicitarle a Duque Ospina una orden por escrito. Este le ordenó a su secretario, que lo era el doctor Alfredo Alzate Tobón, ya fallecido, que redactara la orden para él firmarla. El doctor Alzate Tobón se negó a obedecer porque “yo no voy a escribir órdenes que pueden tener como consecuencia el que mueran muchos calarqueños”.

Sin la orden por escrito y conceptuando que no había peligro de que se produjera una asonada y considerando el trabajo de la rotura de andenes “beneficioso para el adelanto material de la ciudad”, se negó a actuar. La labor de la tropa a su mando “en el lugar de los acontecimientos” se redujo a una pasiva vigilancia.

No se puede desconocer que la rotura de esos andenes así “a la brava” dio pie al ornato y embellecimiento de la carrera 25 y a las edificaciones que dan sobre ella, ni que don Hernando Aristizábal, uno de los “perjudicados”, viendo saltar cascotes de cemento de “su andén” lloraba “de puro verraco”.

[...] ¹¹

riendo la vía el nombre de “Calle de los picapiedra”, demolición que posteriormente se prolongó, en forma oficial, hasta la “Horqueta de Mariana”, con la ampliación respectiva de la carrera en toda su extensión a partir del Parque de Bolívar y hacia el sur.

¹¹ El original de esta anécdota presenta varios problemas tipográficos. Aquí falta una línea que no se pudo reconstruir.

Cuando la rotura de andenes estaba en todo su apogeo, los trabajadores que la estaban llevando a cabo le preguntaron al doctor Hernán Valencia Echeverri si estaba dispuesto a sacarlos de la cárcel si los metían.

—¿Y a mí, gran pendejos, quién me va a sacar? —les respondió el abogado.

Si los calarqueños fueran agradecidos a todos los “Picapiedra”, dirigentes, actores y ejecutores de esa “jornada cívica”, les debieran levantar imponentes estatuas en... ¡la “Horqueta de Mariana”!

Rúbricas y estampas



Goloso el animalito

En el año de 1967 el único sobreviviente de quienes firmaron o presenciaron la firma del acta de la Fundación de Calarcá, era Luis Tabares, hijo.

A pesar de sus ochenta y ocho años, ocho más que la ciudad, Tabares se encontraba lúcido y hacía gala de una excelente memoria. Rememorando el solemne cuanto sencillo acto, Tabares dejaba escapar uno que otro detalle humorístico refiriéndose a los fundadores.

—De los fundadores —palabras del anciano— el menos pendejo era don Segundo Henao y también el más cojonudo. Román María Valencia era más bruto.

Con frecuencia, según Tabares, Valencia venía a visitar la tierra quindiana y a dar rienda suelta a su afición de cazador de mariposas. Las exóticas, maravillosas mariposas de la región, hoy desaparecidas, fueron reemplazadas por bípedos humanos de mala entraña y pérfidos instintos.

Las mariposas para Valencia; para Antonio Buitrago, otro de los fundadores, los caballos de paso de buen talante y alzada; para Segundo Henao el ganado vacuno, las minas y un desmesurado afán por fundar pueblos “por todas partes”, como Robledo o Belalcázar, “manía” confesada en su libro *La Miscelánea* al titular uno de los capítulos, quizás el más trascendental de la humilde obra, «Fundando pueblos».

En su parcela situada por los lados del hoy “Barrio Versalles”, en Calarcá, Henao soñaba con apoderarse del fabuloso tesoro de la laguna de “Maravélez” mientras ordeñaba sus vacas. La leyenda del tesoro la había escuchado años atrás en Pereira y su localización pudo haber sido uno de los motivos que le impulsaron a explorar el Quindío.

—Recuerdo —palabras de Luis Tabares— que un día mi padre, cuyas mejoras estaban enclavadas en el paraje de “La Pradera”, me ordenó ir a la casa de Henao a cumplir un encargo.

Fue en las primeras horas de la mañana. Tabares llegó en los precisos momentos en que Henao se ocupaba en el ordeño de sus vacas, tres en total, depositando la leche en barril de amplia boca, colocado a prudente distancia, fuera del alcance de los vacunos para evitar el que la derramaran.

—Don Segundo, que mi papá le manda decir...

Tabares, ochenta y ocho años, no recordó, en el momento de relatar el detalle, a qué lo había mandado su progenitor.

Recordó muy bien que, mientras él daba el recado, el caballo del ordeñador, montura para sus frecuentes viajes, habiéndose acercado al barril, se dio a la tarea de escanciar la leche.

—Fue tal la enverracada que se dio —terminó diciendo Tabares, refiriéndose a Henao— que a garrote las emprendió con el pobre animal, diciendo:

—Que agradezca este táparo hijueputa el que se las bajaron hace mucho tiempo, porque si no aquí mismo lo tumbo y se las saco.

De pies a cabeza

Natividad Gutiérrez —“Tivita”— murió ancianita hace poco. No salía de su casa ni sola ni acompañaba porque los huesos de sus piernas no le obedecían y porque estaba casi ciega. Andaba por cerquita del siglo.

“Tivita”, durante los postreros años de su vida, se alimentó de recuerdos, como la garza de Honda en la estu-
penda crónica de Joaquín Quijano Mantilla. Quizás de un solo recuerdo: El de Israel, su único hijo, un hombre alto, fornido, cordial y decente que encontró la muerte en las cercanías de Cali en la nefasta violencia que azotó al país.

Por el año diez, el del centenario de la Independencia, o del “grito” de Independencia, “Tivita”, joven, bonita y casquivana, era propietaria de una cantina denominada “Palonegro” situada en el “Alto del Beque”, muy cerca de la “Horqueta de Mariana”. Allí explotaba sus encantos físicos acompañada por un grupo de pupilas, una de ellas Mercedes Neira.

No hace seis años dialogué por espacio de media hora con “Tivita”.

—¿Usted —me dijo— es de la familia de don Vicente Jaramillo?

—Sí, “Tivita” —le respondí—. El hijo menor de Vicente Jaramillo y Ana Josefa Ángel.

—Yo conocí mucho a don Vicente y a doña Ana Josefa —agregó “Tivita”—. Las dos personas más nobles y más buenas que yo haya conocido. Cuánto lloré al enterarme de su muerte.

Me conmovió la noble evocación que de mi padre hiciera “Tivita”. Me conmovió ver sus ojos húmedos por las lágrimas, unos ojos que estaban sumiéndose en la oscuridad. Lágrimas las suyas de gratitud. De niña mis padres le habían calmado “muchísimas veces el hambre”.

A “Tivita” —ni ella misma lo recordaba— alguien le chantó el apodo de “Patecacho”. Todos la conocieron por ese alias, pero nadie se atrevía a decírselo en la cara porque...

Todo ocurrió una noche lejanísima. Aldemar Palacio, Julio Henao, Roberto Cano, Juvenal y Jesús Castaño resolvieron, durante una juerga, ir hasta “Palonegro” a despertar a “Tivita” con una serenata.

Juvenal Herrera rasgó la guitarra; Jesús Castaño, para acompañarlo, rasgó el tiple y Julio Henao “arrancó” con la siguiente sucia estrofa:

*“Patecacho” buenas noches,
buenas noches “Patecacho”.
Si te lavas bien la grieta
te demuestro que soy macho.*

Ni corta ni perezosa “Tivita” le contestó desde el interior “con un rosario de madres” y otras lindezas por el estilo.

—Julio no tuvo con eso —palabras de “Tivita”—. Siguió jodiendo. Me levanté, cogí un “beque” lleno de “mijos”, abrí la puerta y se los tiré a los serenateros. El que resultó bañado de pies a cabeza fue Juvenal.

Esa vecindad

—¡Ambrosio parece a todas horas entregado a la defecación!

Esta afirmación solía hacerla, con su pronunciación nasal, el Tuso Jaramillo, refiriéndose a don Ambrosio Campuzano, tendero, peluquero e infatigable conversador.

Don Ambrosio tenía establecida a cincuenta metros de la plaza, en la entonces “Calle Real”, una flamante “Calle Real” con una extensión de dos y media cuadras, hoy Carrera 25, su peluquería doblada de tienda.

El que el Tuso Jaramillo hiciera semejante afirmación tenía su razón de ser, sus fundamentos: Don Ambrosio, cuando no tenía clientes, cosa muy frecuente, se salía a la calle a entablarle conversación al primero que pasara.

Al iniciarse el diálogo, don Ambrosio, quieras que no, se ponía en cuclillas, permaneciendo en tan incómoda posición horas si a ello había lugar.

Pero no paraba en esto el comportamiento del señor Campuzano. Ya en cuclillas se armaba de un lápiz, de un chuzo de guadua o cualquiera otro objeto puntudo, y a medida que iba hablando iba trazando sobre la dura tierra de la calle croquis, mapas, diagramas, signos y números encaminados a explicar mejor sus ideas.

—¿Usted es que no se cansa en esa posición, don Ambrosio? —le preguntó cierto día don Valentiniano Giraldo Álvarez.

—No, don Valentiniano, ya estoy acostumbrado. ¿Sabe?, sentado o de pie me canso más —le respondió Campuzano.

Como vecino y competidor don Ambrosio tenía a don Fidelino Capador, propietario de una tienda que era a la vez restaurante y juego de “Cucunubá”. Esa vecindad le dio pie a don Catarino Cardona, que a veces las tiraba de poeta, para darle vida a la siguiente maliciosa cuarteta:

*Don Ambrosio Campuzano
vive lleno de temor,
porque es el vecino suyo
Fidelino Capador.*

Váyase usted, Merceditas

En la época actual, cuando un Alcalde de pueblo asume el mando, el primer decreto que promulga, invariablemente, está encaminado a lograr la moralización de las costumbres y el enlucimiento de las residencias ubicadas dentro del perímetro urbano.

Lo primero, buscando defender a la sociedad, a las familias honestas, del morbo del vicio; lo segundo, para mejorar la estética del burgo encomendado a sus manos.

Don Benjamín Palacio fue el primer Alcalde que Calarcá tuvo. Don Benjamín, al asumir sus funciones, se trazó un programa que incluía, ¡no faltaba más!, la moralización de las costumbres, y dictó el consabido decreto ordenando a las mujeres públicas observar buena conducta o abandonar la población.

Las leyes son para cumplirlas. Don Benjamín destacó un agente de policía para que se encargara de citar, a su despacho, con el fin de hacerles la correspondiente notificación, a las seis u ocho damiselas que en la localidad ejercían la prostitución.

Una a una fueron compareciendo. Natividad Gutiérrez y Mercedes Neira gozaban en ese entonces de buen prestigio entre las muchachas “descarriadas” del rebaño por la cordialidad con que trataban a los “parroquianos”, su buen genio, la alegría que les comunicaban a las parrandas. Mercedes Neira gozaba además de fama como mujer bonita.

A Mercedes le tocó el turno de presentarse a la Alcaldía. Personalmente la recibió don Benjamín en su despacho, desarrollándose entre los dos el siguiente diálogo:

—Vea, Merceditas —le dijo don Benjamín—, la he mandado llamar para notificarle que debe cambiar su vida y moderar sus costumbres; o en su defecto, abandonar la población. Usted verá.

—Bueno, señor Alcalde, si así es la cosa, yo estoy dispuesta a largarme de aquí, pero si lo que piensa es moralizar el pueblo debe principiar por lo alto y notificarle a...

(Aquí el nombre de varias señoras) que se larguen, pues viven enmozadas con... (Dio los nombres de conocidos caballeros de la localidad) a espaldas de sus maridos.

— ¿Así es la cosa, Merceditas?

— Así es la cosa, señor Alcalde.

Poniéndose en pie don Benjamín, con el tono más cordial que pudo le dijo a la Neira:

— Vea Merceditas: Lo mejor que puede hacer es irse de este despacho antes de que me le acomode un “mozo” a Rosario, mi esposa, pues estoy completamente seguro de que me es fiel.

La Neira abandonó el despacho pero no la población, terminando, con el diálogo transcrito, la campaña moralizadora.

No le pegue al alcalde

El expendio oficial de licores (estanco), estaba situado en el costado norte de la plaza en una edificación de una sola planta, un rancho. Era el lugar donde solían reunirse los “notables” al iniciarse la noche, a comentar los sucesos locales, pocos e intrascendentes, o a escuchar la lectura de los periódicos, bastante atrasados por cierto, que en alta voz hacía don Pío Agustín López.

Los domingos, terminando el mercado, las reuniones de notables en el estanco eran más nutridas y animadas, participando en ellas los propietarios de las tiendas, uno que otro expendedor de carne y a veces un funcionario de la Administración Local. Entre trago y trago brotaban los chistes flojos, los chascarrillos, las críticas mordaces, en un ambiente de fraternal camaradería.

La inmensa plaza al iniciarse las sombras de la noche presentaba un aspecto fantasmal. Sólo se veían en ella algunos semovientes que acudían a darse opíparas cenas con los plátanos, las yucas, las verduras que los campesinos, imposibilitadas las ventas, dejaban abandonadas.

El aseo de la plaza era efectuado los lunes. Los encargados de llevarlo a cabo no eran otros que los presos de confianza reunidos en la cárcel local. A falta de estos, aquellos ciudadanos que por embriaguez, escándalo o irrespetos a la autoridad habían sido detenidos la noche del domingo. Basuras, desperdicios, hortalizas, eran barridas con abultadas escobas de ramas. Amontonadas de trecho en trecho por barrenderos, luego eran transportadas en carretillas de madera a una cañada vecina. Mientras los presos barrían, los aficionados a las riñas de gallos “casaban” las peleas y entrecruzaban apuestas, cercados por los curiosos.

Un domingo en la tarde (suena a paso doble) entre contertulios del Estanco se encontraba José María Espinosa, propietario de una talabartería, numismático en potencia, tomador de trago y parrandero como el que más, cuando para mal de sus culpas se detuvo frente al establecimiento

un asno. Tomando del suelo una piedra, un chiquillo que ocasionalmente pasaba por el lugar, se la arrojó al asnal semoviente, lo que le valió que Espinosa le gritara:

—Chino hijueputa, no le pegue al Alcalde.

La mala fortuna de Espinosa hizo que su exclamación fuera escuchada por don Pedro Pablo Valencia, quien ejercía las funciones de Alcalde y llegaba en ese preciso instante.

José María Espinosa (“Chepe”, como todo el mundo le decía) fue visto a la mañana siguiente con una enorme escoba de ramas barriendo la plaza.

Muchos amigos de Espinosa, que a su vez lo eran del alcalde, acudieron a éste en solicitud de que al barrendero se le conmutara la pena por una multa. Don Pedro Pablo fue inflexible. Había que sostener el principio de autoridad y lo sostuvo.

Consueta distraído

Las funciones de Secretario de la Alcaldía las ejercía, siendo el burgomaestre don Benjamín Palacio, el señor Ricardo Ortiz, hombre de alguna preparación intelectual, primer periodista quindiano, como que era corresponsal de “El Republicano” de Bogotá, dirigido por el doctor Enrique Olaya Herrera. En un ejemplar de 1908 me encontré con una de sus corresponsalías.

El señor Ortiz, como el “intelectual” del villorrio, tenía a su cargo, por delegación del Alcalde, el pronunciar los discursos durante las celebraciones de las fechas clásicas nacionales. En esta “labor” lo sucedió más tarde Francisco Mario Patiño, cuya estampa y voz eran la admiración de los lugareños. Era agradable escuchar a “Pacho Mario” cuando hablaba en público.

Pues bien: Don Ricardo Ortiz, a pesar de sus conocimientos, de las “ideas generales” —¡manes del filósofo de la Montaña Fernando González!— era incapaz de improvisar cuatro palabras seguidas, así el auditorio estuviera integrado por gentes del agro sin ninguna preparación intelectual, por los niños y niñas de las escuelas o comerciantes analfabetos. Don Ricardo escribía sus discursos y...

Y como era vanidoso hasta más no poder, para dar la sensación de que improvisaba, hacía colocar estratégicamente a su hermano Eduardo para que le sirviera de consueta (no pronunciaba discursos si no era desde un balcón). Así las “improvisaciones” le salían siempre bien y la aureola de gran orador no alcanzaba a desteñírsele.

Como el diablo es diablo y suele jugarles sucio a los humanos, en un veinte de julio don Ricardo ocupó la tribuna para pronunciar el discurso de rigor elogiando a los próceres de la Independencia, con aquello del florero de marras, los “chapetones”, la proclama de Acevedo y Gómez, etcétera. El discurso escrito lo había puesto don Ricardo en manos de don Eduardo.

Un numeroso público, integrado por las escuelas públicas, los ediles, algunos comerciantes y algunas gentes del agro, esperaba en la plaza las palabras que pronunciaría el orador. El Alcalde y algunas damas, en otras tribunas, daban realce a la “fiesta”.

Impaciente, detrás de la puerta, don Eduardo esperaba que su hermano hiciera la introducción para continuar “soplando” las parrafadas.

—Señor Alcalde Municipal, señores ediles, señores profesores, distinguidos estudiantes, señoras, señores.... — principió don Ricardo con voz enérgica, moviendo los brazos como un molino de viento las aspas.

Discretamente don Eduardo empezó a “soplar”. Todo marchaba a las mil maravillas cuando alguien, no enterado de las funciones que estaba desempeñando, le llamó la atención, y ahí fue Troya. Don Ricardo, en la tribuna, no llegándole el texto de su discurso, frenó en seco, esperó un poco y como Dios le ayudó le dio remate a su intervención; se entró, enjugó con un pañuelo el abundante sudor que le empapaba la frente y se dejó caer en un asiento presa de la más terrible de las iras.

En ese momento alcanzó a ver a su hermano, que con el papel del discurso en la mano conversaba con quien le llamara la atención. Sin pensarlo dos veces, sin valorar el sentido de sus palabras ni parar mientes en quien pudiera oírlo, le espetó a quemarropa:

—Y vos, gran hijo de puta, malparido ¿por qué infiernos te callaste la jeta?

Un testigo presencial del hecho comentaba algunos años después:

—Es la madre más bien remachada que he oído en toda mi puerca vida.

Pobrecitos hombres

Se llamaba Hermelinda. Hermelinda es un nombre perfecto para una retardada mental y Hermelinda lo era, pero no al punto de que llegara hasta la idiotez.

Hermelinda vivía con su madre, Juanita Fonseca, en “Rincón Santo”, barrio con docena y media de casuchas de guadua tan espaciadas como los plazos que solían dar, para el pago de las mercancías, los comerciantes sirio libaneses ambulantes.

—Me lo paga cuando usted quiera —decía Yunes Yusef e iba todas las semanas a cobrar.

Juanita y Hermelinda se ganaban la vida lavando ropas ajenas en la quebrada “Naranjal” o en la “Sapera”, o ayudando en las cocinas de las familias “bien”, juntas algunas veces, otras separadas.

Un día cualquiera Hermelinda, que hacía rato había pasado por los veinte años de su edad, resultó en embarazo. El hijo, débil, desnutrido, murió a los pocos días de nacido.

—Pobrecita la niña —decía Juanita condoliéndose de su hija— Quién sabe qué sinvergüenza la engañaría. Le embutieron el muchacho y nián se sabe quién jué. Pa brutas nosotras las mujeres.

A poco de morírsele el hijo, Hermelinda resultó de nuevo en embarazo. Le sobraron consejos y reprensiones por parte de las señoras a cuyas casas iba a trabajar. ¡Que una vez “metiera la pata” pasaba, pero que recayera, sí era el colmo!

Hermelinda callada, trabajaba y veía cómo iba creciendo su vientre fecundado. ¿Contenta con su estado? ¿Resignada? ¡Quién podía saberlo!

Cierta mañana en que se encontraba ayudándole a los oficios domésticos a mi tía Filomena Ángel (¡valiente nombrecito!), a la buena señora le dio por sermonearla. La sermoneó largo y tendido.

Hermelinda soportó y soportó la “cantaleta” de mi tía con estoica resignación por largo rato hasta que no pudiendo más le dio esta respuesta despampanante:

—¡Pobrecitos hombres, no les puedo decir que no!

Los vasos sagrados

Atrás dejé relatada una de las muchas anécdotas relacionadas con actuaciones de mi tío el cura, Juan de Dios Jaramillo, administrador de las feligresías de San Miguel de Perdomo y Anaime.

Recojo esta otra:

Cierta vez el levita llegó a Calarcá a visitar a sus hermanos, pero antes de hacerse presente en alguna de las casas de estos, penetró a la capilla a darle gracias a Dios por haberle deparado un buen viaje, un viaje sin contratiempos a pesar del pésimo camino transitado.

Estando postrado de hinojos ante el altar, acertó a penetrar al “sagrado recinto” el cura Titular, que lo era, si mal no recuerdo, el Padre Pineda. Ver al “penitente” sudoroso, desaliñado, embarrados los zapatos y faldones de la sotana y ordenarle salir, fue todo uno para el Padre Pineda.

Pero no fueron los términos en que lo hizo los más aconsejados por la decencia. De farsante, embaucador, aparecido y otras lindezas lo trató, poniendo en entredicho la calidad de sacerdote del viajero.

Abandonando la capilla como se le ordenaba, mi tío se trasladó a casa de mis padres, llamó a su peón de estribo y con un perentorio plazo de dos días para el viaje de ida y regreso, lo envió a su sede con el encargo de traerle los documentos con los cuales podía acreditar su calidad de clérigo y el estar autorizado para celebrar la Santa Misa en donde se encontrara y existiera un Templo o una Capilla.

Con los documentos que había menester en sus manos, mi tío fue en busca del Padre Pineda, hizo que los leyera y examinara detenidamente, sin ocultar su resentimiento y mal humor.

—Perdóneme usted, Padre Jaramillo —le dijo el Padre Pineda al terminar la lectura de los papeles— el que haya dudado de su calidad de sacerdote y empleado con usted y contra usted términos que no debí emplear. Los

ornamentos, los vasos sagrados y la capilla están a su disposición. Puede celebrar la Santa Misa cuando usted guste.

Ni corto ni perezoso, el padre Jaramillo le respondió:

—¿Los ornamentos, Padre Pineda? ¿Los vasos sagrados? ¿La Capilla? ¿La celebración de la Santa Misa? Vea, Padre: Todo eso puede metérselo usted por el culo arriba porque ya no los necesito.

Reina de Cajamarca

No se trata de un título nobiliario. No. Pero sí de una persona de carne y hueso, sin sangre azul en las venas, ni pergaminos; sin títulos de nobleza, sin súbditos, sin territorios bajo su jurisdicción y mando, pero con una bien conquistada fama por la maestría con que solía preparar una gallina, un lechón o un pisco (pavo) y el excelente punto de fermentación que sabía darle a la chicha por ella fabricada y expendida.

Se llamaba Domitila Reina y era esposa del señor José Cajamarca, procedentes ambos de tierras cundinamarquesas. Llegados a Calarcá, José Cajamarca y su esposa buscaron establecerse dentro del grupo de sus coterráneos y ocuparon una casa en la Calle de "Fusa", en la cuadra comprendida entre las carreras 20 y 21 con calle 37 de la nomenclatura actual.

La colonia antioqueña, cuando de festejar algún acontecimiento se trataba, colectivo o familiar, acudía invariablemente en solicitud de los servicios de doña Domitila para que les preparara una opípara cena, un suculento sancocho de gallina, un lechón o un pavo asados, o un "piquete". No se negaba.

Las yucas, las papas, las arracachas, los plátanos pintones o maduros, todo adobado con la cantidad exacta de ajos y cebollas, perejil y cilantro, sal y azafranes, tomate y mostazas, salían de las ollas de Domitila humeantes y en un punto perfecto de sazón, convertidas en una verdadera golosina para el paladar.

Violentando su innata repugnancia por la chicha, los antioqueños aceptaban tomarse un poco encima de los manjares. Un poco nada más porque la chicha preparada por doña Domitila "agarraba de lo lindo" al decir de las gentes. En los barriles en que la preparaba, el amarillento líquido burbujeaba y se estremecía por el fermento. Acercarse a olerlos era ya un principio de embriaguez.

Muchas veces en compañía de mi padre estuve en la casa de doña Domitila. Entre la colonia “rola”, ya lo dije antes, mi padre era bien acogido. Se le estimaba. Se le respetaba. Mi padre era el único herrero del pueblo, el único cerrajero, y a su taller acudían todos los habitantes del villorrio a encargarle las cerraduras para las puertas de las casas, los regatones, los “calabozos”, los “güinches”, los “almocafres”, los azadones, las hachas y demás herramientas para sus trabajos agrícolas, o a que les herrara las bestias de labor o las de silla, les reparara las escopetas para la caza de guatines y tatabras, de ardillas y de cuzumbos, o les resanara los muy deteriorados implementos de cocina.

Los “rolos” eran magníficos clientes de mi padre.

No era doña Domitila Reina de Cajamarca la única que en la población fabricaba la chicha, pero sí la única solicitada para la preparación de exquisitas comidas. En ningún hogar o comercio de los tolimenses, cundinamarqueses, boyacenses o santandereanos dejaba de prepararse el prestigioso licor, la fermentada y amarillenta chicha, herencia incontestable de las tribus indígenas que antes del descubrimiento de América poblaban los territorios colombianos. Ancestro Chibcha el de doña Domitila. Seguramente.

Doña Domitila murió de avanzada edad.

—Se fue —comentó don Marcelino Naranjo, su vecino durante muchos años, al enterarse del fallecimiento— a prepararle chicha al putas la vieja esa.

Don José le entregó su alma a Dios en una pequeña parcela de su propiedad situada al margen de la carretera que conduce al Departamento del Valle, en el paraje de “El Prado”, a la edad de ciento cuatro años.

Alguien que le preguntara a don José si había sentido mucho la falta de su compañera, obtuvo de él esta despampanante respuesta:

—Sí señor, Domitila me ha hecho mucha falta porque nadie tan hábil como ella para sacar los ratones que se ahogaban en los barriles donde preparábamos la chicha.

A centavo la yarda

—El que quiera quedarse en la ruina —solía decir mi padre— que haga negocios con Pedro Juan Jaramillo.

Y para reforzar tal concepto narraba las incidencias de una negociación en la cual la habilidad de Pedro Juan se puso de manifiesto, y bien de manifiesto por cierto.

El negocio en referencia “hizo época” y de él se habló durante muchos años (y se habla todavía) en las tertulias pueblerinas, dando pie a un dicho que se hizo famoso: “Más hábil y más pícaro que Pedro Juan”.

Pedro Juan Jaramillo era propietario de un almacén de telas situado en el costado sur de la plaza, bastante acreditado por la calidad de la mercancía y los precios razonables para el público. Los comerciantes en telas surtían en las plazas de Pereira y Manizales con preferencia a las de Ibagué y Cartago por ser el transporte de la carga, desde las dos últimas ciudades citadas, bastante dificultoso y caro.

Un día cualquiera, a Pedro Juan le resultó un comprador para su almacén. Entraron en conversaciones. Una propuesta por aquí, otra por allá, visitas reiteradas del presunto comprador para examinar la calidad, cantidad y estado de las mercancías, averiguaciones sobre el peso de las telas y demás.

El trato, tras muchas idas y venidas, fue cerrado ante testigos para evitar que alguno de los dos contratantes “echara pie atrás”. Pedro Juan recibiría, por cada yarda de mercancía existente *dentro del local*, la cantidad de un centavo.

Sobre el mostrador los peritos medidores iniciaron su labor. De los estantes fueron bajadas las “piezas” de paño inglés, de lienzo y terciopelo, de dril y coleta, de cintas y letines, de tules y zarazas, en presencia del vendedor y del comprador. Pedro Juan, muy serio, observaba la operación, mirando de reojo la satisfacción reflejada en el rostro del “ya nuevo propietario” por la excelencia del trato

celebrado, pues en verdad todas las mercancías medidas tenían un valor muy superior al fijado en la compraventa de “un centavo por yarda”.

Al ser terminado el inventario y medición de todas las mercancías encontradas en vitrinas, estantes y mostradores y cuando los peritos se disponían a efectuar las sumas correspondientes, Pedro Juan les advirtió que debajo del mostrador quedaba alguna mercancía por examinar y medir.

En efecto, debajo del mostrador de madera los peritos encontraron una inmensa cantidad de hilo en “carretas” y “cartones”.

—Usted me ha engañado —dijo el comprador dirigiéndose a Pedro Juan—. Me ha engañado porque no me advirtió sobre la existencia de esa enorme cantidad de hilo.

Muy fresco Pedro Juan le contestó:

—Le ha vendido de contado y a razón de un centavo la yarda de *todas* las mercancías existentes *dentro del local* y ese hilo *también* es mercancía.

Mejor que una escritura pública debidamente registrada era la palabra empeñada por los hombres de esa época. El hilo fue medido y contabilizado y el pago se efectuó conforme a lo pactado. Pedro Juan, astutamente y al cerrar el trato, había procedido a recoger todo el hilo en cartones y carretas existente en el comercio local y en el de Armenia, trasladándolo, en las horas de la noche, a su almacén.

Por tres veces su valor real, vendió su negocio.

El nombre del ciudadano que tan cándidamente cayó en las garras de Pedro Juan Jaramillo, no lo logré averiguar, pero la anécdota es rigurosamente cierta.

Para albóndigas

¡Qué insignificante persona fue, en las postrimerías de su vida, Adolfo González! Adolfo murió hace poco, si se hacen cuentas, a la edad de ciento cinco años, la edad que decía tener. ¡A los quince años se enroló con las fuerzas liberales en la guerra del 85!

Dos meses antes de morir Adolfo, sentados en un escaño del Parque de Bolívar, me dijo:

—Ole, Rodolfo, todavía soy un verraco para “guaquiar”. No me da miedo metémele a una de veinticinco varas. He sido muy de malas. No le he dado a una grande. Narigueras, torsales, argollitas nada más...

—¿Así de mal te fue en la guerra, Adolfo? —le pregunté y agregué: —¿Cuántos godos mandaste para el otro toldo?

—Ni sé, ole —me contestó— ¡pero hijue si fueron hartos! ¡No sabe ni el putas a cuántos les paré el culo! Cuando les asaltamos el cuartel en Armenia en la guerra de los Mil Días...

Adolfo no recordaba la fecha exacta de ese asalto al caserón que como cuartel habilitara la tropa conservadora en Armenia. Ni siquiera el año. Fue una madrugada...

—Llegamos —contaba Adolfo— a las cuatro de la mañana, todos armados de machetes y desnudos de la cintura para arriba.

La consigna que los atacantes llevaban era la de darle machete “a todo aquel que tocáramos y tuviera camisa. Como estaba tan oscuro...”, comentaba Adolfo.

Fue ese ataque al cuartel conservador, en Armenia, por parte de los liberales, una de las más pavorosas carnicerías durante la guerra de los Mil Días.

—No se nos escapó ni uno solo —afirmaba Adolfo—. ¡Repartimos machete como el putas y bien afilados que los llevábamos! Los dejamos como para albóndigas...

Terminada la guerra, con remordimientos en la conciencia, Adolfo, buen católico, fue a confesarse. ¡Había dado tanto machete, repartido tanto plomo!

Para asombro de Adolfito, el sacerdote con el cual se confesó, no recordaba el nombre, terminó diciéndole:

—Matar prójimos en la guerra, hijo mío, no es pecado.
Y lo absolvió.

Muy pendejo

Rascalpugas, y bien rascalpugas que era Vidal Peña. Y tenía bien amarrados los pantalones. El jugarse la vida, para él, era “un juego”.

Y Vidal Peña, un día cualquiera, tuvo un encuentro a mano armada con Jesús Chica, otro ciudadano amigo de camorras. En ese encuentro el mal librado resultó ser Chica. Pasó de “comeyucas” a difunto en un santiamén.

Los restos mortales de Chica tenían que ser inhumados como los de cualquiera otro difunto y fue así como los “sembraron” en el pequeño cementerio existente en el sitio denominado “Palo Negro”, hoy la manzana comprendida entre las carreras 25 y 24 y las calles 32 y 33.

Un día las autoridades municipales, de común acuerdo con las eclesiásticas, resolvieron trasladar el cementerio al sitio de “Las Partidas” u “Horqueta de Mariana”, que viene a ser lo mismo. Aquellos de los familiares que tenían a sus seres queridos “sembrados” en “Palo Negro”, con la determinación de las autoridades, se vieron en la obligación de hacer exhumar los restos y trastear con ellos para la “Horqueta de Mariana”, su nueva sede.

Pocos, en verdad, habían sido los cadáveres “sembrados” en “Palo Negro”, no en bóvedas, sino en profundos hoyos abiertos en la tierra. El lujo de las bóvedas vino después. El traslado fue rápido. Y como es de lógica suponer, uno de los “difuntos” trasteados fue Jesús Chica, para que continuara “durmiendo su sueño de eternidad” en la “Horqueta de Mariana”.

(Por allá en el año de 1950, cuando yo desempeñaba el cargo de Personero Municipal —fui echado de ese puesto por el grave delito de ser liberal—, al disponer la apertura de una vía pública que atravesaría el terreno que ocupara el cementerio de “Las Partidas”, el buldózer, con su tremenda cuchilla, no hacía más que arrastrar huesos humanos que revueltos con la tierra fueron a rellenar una vaga por esos lados existente.

Entre esos “despojos mortales” arrastrados por el bulldózer debieron encontrarse los de Jesús Chica, si todavía quedaba algo de él: un fémur, unas muelas, la calavera....).

Pero mejor es hacer a un lado estas “vivencias” recientes y regresar a la época del traslado del cementerio de “Palo Negro” a la “Horqueta de Mariana”, es decir, a los albores del presente siglo, y más específicamente al traslado de los “güesos” de Chica.

Resulta que el cadáver de la víctima de Peña había sido sepultado (como el de sus colegas difuntos de “Palo Negro”), en la tierra; y al destapar el hoyo, recuperados los huesos, quienes ejecutaban el trabajo se dieron cuenta de que una de las paredes de la fosa exhibía todas las características de una sepultura indígena o “Guaca”.

Ni cortos ni perezosos, los exhumadores procedieron a “barrer” esa sorpresiva “guaca” que les salía “al paso” y en ella se toparon nada menos que con una olla de ordinaria hechura indígena y dentro de ella oro en polvo en cantidad que pesada resultó ser exactamente de ocho libras.

—A mí me tocó presenciar la “pesada” del oro —me informó Valentiniano Giraldo Álvarez, al relatarme el hecho—. Una cantidad apreciable para quienes no pensaron encontrar en el sepulcro de Chica más que unos “güesos pelados”.

Mucho se comentó el hallazgo de la “guaca” entre los habitantes del villorrio y fueron muchos los chascarrillos que al efecto circularon. Bien que daba el tema para ello. Pero el más gráfico, el más “saleroso” de todos fue el que se le antojara hacer a don Belisario Ospina:

—¿Qué opina, señor Ospina, del hallazgo en la sepultura de Jesús Chica?

—¿Que qué opino? Carajo, que ese Jesús Chica fue muy pendejo cuando con ocho libras de oro al rincón no resucitó y se fue a tomar trago a Pereira.

—Y ¿cómo iba a resucitar?

—También es cierto, nadie resucita estando reventando espalda en la “Horqueta de Mariana”.

Se podían perder

Con un tabaco en la boca, la mayoría de las veces apagado, se veía salir a don Benicio Herrera de su casa de habitación situada a sólo cuarenta metros de la esquina de la plaza, casa que aún existe.

Eso del tabaco —pucho— apagado fue una herencia indirecta que le dejó don Benicio a don Víctor Echeverri. Como don Benicio, a todas horas se veía a don Víctor con el tabaco apagado. ¡Ni para comer se lo quitaba de la boca, según don Apolinar Palacio!

Persona correcta fue don Benicio. Todo un caballero con palabra que tenía valor de escritura registrada. Pero don Benicio no fue hombre feliz. Su hermano Juan...

—Caco —decía don Catarino Cardona, que las tiraba de hombre ilustrado— era honrado. Juancho se robaba hasta unas saludes. Todo lo que veía era suyo...

Se equivocaba don Catarino. De buena fe se equivocaba. Juancho Herrera no era ladrón, no era ratero. Era un enfermo. Un cleptómano. Una gallina, un martillo, un regatón, una caja con fósforos y... ¡venga a nos!

Don Federico González solía contar, riéndose, que alguna vez había ejecutado un trabajo de banqueo. Por algunos minutos se había tenido que alejar del lugar en donde el trabajo estaba siendo ejecutado, dejando un regatón y una pala que habían desaparecido en “una exhalación”.

—¿Quién pasó por aquí? —averiguó don Federico, y alguien le informó que Juancho Herrera.

Pensando, por conocer bien a Juancho, que este había sido quien se llevara las herramientas, don Federico fue en su busca, lo encontró y sin preámbulo alguno le dijo:

—Oye Juancho, no jodás, te me trajiste la pala y el regatón y no voy a poder seguir el banqueo. Devuélvemelos.

Con toda tranquilidad Juancho, sin más ni más, le respondió:

—Caminá hombre te los entrego. Fue que pasé por dónde estabas sacando el barranco, los vi y pensé que podían robárselos...

Por pensar en los comportamientos de su hermano a don Benicio se le olvidada chupar el tabaco.

Por eso lo mantenía apagado...

¡Caminando al revés!

Sí, caminando al revés. Y ¿cómo puede caminarsse al revés?

Muy sencillo: Dando la cara hacia el sitio que se quiere abandonar y no hacia el lugar al cual se quiere llegar.

En esta forma de trasladarse de un lugar a otro, bastante “cangrejiana”, no se obra ciertamente con cordura. Se sale de lo común y corriente, se aparta de la lógica y está reñida con el sentido común. ¡Pero qué le vamos a hacer!

Así, al revés, puede argumentarse (la dialéctica es muy bonita), no caminaría sino un demente o un borracho. Y a quien yo veía caminar al revés, dando la cara hacia el sitio del cual quería alejarse, lo hacía precisamente debido al estado de embriaguez producida por el exceso en el consumo de la chicha, la famosa chicha preparada por doña Domitila Reina de Cajamarca en su casa y negocio de la calle de “Fusa”.

La casa de mis padres (lo he dicho ya) estaba situada cerca a “Fusa” y por frente a ella era frecuente ver pasar a quienes se dirigían al centro o del centro a “Fusa”. La edificación se levantaba a mitad de la cuadra. Tenía la calle un pronunciado declive que se iniciaba en la esquina de la carrera 22 y terminaba en la esquina de la carrera 23, donde se levantaba la casa de propiedad de don Sandalio Ortiz (hoy de sus herederos, las señoritas Ortiz), padre de la señorita Ángela Ortiz, profesora por más de once lustros en escuelas y colegios calaqueños.

Algunas veces don Apolinar Fernández, cumplido caballero que llegó a ocupar en la Administración local cargos de importancia como el de Personero y era un experto en la construcción de puentes de madera, habiendo sido el proyectista y constructor del primer “Palacio Municipal” (a don Apolinar se le tiene que abonar la construcción de infinidad de puentes en los ríos Santodomingo y Quindío, Rioverde y Barragán y las quebradas de El Pescador, La Sonadora y otras), solía trasladarse a “Fusa”, a la residencia de

doña Domitila Reina de Cajamarca o a la casa y tienda de Fidel Rojas, y allí echarse entre pecho y espalda una buena cantidad de chicha.

Don Apolinar era bien acogido por la colonia “rola” y con el frecuente trato con los Moná, los Múnar, los Rojas, los Castro y los Guevara, los Sabogal y Villalobos, se aficionó a la chicha. Se embriagaba con chicha y ya embriagado enrumbaba para su hogar. Para quien la haya ingerido y con ella se haya emborrachado, no es un secreto que la chicha produce un efecto bastante simpático: Las posaderas del ebrio adquieren una tremenda pesantez y al caminar se siente como si alguien estuviera halando de atrás.

Camino de su casa y bajo los efectos de la embriaguez, don Apolinar llegaba a la esquina de la carrera 22 con calle 38 (la cuadra en donde estaba ubicada la casa de mis padres) y emprendía la subida con tan mala fortuna que daba un paso adelante y dos atrás lo que hacía que en vez de adelantar retrocediera.

En tales condiciones don Apolinar optaba por cambiar de posición, es decir, se ponía de frente hacia el lugar que quería abandonar y daba la espalda hacia el cual se dirigía. Daba así un paso adelante y dos atrás, lo que le permitía avanzar en su camino y llegar a la esquina de la carrera 23, donde ya el terreno era más plano.

¿Imaginación? ¡No! Algunas veces me tocó presenciar (tendría yo seis o siete años de edad) desde las ventanas de la casa de mis padres (era de medio balcón) la escena descrita, el ingenioso medio de que se valía don Apolinar (don “Polo” para todos los calarqueños) para retornar enchichado a su hogar.

Que no se me crea ya es otra cosa, porque toda salida en donde priman el ingenio y la iniciativa privada, tiene la desventaja de parecerse en grado sumo a la mentira.

Pero las mentiras son más factibles de ser creídas que los mismos axiomas.

Con planazos tengo

No se puede negar que entre los primeros pobladores de Calarcá se formaron dos bandos con fuertes antagonismos y malquerencias inocultables, uno de ellos formado por los que en estas páginas he tenido que denominar con el término genérico de “rolos”, o sea los habitantes de “Fusa”, y el otro por antioqueños residentes en el resto de la población.

Las gentes de “Fusa” demostraron siempre ser amigas de las parrandas y los jolgorios. Durante toda la semana se entregaban al trabajo con una consagración y efectividad admirables, desquitándose los días sábados en las horas de la noche y los domingos con fiestas en las cuales el baile y la comida abundaban, pero más abundaba la chicha.

Desde la casa de mis padres se escuchaban los gritos, la algarabía que formaban las gentes ebrias, el sonar constante de los instrumentos de cuerda que amenizaban los bailes y, con más frecuencia de la necesaria y aconsejable, el estallido de petardos y cohetes.

Los antioqueños, cuando los “Fuseños” estaban entregados a sus celebraciones, no asomaban por esos contornos la nariz ni a palos, siempre y cuando no hubieran empinado el codo por su cuenta y riesgo y el aguardiente no se les hubiera subido a la cabeza, porque entonces quienes en tal estado se encontraban se aventuraban a hacerse presentes en “Fusa”, lo que daba pie a que se formaran trifulcas de marca mayor que dejaban buen saldo de heridos y contusos y casi nunca un muerto.

Guapo entre los guapos, bebedor y busca ruidos, temible y temido cuando “copetón” esgrimía una larga y afilada peinilla en plena calle de “Fusa”, era Juan Bautista González, más conocido entre las amistades con el diminutivo de “Tistica”.

Lo del “Tistica” era debido a su baja estatura. Tistica era antioqueño, de una agilidad tremenda en sus movimientos y se ocupaba en las labores del agro, aprovechando las visitas al poblado para embriagarse y buscarles “camorras”

a esos “mugres rolos de Fusa”, como llamaba a quienes en tal sector habitaban.

Alguien, en lo más sabroso de la parranda, lanzaba el grito de alerta.

—Ojo que allá viene Tistica.

Los hombres salían a mitad de la calle dispuestos a no permitirle a González que se colara a sus expendios de chicha, al salón en donde estaban bailando, y menos a tolerarle que se “pavoneara” envalentonado por la calle.

Las mujeres, temerosas, cerraban las puertas. Las más valientes llevaban su osadía sólo hasta arriesgarse a permanecer asomadas a las ventanas o paradas en el portón entornado como medida de precaución “por si las moscas”.

—Rolos mugres, ármense si quieren saber cómo es Tista González repartiendo plan. No se venga uno solo que para nada me alcanza. ¡Yo soy capaz con todos!

También entre los “rolos” había hombres valientes. La pelea se cuajaba. Por un lado Tistica González con su relampagueante peinilla y por la otra seis o más habitantes del sector. Gritos de mujeres, llantos de niños y la peinilla de Tistica sonando seca sobre los cuerpos de sus contendores al asentárselas de plano.

—Para ustedes, rolos mugrosos, con planazos tengo.

Y era verdad. Tistica González, repartiendo plan a diestra y siniestra, ponía en fuga a quienes osaban enfrentársele y luego se marchaba a seguir bebiendo en las tiendas de los antioqueños. Jamás llegó a emplear su peinilla por el filo en sus riñas con los “rolos”, demostrando así su valentía. Quizás porque esto lo sabían los agredidos, se atrevían a enfrentársele.

Hay que reconocer que por parte de los “rolos” hubo siempre cierta nobleza en los encuentros con González. Se le enfrentaban armados de peinillas o garrotes, pero nunca llegaron a esgrimir armas de fuego.

Hace pocos meses, rememorando esos tiempos con el anciano Adolfo González, hermano de Tistica y compañero de sus “bebetas” y andanzas, afirmaba muy ufano:

—Ese Tista les daba plan a los “rolos” que era un gusto. Pero ninguna pelea de esas fue tan “buena” como la que

él y yo tuvimos con la policía. Eran cinco agentes y los hicimos encerrar a todos. Esa sí fue buena. Nos pusimos el pueblo de ruana.

Adolfo González, “Adolfito” como todos nos acostumbramos a decirle cuando fue policía escolar y “por las malas” nos llevaba a la escuela cuando nos quedábamos jugando en la calle, es todavía un hombre fuerte a pesar de los muchos años que pesan sobre su humanidad.

“Adolfito” es de baja estatura, simpático y cordial, resume bondad por todos los poros y se ocupa en “catiar guacas”, sin que durante su larga vida de “guaquero” haya encontrado más que ollas de barro y una que otra nariguera o torsal de escaso valor.

Según Adolfito, lo del Tesoro del Cacique Calarcá no es una leyenda sino una realidad histórica.

—Está —dice— enterrado en “Pinares”, en una hondonada, pero nadie puede sacarlo. No hay tal que esté en “Peñas Blancas”. Eso sí es mentira.

Tística González murió de muerte natural a una edad muy avanzada.

A garrotazo limpio

Mineros, legítimos mineros procedentes de los ricos yacimientos auríferos de las minas de “Colombia” y “La Morena”, “El Cóndor” y “Santa Librada”, situadas en jurisdicción del Municipio de Salento, en las cabeceras del río “Navarco” algunas de ellas, llegaban al villorrio en busca de diversiones con abundancia de pesos en los bolsillos y más abundante sed de licores embriagantes y de caricias femeninas.

La anécdota que trato de relatar tuvo su ocurrencia en el año de 1904. La categoría de municipio no le había sido aún concedida a la población (lo fue en 1905), estando adscrita la vigilancia a cinco agentes de policía mal remunerados y peor instruidos, bajo las órdenes de un corregidor que lo era entonces don Indalecio Ortega.

Más que suficientes para ejercer la vigilancia eran esos seis ciudadanos. Y cómo no serlo cuando la mayor parte de los habitantes residían en el campo y sólo acudían al poblado los sábados por la tarde, o los domingos por la mañana, para asistir a la Santa Misa, vender los productos de sus parcelas y proveerse de los víveres necesarios para la manutención de sus familias durante toda la semana. Cuidar a los radicados en la zona urbana resultaba fácil tarea debido a la “santidad de las costumbres” que los llevaba a recogerse temprano en sus hogares y entregarse al descanso una vez rezado el Rosario en coro e ingerida la merienda.

Esa “paz virgiliana”, dejaba de serlo cuando en la población se hacían presentes los mineros. Llegar y entregarse al consumo de licores era todo uno. Y al fomento de escándalos. Las gentes honestas —hombres y mujeres— al darse cuenta de su presencia optaban por la línea de menor resistencia y se encerraban en sus casas. El toque de salida de su encierro voluntario, para evitar conflictos, sonaba cuando corría la noticia de que los visitantes, saciados sus bajos instintos, habían emprendido el viaje de regreso a las minas.

Taladrando rocas, persiguiendo los filones y las vetas con sus “picos”, soñarían durante quince o veinte días, máximo un mes, con la nueva excursión al villorrio.

En poder de los cuatro o cinco cantineros y el puñado de mujeres públicas que tenían “sentados sus reales” en la población, quedaban los billetes obtenidos con el más arriesgado y el más duro de los trabajos: la minería. Pero eso importaba poco: Con los dos días de francachela se daban por bien resarcidos de sus duras labores.

Un domingo (los mineros habían llegado el sábado por la tarde) al llegar las primeras horas de la noche, en la plaza y bastante pasados de copas se hallaban unos mineros pertenecientes a la peonada de la mina “La Morena”, protagonizando el más fenomenal de los escándalos. Los agentes de policía acudieron presurosos a restablecer el orden, con tan mala fortuna por su parte que tuvieron que emprender “las de Villadiego” ante el violento ataque de que los hicieron víctimas los mineros, muy superiores en número.

Don Indalecio Ortega, el Corregidor, se encontraba en su casa de habitación y hasta allá se llegó uno de los agentes del orden a darle “parte” de lo que estaba ocurriendo y de lo que a ellos les había ocurrido.

Sin pensarlo dos veces, el señor Corregidor tomó de detrás de una puerta un largo y grueso garrote de guayabo y con tan rudimentaria arma de ataque y de defensa se dirigió al sitio en donde los mineros continuaban con su zambra. No era ya la plaza principal pues se habían trasladado a la calle de “Fusa”.

Llegar, verlos y emprenderla con ellos a garrotazo limpio, fue todo uno por parte del Corregidor. Cada que lograba derribar a uno de un garrotazo, los vecinos, que habían salido a “prestarle ayuda a la autoridad”, lo recogían. Una vez quedaron todos reducidos a la impotencia, en fila india don Indalecio los hizo marchar, absolutamente solo para vigilarlos, rumbo a la cárcel local en donde los encerró. Eran doce.

Pasada la tormenta y cuando ya todo estaba sereno (hasta el ánimo del mandatario), éste reunió a los cinco agentes bajo su mando y les endilgó un discurso “breve pero sustancioso”.

—Vieron, atajo de gallinas, parranda de cobardes ¿cómo es que un hombre debe amarrarse los calzones? Cuatro patojos mineros no se van a poner de ruana la población mientras Indalecio Ortega sea la primera autoridad.

Dolores Garra

La noticia se regó con pasmosa celeridad por toda la población: En "Fusa" un hombre había sido asesinado de varias puñaladas cuando dormía.

De portón a portón, de solar a solar, de barranco a barranco (la población era toda barrancos en ese tiempo) las mujeres se transmitían la noticia y comentaban, cada una a su manera, sin estar enteradas a fondo de lo ocurrido. Los hombres, en la calle, formaban corrillos y a su vez comentaban el suceso.

En la esquina de la calle 39 con carrera 23, Fidel Castro, dándose las de bien informado, ilustraba a un grupo de vecinos sobre lo acontecido:

—Fue Dolores Bravo que mató al marido de varias puñaladas anoche. Las autoridades están haciendo el levantamiento del cadáver y no demoran en pasar con él. ¡Qué bruta fue esa Dolores!

Hernando Ortiz y yo, que lo escuchábamos a alguna distancia, nos pusimos de acuerdo para encaramarnos al barranco existente en su casa, punto estratégico desde el cual podíamos presenciar el paso del fúnebre cortejo.

El barranco, de una altura superior a los cinco metros, daba por un lado a la carrera 23 y necesariamente por allí tendrían que pasar las autoridades y quienes condujeran el cadáver. ¿Cuánto tiempo esperamos? No lo sé.

Al fin un grupo de personas apareció en la esquina de la calle 37 y en medio de ese grupo cuatro ciudadanos, en una parihuela o camilla, trasportaban un bulto largo cubierto con un trapo blanco que presentaba grandes manchas de sangre. Era el cadáver del hombre asesinado.

¿Cómo llamaba la víctima? ¿Era en verdad el esposo de Dolores? ¿Era su amante? No lo supe en ese entonces y si lo supe, ya no lo recuerdo. No en vano pasan nueve lustros largos en la vida de un hombre.

Dolores pasó a la historia local pero no con su verdadero apellido, sino simplemente como "Dolores Garra". ¿Por

qué? ¿Quién la rebautizó así? Esta es otra de las cosas que para mí han permanecido siendo una incógnita.

El crimen conmovió a la población por haber sido el primer asesinato con características de alevosía cometido en ella y figurar como autora una mujer.

Para ser ecuanímes debe quedar consignado que la casa en donde fue cometido el crimen no estaba ubicada propiamente en la calle de "Fusa", sino muy cerca, en la carrera 20 entre calles 37 y 38, frente a la fachada occidental del actual edificio del Instituto Calarcá.

En los terrenos en donde se levantan hoy las edificaciones del Instituto había entonces un parque conocido con el nombre de "Parque de los Mártires", engalanado con los bustos de Bolívar, Rafael Uribe Uribe y Policarpa Salavarrieta, parque al cual iban los novios a conversar y a besarse a hurtadillas.

Volviendo al transporte de los despojos mortales de la víctima de la sevicia y el sadismo de Dolores Garra, una vez hubo pasado el séquito, don Sandalio Ortiz y don Federico González comentaban:

—Terrible el caso don Federico.

—Sí, don Sandalio: Terrible.

—Esos "rolos", de ahora en adelante, no van a volver a pegarles a sus mujeres; ya saben que matan.

—Qué va, don Sandalio, los "rolos" seguirán pegándoles a sus mujeres cada que les venga en gana porque "maña vieja no es resabio".

Don Fidel Castro, quien a algunos pasos de distancia los escuchaba, discretamente ahuecó el ala y se marchó: ¡Él solía "calentar" a su mujer, doña Pascuala, con soberanas palizas!

La fama poética

Con los primeros pobladores del Quindío llegó a estas tierras la fama que como poetas lograron adquirir Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía por los lados de Antioquia y Julio Flórez en el centro del país.

Fama merecida, y bien merecida por cierto, ya que no fueron poetas de “torre de marfil” sino bardos del pueblo en cuyas estrofas se siente palpitar el “alma popular” con todas sus angustias y todas sus esperanzas.

Nadie que haya sabido sentir más hondamente a su tierra que el antioqueño y defender los valores que esa misma tierra ha producido. No es de extrañar, por lo tanto, que habiendo sido los primeros colonos y los primeros pobladores de la rica región quindiana antioqueños, con ellos llegara la fama de Mejía y de Gutiérrez González. Con la colonia cundinamarquesa y con la colonia santandereana llegó el nombre de Julio Flórez. Al ritmo de los versos de estos tres insignes vates cayeron muchos robles y se plantaron muchas sementeras.

Mi padre, que conoció personalmente a los dos poetas antioqueños en las tertulias hogareñas, solía hablarnos de ellos con cariño y admiración, explicándonos y relatándonos algunas anécdotas con ellos relacionadas. De sus labios escuché, por primera vez, ese genial chispazo de Gutiérrez González cuando al tomarse un trago de aguardiente que le había sido ofrecido por un amigo de nombre Vicente, mostró síntomas de haberse ahogado.

Díjole el amigo:

— *¿Un trago de aguardiente
te causa náuseas, Gregorio?*
— *Cállate por Dios, Vicente,
que estoy pasando actualmente
las penas del purgatorio.*

Le replicó el poeta de inmediato.

A mi madre la ligaban nexos de familia, por cierto muy cercanos, con Epifanio Mejía. Con profundo dolor evocaba ella la demencia del poeta y su reclusión en un sanatorio medellinense, en una de cuyas paredes escribió aquello de:

*Todos estamos locos, dijo la loca.
Qué verdad tan amarga la de su boca.*

En una de las giras que por el país efectuara Julio Flórez llegó hasta Calarcá, en donde dio un recital con éxito rotundo. Las sencillas gentes del villorrio acudieron a escuchar de labios del propio autor esas líricas estrofas que también se sabían de memoria.

Por ese mismo tiempo visitó la población Luis Tejada, el cronista exquisito que murió en plena juventud “de genio y de tisis”, como el poeta inglés John Keats y la exquisita rusa María Bharskhisheff, tan admirada por José Asunción Silva.

Con qué infinita ternura, con qué dulce afecto paternal el padre de Luis, don Benjamín Tejada Córdoba, hablaba de su hijo. Al hacerlo las lágrimas pugnaban por escaparse de sus ojos.

En párrafo anterior dejé consignado el hecho de que mi padre solía, en las veladas hogareñas, hablarnos de Gutiérrez González y de Epifanio Mejía con justa admiración de coterráneo. Y vaya como anécdota: En una de esas veladas se encontraba presente Eduardo Ángel, un pariente cercano de mi madre, el cual guasonamente comentó:

—Ni Julio Flórez, ni Mejía, ni Gutiérrez González sabían hacer versos. Eran unos pendejos. Escuchen ustedes esta composición si quieren saber lo que es bueno.

Y sin anuencia de nadie, sin permiso de nadie y ante la expectación de todos, arrancó con el siguiente “poema”:

*Soñé que no era San Pedro
sino un pedazo de palo,
no era comino ni cedro
sino otro palo más malo:
Era higuierón.*

*De mí un bacín hicieron,
yo a mi dueña le serví.
¡Cómo te parece Martín
qué sueño tan pesado,
quién hubiera despertado
antes de “cagarsen” en mí!*

Lanzando una sonora carcajada, Eduardo Ángel salió de la sala echando a pique la velada.

Don Serafín

Dos problemas, ambos de difícil solución, tuvo durante su vida don Serafín Ocampo: Lo elevado de su estatura y el enorme tamaño de los pies.

—Serafín Ocampo —solía comentar su amigo, el Tuso Jaramillo— si alguna vez quiere dormir estirado va a tener que irse a acostar a los planes del Tolima.

A la distancia, en la plaza de mercado, en las procesiones de Semana Santa o Corpus Cristi, en los entierros, en las manifestaciones públicas, descollaba la figura de don Serafín muy pero muy por encima de los demás asistentes.

Cuando don Serafín necesitaba mandarse a confeccionar un traje, estaba seguro de que el sastre habría de decirle:

—Por el momento, tráigame una pieza enterita de paño que si falta yo lo pongo y le paso la cuenta.

El encargado de buscar solución al problema del calzado para el señor Ocampo fue Juvenal Herrera, el mejor zapatero del villorrio, parrandista, guitarrista y cantante de privilegiada voz.

—Para poder hacerle a usted los zapatos, tengo que principiar por hacer las hormas y ese trabajo de carpintería, por el tamaño de sus pies, me llevará por lo menos dos meses —le dijo don Juvenal.

Contaba don Serafín que una vez terminadas por Herrera las hormas, lo llevó al taller para mostrárselas diciéndole sin ánimo de ofenderlo:

—Ya tenemos las hormas. Ahora el problema es conseguir dos cueros enteros de novillo para forrarlas (Las conocí. Eran grandísimas).

Don Serafín vivía en casa de su cuñado, don Desiderio Aristizábal.

—Para doña Elvira —le dijo una vez don Sandalio Ortiz a don Desiderio— debe ser un problema encontrar en dónde acostar a su hermano Serafín.

—¡Qué va, don Sandalio —le respondió muy serio don Desiderio—, mi cuñado duerme en el corredor interior de la casa que tiene nueve metros de largo!

Y juéguele

No se llamaba Tomás Orozco. No se llamaba don Tomás Orozco. Uno no se llama como lo bautizan. Uno se llama como las gentes se acostumbran a decirle y a don Tomás Orozco los calarqueños le dijeron siempre Tomasito.

Tomasito Orozco vivía en el extremo oriental de la calle “Tilmaquín”, al iniciarse la pendiente que conducía a la quebrada “La Sopera”, a donde íbamos los chicos a pescar “cabezones” y “corronchos”.

Se consideraba Tomasito un excelente carpintero, experto en la armazón de edificios, usando siempre como distintivo de su oficio un lápiz de carpintería acaballado en la oreja derecha.

Pero las edificaciones que Tomasito levantaba no quedaban tan firmes como el propietario y el mismo Tomasito lo deseaban, no porque Orozco fuera de mala fe, sino porque las medidas no le daban y el plomo le fallaba.

Y Tomasito sabía que los “edificios” por él construidos carecían de toda firmeza y seguridad. Tanto era así que al ir a hacer entrega de una edificación le decía al propietario: “¡Ahí le queda su edificio y juéguele!”.

Un amigo entrañable tenía Tomasito, don Heliodoro Ospina, boticario, comprador de oro a los gUAQUEROS y a los mineros de la mina de “Colombia” y de contera hábil “sacamuelas”.

—Tomasito —le dijo cierto día a su amigo don Heliodoro mientras “fabricaba” unas píldoras que según él para todo servían— ¿usted por qué no le pone más cuidado a los edificios que construye para que le queden firmes?

—Es que yo, Heliodoro...

—Ya vas a salir con una disculpa bien chambona. Lo que pasa es que no le pones cuidado a nada y por eso nada te resulta bien. Lo único que has hecho bien es hijos.

—Ni eso siquiera, Heliodoro —le respondió cariacontecido Tomasito—, porque el mayor, Leopoldito, ¡me resultó marico!

De esas

En la hoy calle cuarenta, en otro tiempo “Tilmaquín”, a sólo una cuadra del parque de Bolívar, tuvo, durante muchos años, una tienda de “abarrotes” y víveres don Luis Henao, hombre serio, callado, introvertido, empedernido lector, e hijo de don Segundo el fundador.

La tienda de don Luis podía ser considerada como el expendio semi-oficial de las velas de sebo que a sólo veinte metros fabricaba don Agustín Villegas, otro lector infatigable y experto en la confección de documentos de arrendamiento y aparcería.

Entraba uno a la tienda de don Luis y lo primero que veía eran las sartas de velas colgadas del cielo raso con alambres para evitar que los ratones se festinaran con ellas.

En ese arcádico tiempo una vela de sebo —no se conocían de otras— de buen grosor y tamaño, valía la suma fabulosa de un centavo y si se compraban cinco centavos por ellos se recibían siete.

Tranquilo y parsimonioso, don Luis a veces tenía sus explosiones de mal humor. Quizás en un momento de esos de mal humor se encontraba cuando entró a la tienda Vitelmo Villalobos, ocho años, rolo, hijo de rolos puros.

—Don Luis —le dijo Vitelmo— que me venda diez centavos de velas pero que me las dé bien grandes, que las otras que llevé, dijo mi mamá, no sirvieron para nada por lo chiquitas y delgaditas.

Don Luis, amoscado por la razón, sin alzar la voz, sin dar muestras de su mal humor, haciendo a un lado el libro que estaba leyendo, le respondió a Vitelmo:

—Vea hijo, lo mejor es que no lleve las velas. Vuélvase para su casa y le dice a su mamá que para que quede satisfecha contrate los servicios del burro de don Alipio Hoyos.

—Cómo le parece, don Vicente —le decía don Isaías, el padre de Vitelmo, a mi padre—, la razón de don Luis. Como si Carmen fuera de esas...

Venga mañana

Los últimos días de su vida los pasó don Emilio Patiño escribiendo relatos para el periódico *Futuro*, semanario por él fundado y dirigido, y cumpliendo “más o menos bien” con sus deberes como Jefe de la Oficina de Estadística Municipal.

Peón raso era don Emilio cuando tuvo lugar la fundación de Calarcá. Peón al servicio de don Román María Valencia, como fuera peón del fundador don Segundo Henao el señor Jesús María Santa. A los dos, a Patiño y a Santa, les tocó “sostener la cabuya con la cual se hizo la mensura de la plaza y las primeras calles”.

Al iniciarse la segunda década de este siglo, don Emilio figuraba como uno de los hombres más ricos de la población, habiendo perdido la fortuna por causas que han permanecido en la penumbra.

Don Emilio, a más de una magnífica finca bautizada con el nombre de “La Palmera”, ubicada en una vertiente de la cordillera, era propietario de extensos terrenos en las mismas “goteras de la población”, mejorados con pastos artificiales.

Estos terrenos llegaban, por el oriente, hasta el costado occidental de la hoy carrera 25, a partir de la calle 37 hacia el sur. Los barrios “Aguirre” y “Valencia” están ubicados en parte de lo que fueran los potreros de don Emilio, en los cuales pastaban las vacas de leche y cabalgaduras de quienes podían darse el lujo de poseer semovientes de tal naturaleza.

Por el pasturaje de cada animal cobraba don Emilio la suma de un peso con cincuenta centavos mensuales. Por llevar a esos potreros las bestias de silla, las de carga o las vacas, o ir por ellas, ganábamos los chiquillos la fabulosa suma de dos centavos. Por el camino los “encerradores” nos íbamos o regresábamos jugando corozos o bolas de cristal al “pipo y cuarta” y éramos felices.

En quiebra total don Emilio se refugió en la burocracia como Jefe de Estadística Municipal. En la oficina no hacía otra cosa que escribir relatos para su periódico y evocar su lejanísima juventud.

De cómo pudo marchar esa oficina en manos de don Emilio puede colegirse por la frase “sacramental” que tenían que escuchar quienes por cualquier motivo tenían que acudir a ella.

—Hoy no hay despacho, pero venga mañana —solía decir don Emilio una vez y otra también.

Lo que tiene es hambre

A radicarse en Calarcá llegó de Marmato, tierra de negros, caratejos; y de Ponciano Castro, en donde por espacio de algunos años desempeñó el cargo de médico de la Compañía Minera que explotaba los grandes yacimientos auríferos de la región, el doctor Guillermo Norris, súbdito inglés. Venía con su familia.

En el villorrio el doctor Norris abrió una farmacia y un consultorio, farmacia que a su muerte heredó y administró su hijo Eduardo, hombre ilustrado que en política llegó a ocupar una curul en el Senado de la República en representación del Partido Liberal.

Por el mismo tiempo en la población ejercía como médico el señor Pedro Mejía, más conocido por todos los habitantes con el diminutivo de Pedrito.

Pedrito Mejía no tenía consultorio ni farmacia, y más aún, no residía dentro de la zona urbana sino en una pequeña parcela de su propiedad situada un poco más abajo del cementerio. Para llegar a la casa de Pedrito era necesario dejar el camino de herradura que conducía al paraje de “La Bella” y atravesando unas cuantas cuadras de sementeras plantadas a lado y lado de la vía, se llegaba a la residencia.

Pedrito no era médico graduado ni siquiera por las “Escuelas Internacionales” y es de suponer que ni siquiera había hecho los estudios correspondientes a la escuela primaria, y si los hizo no pasaron de los dos primeros años según la mala ortografía de sus “recetas” y lo “patoja” de la letra. Tanto era así que prefería dictarles a sus clientes las fórmulas. Se decía que Pedrito recetaba a base de espiritismo, lo que parece ser cierto.

Con espiritismo o sin él, lo positivo es que Pedrito logró curaciones asombrosas, tan inexplicables que la credulidad de las gentes —o su honradez al juzgar— calificaban de milagrosas.

No cobraba Pedrito las consultas, no exigía dinero por las recetas, no explotaba con las fórmulas, pero toda

persona que acudía a él en busca de salud tenía que llevarle, indefectiblemente, un cuarto de aguardiente, cuando no una botella. A toda hora vivía “a media caña”, vale decir, semi-embriagado.

Alguna vez, para jugarle a Pedrito una “mala pasada” (no necesitaba ver al enfermo, ni examinarlo, ni auscultarlo: le bastaba con una muestra de la orina envasada en un frasco y muchas veces ni la tal “muestra” le era indispensable), algunos guasones e incrédulos llegaron portando un frasco con un líquido amarilloso solicitándole una fórmula para el “enfermo”.

Pedrito, mirando el frasco, les dijo:

—El caballito de ustedes lo que tiene es hambre.

Los guasones le habían llevado, en efecto, orines de caballo.

Que Pedrito se valía del espiritismo para formular lo dice muy claro la siguiente anécdota contada por mi padre, que fue testigo presencial de los hechos:

Entre Pedrito y mi padre existía una muy sincera y estrecha amistad. Cada vez que Pedrito salía al pueblo iba hasta el taller de herrería de mi padre a saludarlo y a charlar un rato con él. Alguna vez le oí decir:

—Este Vicente me gusta a mí porque es liberal y “verraquito”, pero no más liberal que yo.

Mi progenitor, cuando le quedaba tiempo disponible, iba hasta la parcela de Mejía a “retornarle” las visitas. Fue durante una de estas visitas cuando sucedió el hecho que mi padre no llegó a explicarse nunca, y nunca Pedrito le explicó. Estando los dos en el corredor de la casa vieron que por el camino avanzaba un hombre de a caballo, a todo galope. Pedrito, volviéndose a mi padre, le dijo:

—Pobre hombre: Viene volando a que yo le dé un remedio para su mujer, pero ya es inútil porque murió hace rato.

Llegó el hombre, se apeó del caballo en el patio de la casa y antes que pudiera pronunciar palabra alguna, Mejía le dijo:

—Mi querido amigo, vuélvase para el “Alto del Oso” y llévase el ataúd para su esposa que ya falleció.

Tal como Pedrito lo dijo, había sucedido.

Puñados de anécdotas como las anteriores podrían contarse de Pedrito Mejía. En las postrimerías de su existencia se entregó de lleno al aguardiente. En 1925 José J. Villegas Bustamante trajo a la ciudad un bus para el servicio público bautizado con el pomposo nombre de "Imperator", el cual trabajaba llevando y trayendo pasajeros de "La Bella". Yo ejercía en el bus el cargo de cobrador de pasajes.

Pedrito los domingos, con una botella de aguardiente en la mano, se montaba en el bus (no se le cobraba pasaje) y se iba con nosotros para "La Bella". Sentado en el cojín trasero (no le gustaban los delanteros) a cada trago que se tomaba lanzaba un sonoro viva al partido liberal.

José J., conservador de "tuerca y tornillo", reía sonoramente y aceleraba el vehículo.

Grandes beneficios le prestó Pedrito con sus recetas a la "humanidad doliente" y a las Rentas Departamentales con el consumo de aguardiente.

Por bonita

Don Ismael Zapata fue un “caballero a carta cabal” que desempeñaba, en las semanas santas celebradas “a lo vivo” por el padre Valencia, el papel del sacerdote Anás.

Don Ismael llegó a Calarcá a mediados de 1903 con el cargo de telegrafista y murió ejerciendo las funciones de síndico de la Beneficencia, lo que quiere decir que fue decente y honorable y no muy bruto que se diga.

Fue don Ismael la “oveja blanca” de la familia. En cambio su hermano Luis fue la “oveja negra”, requetenegra, negrísima: Era ladrón. Un ladrón cínico, desvergonzado e incorregible. Pocas personas le sabían el nombre y conocían el parentesco que lo ligaba con don Ismael.

—Don Francisco —le dijo alguna vez Luis a don Francisco Botero, propietario de la finca “Las Camelias” en las goteras mismas de la población— si me da cinco pesos le cuido la yegua mora porque sé que esta noche se la van a robar.

Don Francisco no quiso darle el dinero y la yegua no amaneció en el potrero. Pero malicioso buscó a Luis.

—Luis —le dijo—, anoche se me robaron la yegua como usted me lo advirtió. Si me la consigue le doy diez pesos.

—Fue como quebrando un cajón —decía don Francisco—. Media hora después Luis se apareció con el animal de cabestro, me lo entregó y le di los diez pesos.

—Qué mal negociante es usted, don Francisco y perdone que se lo diga. Si ayer me hubiera dado los cinco pesitos se habría economizado cinco y yo no me hubiera tenido que trasnochar robándome la yegüita... —le dijo Luis guardándose el dinero.

Como inspector de policía me tocó indagatoriar a Luis, a quien apodaban “Tachuela”, por el hurto de una vaca que le fuera decomisada. Con cínico desparpajo dijo en la diligencia:

—Vea, señor inspector, yo no me robé esa vaca. Lo que pasó fue que la vi en un potrero por los lados de Navarco, me pareció muy bonita, la convidé, ella movió la cabeza y me dijo que sí, y se vino conmigo.

De cortar a cincel

Bajo el mando del General Aristóbulo Ibáñez luchó Toto Sánchez en la guerra de los Mil Días, pasando a la historia como “el guerrillero más valiente que se haya conocido en el Quindío” (Alfonso Valencia Zapata en *Quindío Histórico*, segunda edición, página 92). Personalmente le tocó a Toto Sánchez comandar las fuerzas liberales que intervinieron en el célebre combate de los “Quingos”.

Bravo, corajudo y resuelto, a Toto Sánchez se le equiparaba, por quienes lo conocieron, con el General Marín, el “Negro Marín”, con Tulio Varón y con el mismo General Ibáñez por su arrojo en el combate, su resistencia física que le permitía trasegar por sendas abruptas y por la selva enmarañada, días y más días con el fin de tomar por sorpresa a las fuerzas del General Carlos Mejía y del General Lucas Gallo, jefes gobiernistas en tierras del Tolima y del Quindío.

Por una rara coincidencia (cosas del destino diría un árabe fatalista), Mejía, Gallo, Ibáñez y Varón tuvieron una muerte violenta. Carlos Mejía, terminada la guerra, se internó en el Páramo de “Chilí” en donde montó una finca ganadera siendo asesinado a tiros de escopeta, disparados desde la vera de un camino por un sujeto de apellido Rojas, hijo de Joaquín Rojas, quien a su vez sufriera muerte infamante al comprobársele que había sido el autor de la muerte del General Gallo en el sitio de “Pelahuevos”, cerca de Anaime (Tolima), también a mansalva y sobreseguro desde un matorral situado a la orilla de un camino. Mejía había sido el autor de la orden de ejecutar a Joaquín Rojas hecho prisionero en la ciudad de Armenia. Fue ejecutado y su cabeza enviada a Ibagué. El crimen fue una venganza.

Tulio Varón murió en las calles de Ibagué descuartizado por las fuerzas conservadoras. En cuanto al Negro Marín, murió en la ciudad de Honda el 10 de diciembre de 1923, tuberculoso y en la más completa miseria.

(Los datos anteriores sobre Ibáñez, Gallo, Mejía, Varón y Marín, los he tomado del libro de Gonzalo París Lozano, *Guerrilleros del Tolima*).

Esta es la estampa que traza París Lozano del “Negro Marín”:

“Alto, hercúleo, de grandes pies y manos poderosas, feo como un mal pensamiento, de color pardo al cual daba un tinte rucio aquella mancha de carate que dicen ser común a las gentes de la región de donde él era nativo (Marmato), su propia figura ayudábale a destacarse, a atraer la atención, a provocar el proselitismo. Con un gran sombrero alón, levantado sobre la frente *a la pedrada*, su guarniel terciado y el machete al cinto, venía a constituir un acabado tipo de cabecilla tropical”.

Esta estampa del “Negro Marín” concuerda con la que solía trazar mi padre, quien conoció y trató a Marín, a Ibáñez y a Toto Sanchez. Este Toto Sánchez, según mi padre, era un hombre de mediana estatura, tez morena, cuerpo fornido, de una conversación agradable y andaba siempre trajeado en forma sencilla como cualquier campesino de la región. Antes de la guerra Sánchez se ocupaba en cuestiones de minería, actividad en la cual parecía tener abundantes conocimientos prácticos, como los tenía Marín, minero marmateño.

Durante muchos años en tierras calarqueñas circuló un dicho que ya desapareció por completo y que yo escuché con frecuencia, relacionado con Toto Sánchez y con quienes habían logrado hacerse a un buen capital: “Es más rico que la mina de Toto Sánchez”, se decía.

¿Dónde estaba situada esa mina? Jamás se supo. Mi padre solía hacer frecuentes alusiones a la vida de Sánchez, afirmando que con intervalos de algunos meses desaparecía de la población regresando días después con grandes cantidades de oro, entregándose a despilfarrarlo a manos llenas, aduciendo:

—Que se acabe este, que el de la mina no se acabará nunca. Allá es tan abundante que puedo cortarlo con cincel.

Muchos envidiosos estaban pendientes de Sánchez para ver cuándo se le terminaba el dinero para seguirlo a la

montaña con ánimos de sorprenderle su secreto, cosa que ninguno pudo lograr. Malicioso, sabía “despistar” a los avivatos una vez internado en el monte. Jamás quiso revelarle a nadie el lugar, paraje o vereda, fracción o municipio en donde su famosa mina estaba situada.

—Yo he sido verraco y liberal, pero no pendejo.

Esta era la respuesta que solía dar a los amigos que con base en la amistad buscaban sonsacarle alguna información, algún indicio que les permitiera llegar hasta la mina.

Entre las gentes del villorrio se comentaba que la mina de Toto Sánchez podía estar ubicada en el páramo de “Chilí” y que la había descubierto por casualidad durante sus años de guerrillero. Algunos afirmaban que el descubridor había sido el “Negro Marín” y no faltaba quien fuera más lejos afirmando que el oro extraído por Sánchez provenía de una caverna de “Peñas Blancas”, cuya entrada, también por casualidad, había descubierto.

En las mentes de los primeros colonos y pobladores, como se ve, estaba viva la leyenda de que el Cacique Calarcá, antes de enfrentarse a los españoles en tierras del Tolima, había transportado todas sus riquezas a un lugar desconocido dando muerte a los súbditos encargados del transporte para que estos jamás llegaran a revelar el escondite.

—No sian pendejos —decía Sánchez cuando tal sugerencia le hacían sus amigos— que el Cacique Calarcá no tenía en dónde caerse muerto.

—¿Y por qué, Toto, no sacas bastante oro, te haces rico y te vas a vivir a una ciudad grande?

—Mijo, por una razón muy poderosa: porque no me da la gana.

Malévolamente alguien le sugirió a Sánchez que la mina no era de su propiedad, que no la había descubierto él sino el “Negro Marín”, al cual legalmente le pertenecía.

Con toda tranquilidad Toto Sánchez le respondió:

—¿Del “Negro Marín”? Qué va, mijo. El “Negro Marín” lo único que ha tenido y tiene en abundancia es carate. Como el oro de mi mina, también se le puede cortar a cincel.

Un pisco perdido

“Cebadilla” y “Marañas”, típicos personajes del Calarcá de los años diez, daban la sensación de no ser “productos de la tierra”, gentes de la comarca, sino parientes cercanos de los protagonistas de ciertas novelas del Siglo de Oro de la literatura española.

Quevedo y Villegas, Mateo Alemán, López de Úbeda, Castillo Solórzano y el mismo Cervantes de *Rinconete y Cortadillo* se hubieran solazado con las picardías y los manejos dentro de la sociedad de “Marañas” y “Cebadilla”,

De baja extracción social, “Cebadilla” y “Marañas”, filósofos a su modo y acomodo, resolvieron pasar la vida a costa del trabajo ajeno pensando que, como lo sostenía mi tío Salvador Jaramillo Restrepo, “el trabajo empobrece, ennegrece y embrutece”, máxima a cuyo contenido se atuvo siempre viviendo pobre y muriendo pobre pero descansado y sin remordimientos de haber trabajado un sólo día.

“Cebadilla” y “Marañas” no trabajaron jamás.

Para atender a sus necesidades y a las necesidades de los suyos, pues fueron casados (“ajuntados”) y “virtuosos” padres de familia, no necesitaron otra cosa que el ojo avizor y buena agilidad en las manos y en las piernas. Con esas “facultades” y la complicidad de la noche ejecutaban “milagros” que les permitían tener un puchero abundante.

Vivía “Cebadilla” en un rancho de “vara en tierra” construido sobre un altísimo barranco, a sólo media cuadra de la casa de mis padres. Como único acceso a la casa sólo existía una escala labrada oblicuamente en el mismo barranco. Estrecha y peligrosa, en invierno no bajaba o subía por allí “ni un gato herrado”. “Marañas” tenía su residencia por los lados de “Pueblo Nuevo”, el barrio de tolerancia en donde pocos años después Hermógenes Villarraga, Raúl Gómez y Emilio Gil hicieron de las suyas parapetados detrás de un “cuchillo mataganao”.

Rara vez, durante el día, “Cebadilla” salía a la calle, y cuando lo hacía, indefectiblemente portaba al hombro un

viejo costal de cabuya, tan viejo como las ropas que vestía. Sus pies jamás tuvieron qué soportar las torturas de un zapato.

Por algo y para algo “Cebadilla” salía provisto de costal. Nada menos y nada más que para transportar los racimos de plátanos, las yucas, las arracachas, los frijoles, el maíz en choclo o seco “encontrados” en las sementeras vecinas y en los solares ajenos; el arroz, las papas, la panela, el chocolate, el jabón y los tabacos que “allí le caían” cuando visitaba tiendas o graneros.

¡Y las gallinas! Nadie que hubiera tenido mayor habilidad que “Cebadilla” para atrapar en un solar ajeno o en los “gallineros”, sin que chillaran, las gallinas. Un émulo podía tener y ese émulo no era otro que “Marañas”. Entre los dos mantenían asolados gallineros y sementeras y a ninguno de los dos lograba pillar la autoridad con “las manos sobre la masa” o el cuerpo del delito.

Las gallinas (y de tarde en tarde un cerdo pequeño o un “pisco”) no iban todas a parar a la olla de “Cebadilla” o de “Marañas”. Algunas, para “levantar centavos”, eran vendidas a Domitila Reina de Cajamarca, cambiadas por chicha. Ya doña Domitila se encargaría de “despescuezarlas” y venderlas, bien adobadas con yucas, papas, arroz y cebolla, a sus primitivos propietarios, al prepararles los “piquetes” o comilonas que le encargaban preparar.

Bien que conocíamos todos los chiquillos las andanzas y manejos de estos rateros. Y qué de griterías las que solíamos hacerles cuando los veíamos en las calles “Cebadilla...” Ahí viene “Cebadilla”... O Bien: “Marañas...”, ahí viene “Marañas” con una gallina robada.

Los aludidos seguían su camino indiferentes a los insultos y a las rechiflas, sin parecerse, en este sentido, a “Banderilla”. Al gritarle a “Banderilla” el apodo se ponía furioso y a quien lo hacía le sobraban piedras y madres.

Cierta vez, al subir “Cebadilla” hacia su casa por la escalera del barranco, por lo pendiente y lisa que estaba, perdió el equilibrio y fue a caer a plena calle soltando el costal que llevaba. Del costal, al abrirse, salió muy tranquilo, muy “orondo” y muy “serio” un enorme “pisco” (pavo) que allí portaba.

—¿De dónde sacaste ese “pisco”, “Cebadilla”? —le preguntó alguien.

—Del culo de tu madre —fue la respuesta.

Del ave con tan “extraña” procedencia no le tocó a “Cebadilla” ni una sola pluma.

¿Los nombres propios de estos dos “ejemplares ciudadanos”? No los recuerdo. Sus apodos, convertidos en refrán popular, siguieron sirviendo para designar a los amigos de lo ajeno:

—Más ladrón que “Cebadilla”. Más pícaro que “Marañas”.

Como personajes de la “picaresca” española, “Marañas” y “Cebadilla” no hubieran desentonado.

Sin pena ni gloria...

La Presidencia de la República se hallaba en manos de un militarote, Gustavo Rojas Pinilla; la Gobernación de Caldas se hallaba en poder de otro militarote, Gustavo Sierra Ochoa; y la Alcaldía de Calarcá se encontraba en manos de otro militarote, un tal Arturo Dousdebés.

La violencia asolaba el país. Los asesinatos y las deprecaciones estaban al “orden del día”. La Personería de Calarcá se encontraba en manos de un “genio local”, Gustavo Muñoz, civil e incivilizado. Alcalde y Personero recibieron, un día cualquiera, una orden de la Gobernación, ¡pero qué orden, Dios santo! ¡Quemar los archivos municipales nada menos!

Ni corto ni perezoso, obediente como un borrego, el Personero impartió la orden, de común acuerdo con el Alcalde, de recoger en las oficinas públicas, Concejo, Alcaldía, Personería, etcétera, los archivos, trasladarlos al barrio Versalles y en un descampado rociarlos con gasolina y quemarlos “hasta que no quede nada”, orden que fue cumplida al pie de la letra por sus subalternos.

—¿Cómo fue que se te ocurrió cumplir semejante orden, Gustavo? —le pregunté a Muñoz algunos meses más tarde.

—Era una orden y las órdenes son para cumplirlas —me contestó visiblemente satisfecho por haber cumplido tan heroica hazaña, agregando:

—Fueron dos volquetadas ¡Ah bueno que ardieron ese mundo de papeles viejos e inútiles!

Así murió, sin pena ni gloria, consumida por las llamas y sacrificada por la ignorancia de un puñado de funcionarios públicos de mala fe, la historia de Calarcá.

De las llamas inquisitoriales logró escaparse, al ser retirado de ellas por ese sentimental y exquisito poeta que fue Baudilio Montoya, un tomo del Archivo del Concejo Municipal, el cual se encuentra en la Biblioteca Pública.

Dejó algo más

El propietario de la finca “Llanitos”, situada en el paraje de “Puerto Rico”, don Juan de Jesús Palacio, soldado en la guerra de los Mil Días, y su hija Blanca, joven y linda, al iniciarse la década de los veinte, fueron declarados leprosos.

Hizo la declaración una “Comisión Médica” que recorrió el Quindío por cuenta del Gobierno nacional “buscando” atacados “del mal de Hansen”, comisión que “hizo leña” según los comentarios que en su oportunidad se hicieron.

Fueron, asimismo, declarados leprosos don Juan Mejía (más tarde también lo fue su hijo y mi amigo Jaime), Aldeamar Palacio, el parrandero de este anecdotario¹², la señorita Adela Sabogal, hija de don Eusebio, ex-concejal y “rolo de pro”, así como el párroco presbítero Luis Gonzaga López.

Los calarqueños, por el elevado número de declarados enfermos, se sintieron todos amenazados por el mismo mal y de una tremenda psicosis fue víctima la población.

Ante lo irremediable y como les fuera ordenado, los enfermos viajaron a recluirse en la llamada por el poeta Adolfo León Gómez la “Ciudad del Dolor”, Agua de Dios, sitio de reclusión también de ese genio musical que se llamó Luis A. Calvo.

*Los que en ensueños de amor
hacen de risas derroches,
no saben lo que es la noche
en la ciudad del dolor.*

Al llegarle el turno de viajar al padre López, organizada por don Santiago Giraldo, su mejor feligrés, una nutrida cabalgata se aprestó para acompañarlo parte del camino y demostrarle así el cariño y el afecto que se le tenía.

¹² Se refiere a la historia que se narra en la anécdota titulada «Miedo» (p. 132).

El viaje lo inició el sacerdote en las primeras horas de la mañana y centenares de feligreses, sin distinciones de edad, sexo, posición social o económica, con los ojos “encharcados por las lágrimas”, le dieron frente a la casa cural el último adiós.

—Fue un buen párroco, un gran sacerdote, una “verdadera alma de Dios” —le comentó, al partir la cabalgata, don Ramón Aristizábal a don Antonio José Jaramillo Pezáez, agregando: “Sólo gratos recuerdos deja aquí”.

—Y un hijo natural —le contestó, irónico y mordaz, don Antonio José.

Carmen Zaraza, hija de Jesús Zaraza, ex sepulturero, actual aseadora de algunas dependencias oficiales, afirma que no fue un hijo sino una hija el “producto” de las íntimas relaciones que tuvo el sacerdote con una jovencita de la buena sociedad.

Sería por ese “desliz” del padre López que mi tía Filomena Ángel solía decir que a los curas “oírles la misa y sacarles el cuerpo”.

El que tiene enemigos...

Tres vueltas, exactamente tres vueltas a la enorme plaza lugareña le daba Jesús Naranjo andando en “patasola” y sin descansar, por un tabaco cosechero que en ese entonces valía la enorme suma de un centavo.

Los tabacos cosecheros eran traídos al Quindío de Ibagué, del Espinal o de Ambalema, legalmente algunas veces, otras, las más, de contrabando que el celoso Resguardo de Rentas era incapaz de controlar.

Como el pan fresco, como el delicioso pandequeso elaborado por don Isaías Villalobos o los no menos deliciosos pandeyucas que salían de los hornos de don Fidel Castro o don Fidel Rojas, se vendían los cosecheros.

Jesús Naranjo, a más de un vicioso del tabaco de la misma categoría de “Tomijo”, de Benicio Herrera y de Víctor Echeverri (“Vicherry”), que no lo apagaban y antes que fumarlo se lo mascaban, era un desequilibrado mental no muy manso que se diga.

Naranjo, por todos conocido con el apodo de “Chucho Loco”, vivía en la calle de “Fusa”. Algún día al dirigirse de su casa de habitación al centro del poblado, le salió al encuentro un perro de propiedad de don Fidel Castro, el cual, traicioneramente, lo mordió en una pierna y le rompió el pantalón.

Desde ese mismo instante “Chucho” no volvió a pasar por frente a la casa de Castro sin llevar al hombro una piedra de gran tamaño. El vengarse de la mordedura se había trocado para él en obsesión.

—¿Para qué cargas, Chucho, esa piedra?

—Para destripar al perro de Fidel Castro —era la infalible respuesta dada por Naranjo.

Un mes, dos meses, tres meses. La oportunidad de vengarse se le presentó a Chucho una tarde. El perro dormía profundamente en el alar de la casa de su amo. Acercándose, le descargó la piedra en la cabeza aplastándosela.

—El que tiene enemigos no duerme, hijueputa —exclamó y continuó su camino.

Cuatro centavos

Que don Nicolás Arias, “Nicolásito”, empleado del poder judicial, murió “de pena moral nada menos”, se sostuvo cuando el buen hombre se fue “a reventar espalda al barrio de los acostados”.

Hombre de sanas costumbres, a don Nicolás se le veía, con frecuencia, salir siempre solo, a paso cansino, rumbo al paraje de “Versalles”, por el antiguo camino de herradura que unía al Quindío, entonces Caldas, con el Tolima, paraje en el cual tuvo sus “mejoras” el fundador don Segundo Henao.

Esas frecuentes caminadas de don Nicolás, propietario de un edificio de dos plantas situado en el costado occidental de la plaza, recientemente demolido, hicieron sospechar que tenía “entierro”, al cual iban a parar sus ahorros.

Don Nicolásito no se gastaba un centavo mal gastado, llevó siempre una vida sencilla, honesta, consagrado a cumplir con su deber como funcionario público, que lo fue por muchos años.

Nacer la sospecha del “entierro” y conformarse un grupo de “perros” que se encargaría de seguirle los pasos sigilosamente a don Nicolásito, fue todo uno. Que se le “sacaban” el entierro, se lo sacaban. La cacería se inició culminando exitosamente.

—Qué va —confesaría años más tarde Benjamín Echeverri, uno de los “perros” — ese viejito no tenía enterrados más que cuatro centavos.

La pérdida de esos “cuatro centavos” deprimió en forma tal a don Nicolásito que su salud fue decayendo visiblemente y al poco tiempo murió.

—Si yo hubiera sabido que se iba a morir por tan poca cosa —comentó Echeverri— en vez de llevármele esos cuatro centavos, con seguridad le dejo diez.

Puede hacerle daño

El edificio, de tres plantas, construcción de madera, estaba situado en la esquina sur occidental del Parque de Bolívar, en donde hoy se levanta el de propiedad del Banco Cafetero. De él no quedó sino “el cenicero” al estallar en la planta baja un incendio.

El propietario, don Maximiliano Restrepo Zorrilla, maestro en su juventud, “Pilatos” con Agripina Restrepo como consorte en las semanas santas organizadas “a lo vivo” por el padre Valencia, era a la vez propietario del café “Blanco y Rojo”, que funcionaba en la primera planta.

Tuvo don Maximiliano, mis palabras no lo toquen, fama de cicatero, de “hambriento”. De él se decía que era “más económico que un Ford” y tan tacaño como don Pompilio Palacio, que ya es algo decir. Don Maximiliano, aseguraban las “malas lenguas”, hacía fuerza cuando algún cliente le echaba al tinto más azúcar del que él consideraba suficiente.

Alguna vez don Maximiliano, al ser pedido un tinto por el doctor Juan de Jesús Herrera, abogado titulado, ex-juez y ex-alcalde de la ciudad, a quien sabía le gustaba el tinto “por el amarguito del azúcar”, se lo llevó personalmente y tomando la azucarera le dijo:

—Permítame, doctor, yo le echo el azúcar. A usted a veces se le va la mano y puede hacerle daño...

Así, al menos, lo contaba el doctor Herrera.

Una sola materia

En el Salón del Concejo, antes de ser iniciada la sesión, algunos concejales se dieron a la tarea de barajar nombres de estudiantes calarqueños para estructurar la lista de los que podrían seguir disfrutando de becas pagadas por el Municipio.

Como suele suceder en estos casos, cada edil llevaba sus candidatos, sus protegidos, sus “ahijados”, dispuesto a conseguir fueran incluidos en la Resolución concediendo las becas, la que sería aprobada tan pronto se iniciara la sesión.

Alguien de entre los presentes propuso el nombre de Rodolfo Gallego, estudiante de Derecho. El concejal Joaquín Lopera Gutiérrez, al oír mencionar a Gallego, se mostró partidario de que fuera incluido en la lista “porque a Rodolfo —dijo— sólo le falta una materia para graduarse...”

—¿Una materia...? ¿Cuál, Lopera? —le preguntó, interesado, Juan Gabriel Hurtado.

La respuesta que recibió Juan Gabriel fue aplastante.

—Una sola materia: materia gris, porque es bruto y se ayuda...

Hablando de frutas

“El Bufón” se llamó un semanario, en pequeño formato y de ocho páginas, escrito en su mayor parte y dirigido por su propietario, el periodista Jaime Giraldo Solís, que durante algún tiempo circuló en Calarcá.

Satírica, humorística, mordaz e irrespetuosa, la publicación, de la cual se editaban quinientos ejemplares, se vendía “como el pan” y en ella hicimos las “primeras armas”, como periodistas, Iván Cocherín y este servidor.

En cierta ocasión a Jaime se le ocurrió “inventarse” una encuesta, entre los “mandamases” locales, sobre cuál era la fruta que más les gustaba, y le “acomodó” a don Roberto Cano, cascarrabias de un geniecito de mil diablos, entonces Alcalde, esta despampanante respuesta:

—Para mí la mejor fruta, la más dulce, es la panela...

Escondiéndose mientras a don Roberto le pasaba la “verraquera”, Jaime se evitó un carcelazo por irrespetos a la autoridad.

Sin más ni menos

Con don Martín Ramírez como ayudante o cadenero, el doctor Gabriel Sanín Villa, ingeniero, Senador de la República en representación del partido liberal, se ocupaba en el trazado de las calles que conformarían luego el que se llamaría “Barrio Valencia”.

Los terrenos, topográficamente difíciles por lo quebrados, formaban parte de lo que fueran hace muchos años los potreros de propiedad de don Emilio Patiño. Por llevar a estos potreros una vaca o un caballo, lo dije en otra anécdota, nos ganábamos los chicos dos centavos.

Por eso, por lo quebrado de los terrenos, el trazado de las futuras calles se dificultaba y el doctor Sanín Villa, que no era un Job, perdía con frecuencia la paciencia o su ayudante se la hacía perder.

—¿Clavó usted, don Martín, la estaca en el lugar preciso que le indiqué? —le preguntó el ingeniero al señor Ramírez en una ocasión.

—Sí señor, más o menos —respondió Ramírez.

—Más o menos no, gran maricón —le reviró el doctor Sanín Villa—. En ingeniería todo tiene que ser absolutamente exacto, sin mases y sin menos, para que las cosas queden bien hechas.

—Sí señor —le contestó don Martín.

“Se torió tanto —agregó don Martín al contarme el detalle— que creí que me iba a meter el teodolito por el culo”.

Se quebraría

Los cuadros pintados por Abel Ortega Jaramillo, verdaderas obras de arte pictórico, ¿en dónde, en poder de quién están? Nadie lo sabe, lo que no deja de ser una lástima porque Abel fue un gran pintor en toda la amplitud del término.

Uno de sus cuadros, no precisamente el mejor pero sí uno de los mejores, «Bañistas Criollas», se sabe que fue echado a perder al ser lavado con un detergente, lo que no dejó de ser una solemne estupidez cometida por ignorancia o por mala fe.

Se trata, o se trataba, de un grupo de bañistas, en el río “Santodomingo” de orillas soledosas decoradas por esbeltos guaduales, a través de cuyas camisolas —no se usaban los trajes de baño— se precisaban las formas, las carnes incitantes, provocadoras.

Ese cuadro me llevó a “incurrir” en un soneto, éste sí no obra de arte, que dice:

Bañistas

*Los isócronos cantos de las ondas del río
—en la suave pigricia de la tarde— adormecen
los añosos guaduales que se traban y crecen
en la orilla y son límite del fecundo plantío.*

*En la charca más honda con gentil vocerío
las bañistas el canto de las aguas acrecen,
y al sumirse sus cuerpos en las ondas parecen
mitológicas náyades temblorosas de frío.*

*Como un sátiro viejo de mirada curiosa
el sol filtra los rayos de su red luminosa
por las grietas que dejan los guaduales espesos.*

*Y al quebrarse en las ondas cantadoras y locas
se convierte en un genio tentador de mil bocas
que embriagara los cuerpos de caricias y besos.*

Cuando Abel se ocupaba en darle los últimos retoques a ese cuadro, y la anécdota es cierta porque él mismo me hizo el relato del incidente, llegó a su taller instalado en su misma casa de habitación, doña Teresa Valencia, hija de don Ramón María el cofundador, mujer realmente bonita pero bastante recargada de carnes, con un busto al estilo de Sofía Loren.

—Muy bonito le está quedando el cuadro, Abelito —le dijo doña Teresa, y agregó: —Me gustaría que usted me hiciera un retrato y no me cobrara...

Abel, interrumpido en su trabajo, oyéndose llamar por la visitante “Abelito”, perdiendo, a pesar de su decencia y su cultura la paciencia, para “quitársela de encima”, le respondió:

—Yo, doña Teresa, soy un hombre pobre. Si me pusiera a hacerle un retrato, sólo comprando los materiales para pintarle una teta me quebraría.

Doña Teresa, según Abel, “se fue toda verraca y no volvió a saludarme”.

Más barato

Luz, una revista mensual de carácter netamente literario, de corta pero sí meritoria vida, fue fundada y dirigida por Pedro María Dávalos, un nariñense que llegó a esta tierra a ejercer el magisterio, y Fernando Arias Ramírez, calarqueño, futuro dirigente político, parlamentario y buen escritor.

En una de las primeras entregas de la revista, calendada nada menos que en París, la “Ciudad Luz”, fue publicado el artículo “Jugando con Tierra”, firmado por Raúl Ortiz Patiño, hijo de don Ricardo, el del “madrazo al consueta distraído”, y sobrino de don Medardo, el primer viajero calarqueño por tierras de Europa que se hiciera retratar en el Parthenon.

Hablaba en su artículo Ortiz Patiño de gratas horas que pasara en una playa francesa jugando con arena y entretenido viendo llegar las “mansas olas del mar” bajo los “acariciantes rayos del sol que doran los campos de la Galia legendaria”.

Raúl, estudiante sin mayores méritos, llegó a ser Alcalde de la ciudad, jubilándose como empleado bancario. Su labor como alcalde fue, como la de tantos otros que le sucedieron después en el cargo, absolutamente nula.

— Ese Ricardo — comentaba don Maximiliano Restrepo Zorrilla después de haber leído el artículo de marras— es un solemne pendejo, alita... Gastarse un dineral mandando a Raulito a Europa ¿para qué? Para que el mocoso ese se pusiera a echarse tierra en las verijas...

Para don Maximiliano, “Pilatos” en las semanas santas organizadas por el padre Valencia, mejor lo hubiera hecho don Ricardo mandando a su hijo a sembrar yucas a su finca situada en la vereda “Calicanto”.

— Allá en “Calicanto” — sostenía don Maximiliano— Raulito se hubiera podido echar encima toda la tierra que le diera la gana, alita, sin costarle un solo centavo.

A empujar

Ya los chiquillos habíamos dejado de ser pendejos. Ya habíamos dejado de correr “acompañando” al pequeño “Ford” rojo de propiedad de don Martín Meza de la plaza a la “Horqueta de Mariana”, pasando por “Palonegro” y el “Alto del Beque”.

Ya nos habíamos “civilizado” un poco. Habíamos dejado de ser “collarejos”, como decía mi tía Rosario. Preferíamos, como “carrascaleños”, a correr detrás del “Ford” manejado por Rafael Gómez Ayala, el irnos al paso de “La María”, a orillas del río “Quindío” y en el camino hacia Armenia, a “darnos piedra” con los “cuyabros” porque sí; nos aborrecían y los aborrecíamos.

Pero para nosotros los chiquillos había surgido un nuevo entretenimiento para los domingos solamente. Deleitarnos viendo cómo las gentes del campo, las que vivían en los parajes de “Las Marías”, “La Bella” y aledaños, sudaban la gota amarga empujando el camioncito y bus a la vez de propiedad de don Aureliano Fernández.

Don Aureliano, con iguales trabajos y esfuerzos a los hechos por don Martín Meza, había logrado traer y poner a trabajar un camión que viajaba, especialmente los domingos, hasta el paraje de “La Bella” a traer campesinos al mercado y a llevarlos de regreso con sus costales llenos de mercado.

El camioncito era “cuadrado” en la plaza, don Aureliano gritaba: “a Balcones”, a “Las Marías”, a “La Bella...”. Los pasajeros se subían por la parte de atrás con sus mercados, los ponían en el piso y se sentaban en bancas laterales a esperar a que el aparato se llenara y arrancara.

Con el “cupo completo”, don Aureliano le daba al chofer la orden de partir, se armaba de la manivela porque carecía de encendido automático, la hacía funcionar y... nada que el motor empezaba a funcionar, por lo deficiente de la batería. Don Aureliano se enderezaba y, dirigiéndose a los pasajeros, gritaba:

—¡Pasajeros del “Titania” (así había bautizado el vehículo), a empujar!

Obedientes, sumisos, los pasajeros se bajaban y empezaban a empujar. El chofer, al timón, enfocaba por la Calle Real, hoy carrera veinticinco, hacia el sur, rumbo a la “Horqueta de Mariana”. Tenían que estar muy “derechos”, para que el vehículo prendiera en las primeras cuatro cuadras...

Y eso ocurría siempre que un viaje fuera a ser iniciado ya rumbo al campo, ya del campo rumbo al villorrio. ¡Pasajeros del “Titania”, a empujar!, pero del valor del pasaje don Aureliano no les rebajaba ni un solo centavo. Nadie protestaba.

¡Oh tiempos del ayer!

Saquen ustedes la conclusión

Nació para rico. Don Vicente Giraldo G., “Vigig”, creador e impulsor del progreso de Armenia, nació para rico y nació en Calarcá, dos cosas “estupendas” para él y “no nos digamos mentiras”, para emplear la frase favorita del “mono” Pedro José Jaramillo Ruiz, el mentiroso más mentiroso que diera esta villa excluyendo los políticos.

“Vigig” se crió, según palabras de don Apolinar Fernández, el que sabía “caminar al revés”, “con un racimo de plátanos verdes a la espalda” y “se puso los primeros zapatos ya grande”. Eso de los plátanos... Don Anacleto, su progenitor, hombre pobre a quien le habían amputado una pierna, lo mandaba a la finca “Orizaba”, de propiedad de don Isidro Arias, padre del escritor Fernando Arias Ramírez, por “plátanos de revuelto” que don Isidro le regalaba. El obediente hijo, para transportarlos, se los echaba a la espalda.

Habiendo emigrado a Armenia, el futuro industrial y millonario “Vigig”, se inició en la vida de los negocios y se “tapó de plata”, debiéndose en gran parte el progreso de la “Villa de Tigrero” a su talento comercial y a sus iniciativas.

Hace cerca de cinco lustros el Alcalde Municipal, que lo era el “gago” Luis Alfonso Peña García, y yo fuimos hasta Armenia a entrevistarnos con “Vigig” en cumplimiento de una comisión que se nos “había echado encima”. “Vigig”, cordial y atento, nos recibió en la gerencia de su almacén “El Buen Gusto”.

—Los he recibido —nos dijo— porque ustedes son calarqueños y yo nací y me crié allá, pero me mantengo muy ocupado, así es que despachémonos pronto.

Nos “despachamos pronto”. “Vigig” se negó rotundamente a instalar en Calarcá una factoría cualquiera “porque allá, y ustedes me perdonan, los negocios no prosperan...”.

—Usted, don Vicente —se atrevió a decirle Peña—, siendo calarqueño como ha dicho que es, no ha hecho absolutamente nada por ese pueblo. Todos sus negocios, todas sus industrias, las tiene aquí en Armenia. Allá sólo...

No lo dejó “Vigig” terminar.

—Allá, señor Alcalde —le respondió de mal humor—, tuve una fábrica de chocolates, una sucursal de este almacén y una moza, y ninguna de las tres cosas me dio resultado, y para más, me sacaron el chisme de que traigo billetes falsificados de Panamá. Así es que saquen ustedes la conclusión.

Ni Peña ni yo la sacamos.

Locos no

Los dos fueron a parar a Sibaté, no al mismo tiempo, pero allá fueron a parar y no precisamente llevados por la curiosidad o el deseo de dar un paseíto... El primero en viajar fue Narciso Aguirre Carvajal. El segundo, mucho tiempo después, Simón Londoño Patiño, el inefable "Mojo".

Narciso no estuvo loco. ¡Qué va! Los locos son locos y hacen locuras. Narciso no hacía locuras. Simplemente salía a la calle, se paraba en una esquina y esperaba a que la luna asomara, no para hacerle versos, sino para... ¡comérsela!

Claro, como por Sibaté la luna pasa "más bajita", allá lo llevaron para que le quedara más fácil merendársela. Al menos de eso lo convencieron para que por el camino no se resistiera... ¡y no se resistió!

"Mojo", Simón Londoño, "tampoco estuvo loco". No es locura eso de querer regenerar a todas las mujeres públicas que residían en la ciudad, y esto fue lo que "Mojo" pretendió hacer desde su cargo de Oficial Mayor de la Alcaldía.

Lo malo fue que a Simón no le dieron tiempo suficiente para llevar a cabo su "campana moralizadora". Le aparejaron la documentación de rigor y a Sibaté fue a parar. ¡Si se cometerán injusticias! Hay tantas gentes envidiosas y bellacas...

Por estas calendas, "Mojo", tan amigo de que las mujeres observaran buena conducta, debe encontrarse "jugando repollito" con las once mil en una bocacalle del cielo... Narciso, en cambio, sigue vivito y coleando y, lo que es peor, ¡cuerdo!

¿Qué pensará ahora, Narciso, al ver la luna?

Modas...

Aseguraba don Luis Carlos Tabares haber nacido en Salento y en el mes de mayo de 1908, siendo “pariente muy cercano” de los dos Luis Tabares, padre e hijo, que figuran en estas anécdotas.

Don Luis Carlos se fue “para el otro toldo a donde todos vamos a parar”, en el mes de agosto de 1973, no dejando dolor atrás por no haber cometido “la estupidez de casarme”.

Le gustaba a don Luis Carlos, como les gusta a todos los viejos y él ya se sentía viejo, evocar “los tiempos de mi juventud ya tan lejana”. Don Luis Carlos me confesó haber escrito versos “pero tan malos que a nadie me atreví a mostrárselos”.

No tuvo, Tabares, profesión u oficio definidos porque “le he jalado a todo para ganarme las yucas y dormir alguna que otra noche acompañado”. A los catorce años era “sangrero” y viajaba al Tolima “con unos arrieros que todo lo arreglaban a punta de madres”.

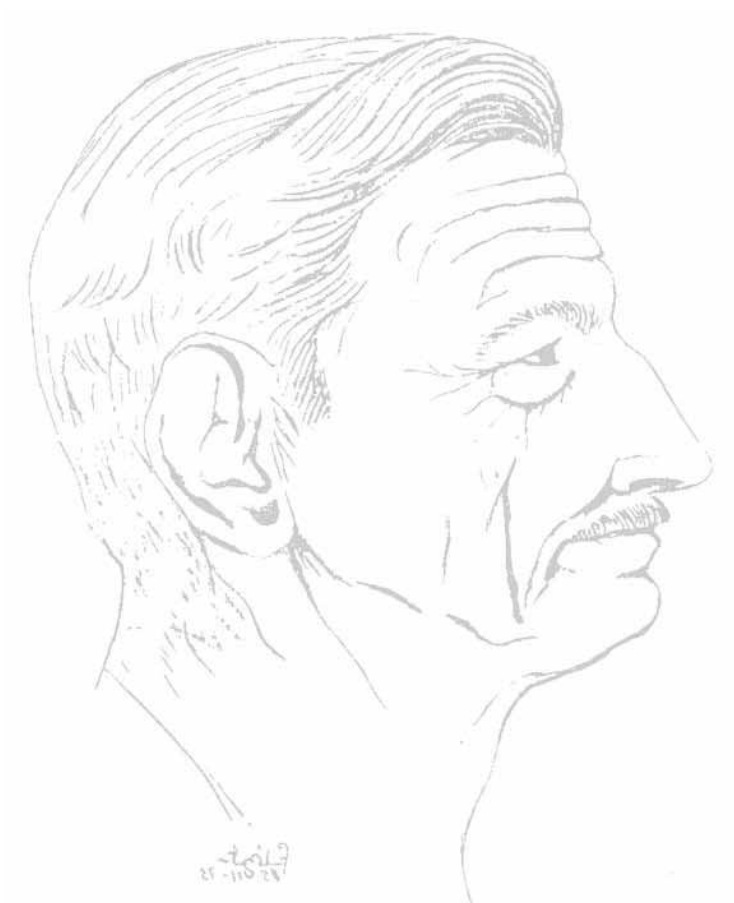
Se lamentaba don Luis Carlos de haber nacido en una época en la que “para verle las piernas a una muchacha cuando pasaba de los quince, era un milagro, y uno que es tan curioso...”

“Era que los padres —apreciación de don Luis Carlos— no dejaban salir a la calle a sus hijas si no iban bien forradas, tan forradas como un chócolo, y así, por más pupila que uno reventara nada de lo sabroso les veía”.

“Ahora, con las modas de ahora —agregaba don Luis Carlos— las muchachas lo muestran todo. ¡Si uno tiene que cerrar los ojos para no encabritarse viéndoles la arepa!”.

Exagerado el hombre...

Imaginarios



Cosas de San Pedro

En el discurrir de estas páginas he venido empleando con preferencia el término “villorrio” para designar a la ciudad. Eso era, en la década de 1910 a 1920 en que tuvieron ocurrencia muchas de las anécdotas recogidas en este libro. Calarcá.

Un villorrio. Nada más que un villorrio con su enorme plaza sin arborización, sus calles sin nivelar, con altos barrancos a lado y lado, menos de trescientas casas en su mayoría de una sola planta diseminadas en lo que entonces era “zona urbana”, y muchas gentes buenas y trabajadoras. Al ser instalado el primer acueducto (ya tendré oportunidad de hablar de eso), en el centro de la plaza se construyó una “pila”: Un tubo vertical de tres pulgadas de diámetro y dos metros de altura, con reducción a media pulgada en la parte superior para que el agua, llegando con presión, elevara bastante.

Al pie del tubo y en circunferencia convexa de dos metros, el terreno había sido empedrado para evitar erosiones. Desagüe estratégico impedía el estancamiento del agua. Empedrados eran los pocos andenes existentes.

Las ceremonias religiosas durante la Semana Santa tenían como epicentro la plaza. Las procesiones recorrían tres o cuatro cuadras porque no existían más transitables. Los “pasos” eran arreglados con imágenes de “bulto”, de suyo pesadas e incómodas para el transporte, a simple vista.

He dicho “a simple vista” porque en realidad las imágenes debieron ser livianas dada la forma en que estaban construidas: La cabeza, las manos y los pies, de yeso, macizos. El resto un andamiaje de madera.

¡Cuántas veces secundando a mi hermano Diógenes les levanté los trajes a los santos para curiosear ese andamiaje!

La mayor aglomeración de gentes podía verse el viernes Santo. Las casas lugareñas y las del campo se quedaban vacías. Dada la estrechez de la capilla las gentes se agrupaban en la plaza. Por eso y porque en la plaza eran “levantados”,

en las esquinas, los “palacios” de los mandamases que intervinieron en la condena de Jesús.

Cuatro esquinas, cuatro palacios. La interpretación a lo vivo de los personajes era encomendada por el Párroco a destacados elementos de la sociedad. A Pilatos lo encarnaba siempre don Maximiliano Restrepo Zorrilla, maestro de escuela; a Claudia, Agripina Restrepo Pemberti, maestra; de Anás, hacía don Ismael Zapata, telegrafista. A estos recuerdo.

De “palacio a palacio” el Cristo era custodiado por ciudadanos enfundados en capuchones asimilando a los judíos y por jóvenes vistiendo atuendos “romanos”. Los encapuchados infundían en nosotros los chiquillos un miedo cervical. Cada soldado llevaba una lanza y cada encapuchado un látigo. Todos hacían lo posible por desempeñar bien sus papeles bajo las órdenes de Jesús Sánchez, el sacristán. Los gritos de “crucifícale” resonaban guturales en la plaza.

El mismo Jesús Sánchez era el encargado de arreglar dentro del sagrado recinto el Monte Calvario. Con ayuda de algunos feligreses transportaba, de donde los hallara, grandes sauces que “paraba”, formando un semicírculo tapado, por el frente, con un amplísimo telón negro.

Al pronunciar el sacerdote las palabras de “Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu”, reventaban detrás del telón y de los sauces decenas de petardos y todo se llenaba de un humo negro y denso que al disiparse dejaba ver, al fondo, al Crucificado en medio de los ladrones pintados sobre madera por ese gran artista que fue Abel Ortega Jaramillo.

Era costumbre en esa época estrenar traje el jueves santo y vestir de riguroso luto el viernes, asistiendo a la procesión del Santo Sepulcro en absoluto silencio y portando cada feligrés o feligresa un cirio o vela encendidos.

No todas las gentes lugareñas se mostraban piadosas durante las celebraciones de Semana Santa. Algunos ciudadanos preferían colarse a las cantinas a ingerir aguardiente y si se hacían presentes en las procesiones era en completo estado de embriaguez.

Para castigar a esos “descreídos”, masones e irrespetuosos borrachos, el instrumento de tortura era la pila. Los borrachitos recibían allí, de manos de los indignados feligreses, un baño como jamás llegaron a dárselo en el transcurso del año.

Por ser un “borracho consuetudinario”, Emilio Arcila era de uno de los más frecuentes bañados. Después de un remojón muy de padre y señor mío se le acercó su “colega” Emiliano Ospina, diciéndole con cierta sorna:

—Oye, ¿qué diablos te pasó que estás tan empapado?

—Casi nada, mijo, que me mió San Pedro —fue la respuesta de Arcila.

Miedo

Tenían en los años diez los “cachacos” y señores principales del villorrio establecidos sus tertulíaderos, “Grutas Simbólicas” en miniatura, mentideros públicos.

Eran cinco los puntos de reunión. En ellos organizaban los “piquetes”, las parrandas, estructuraban las farras: El Estanco en el costado norte de la plaza, a cargo de Germán Valencia, hijo del fundador Román María Valencia; el almacén de Roberto Posada en el costado sur; la tienda de víveres y ferretería de Aldemar Palacio Mejía, bautizada con el nombre de “La Andina”, situada en la primera cuadra de la calle real, hoy carrera 25; un granero, jugadero de “Turmequé” y “Cucunubá”, con venta de comestibles preparados al fondo, situado a continuación de la tienda de Aldemar, de propiedad de Fidelino Capador, y el Salón de Billares de Desiderio Aristizábal, en la misma calle real.

Fidelino Capador era el único rolo que se había atrevido a organizar un negocio fuera de la “Calle de Fusa”, entre los establecidos por antioqueños. Los contertulios iban ya a un establecimiento, ya al otro, al iniciarse la noche, para entregarse a sus paliques despotricando de lo lindo de cuanto les venía en gana.

De la tienda de Aldemar salían Juvenal Herrera, Tulio Restrepo, José María Espinosa, Julio Henao, Roberto Cano y dos o tres amigos más, rumbo a la casa de Mercedes Neira o de Natividad Gutiérrez, “señoritas de cero en conducta”, con el fin de “sembrarse” los primeros aguardientes, iniciar las farras y elaborar la lista de las personas a las cuales llevarían serenatas. Eran cantantes “oficiales” Jesús Castaño y Juvenal, hábiles en el manejo del tiple y la guitarra, dueños de voces privilegiadas.

Asistentes a las tertulias eran Bernabé Buitrago (padre del novelista Jaime Buitrago), José María Vélez, Plinio Cifuentes (excelente pedagogo), Pío Agustín López, Valentiniano Giraldo Álvarez, Pedro Pablo Valencia, Pedro Vicente Mejía, Aureliano Jiménez, Rudecindo Henao, Eduardo Ángel, y otros.

Entre esos “otros” deben citarse Apolinar y Aureliano Fernández, Manuel Naranjo, Indalecio Ortega, Isidro Parra, Ismael Zapata, Lázaro y Policarpo Ángel, Nicolás y Alejandro Jaramillo, Samuel Botero y, ¿por qué no?, el Padre Valencia, sacerdote encargado de la conducción de las almas de los poblanos hacia la morada del Señor.

A todas las personas que he citado las conocí personalmente pero no todas eran amigas de farras y jolgorios. A la simple lectura de los apellidos el menos avisado se da cuenta de que todas ellas eran de pura cepa antioqueña o descendientes de antioqueños.

En este anecdotario he procurado y procuraré dejar bien establecido un hecho incontrovertible: Calarcá desde su fundación en 1886 hasta muy entrada la tercera década de este siglo se encontraba dividida en dos grupos étnicos bien definidos, conformado el uno por antioqueños o descendientes de antioqueños; el otro por cundinamarqueses, santandereanos y boyacenses, diferenciados con el nombre genérico de “rolos”.

Un semillero de chascarrillos, cuentos y calambures eran los tertuliaderos. Posteriormente a los cinco primeros se agregó el salón de billares de don Aureliano Jiménez. Producto de una de las tertulias es el siguiente diálogo sostenido en el Estanco entre don Manuel Naranjo y el Padre Valencia, que solía “clavarse a diario sus anatoles”.

—Mire, Padre —le dijo al sacerdote don Manuel—. Soy hombre creyente en Dios, en sus santos y en nuestra Santa Madre la Iglesia católica, apostólica y romana, pero a pesar de que está prohibido creer en brujas, agüeros y hechicerías, estoy convencido de que existen brujas y duendes. ¿Qué opina usted?

—Que esas son pendejadas, Manuel. Las brujas no existen ni han existido jamás.

—Si no existen, Padre, ¿por qué la semana pasada cuando a las once de la noche iba para mi casa, me acompañó una todo el trayecto?

—¿Una bruja, Manuel? ¿Cómo era? Anda, descríbemela.

—No la vi, Padre. Lo cierto es que cuando iba por la esquina de las Ortiz, sentí que en mi seguimiento iba un cerdo grandísimo arrastrando una larga y pesada cadena

y rozando de lo lindo. Al día siguiente tempraní a examinar el terreno y nada, ni huellas de la cadena, ni de las pezuñas del animal. ¡Tenía que ser una bruja!

—Y ¿no pudo haber sido más bien Fidel Rojas con una rasca fenomenal? Esos rolos, cuando se emborrachan, son “piores” que los marranos porque no jartan sino chicha.

—Bueno, Padre —convino don Manuel—. Acepto el que haya sido un rolo borracho el que me siguió, pero y la cadena...

—¡La cadena, amigo Manuel, es la del matrimonio que ya se te está volviendo pesada!

Media hora después el levita se asomó a la puerta del establecimiento, miró hacia la plaza sumida en la oscuridad y dirigiéndose a Benicio Herrera y a Julio Henao, les dijo:

—Como que está bastante oscuro. ¿Por qué no me acompañan hasta la casa? Con ese cuento de Manuel me ha entrado culillo y solo no me voy ni por el putas.

Henao y Herrera lo acompañaron pensando en que a un buen miedo no le corta calzones nadie.

Para los pendejos

En el cementerio de Ibagué fue sepultado el cadáver del sacerdote Juan de Dios Jaramillo Restrepo, mi tío, fallecido en San Miguel de Perdomo, hoy Cajamarca, cuando ejercía su ministerio en esa población y en la de Anaime. La tumba del levita, según informes que poseo, es visitada por gentes sencillas que se hacen lenguas hablando de la santidad de ese Ministro de Dios, ateniéndose a una vieja tradición. ¡Linda que es la credulidad de las gentes...!

Del Padre Jaramillo que vivió y murió en olor de santidad (¿cuál será el olor de la santidad? Fernando González, el filósofo de la Montaña, afirmaba que ese olor es el mismo que tienen los billetes viejos), se conservan un buen número de anécdotas que lo hacen aparecer como hombre mal geniado, brusco en sus ademanes, poco medido en el vocabulario cuando la ignorancia o la mala fe de los feligreses hacían que “perdiera los estribos”.

Con frecuencia el Padre Jaramillo viajaba de su curato a Calarcá con el exclusivo fin de visitar a sus hermanos (la pendejadita de diez de ellos estaban residenciados en estas latitudes), hospedándose en casa de mis padres.

El viaje era duro. Tenía que ser hecho a lomo de mula por el pésimo camino que unía al Quindío con el Tolima, atravesando la Cordillera por el sitio de “La Línea”.

Tres ventas poco parecidas a las del Quijote existían en el trayecto: La de “La Lora”, de propiedad de don Jacinto Baena, administrada por él personalmente; la de don Jesús Antonio Jaramillo (Toto) y doña Hermelina (Nina) Jaramillo, su esposa, denominada “La Cucarronera”; y la de “El Recreo”, de propiedad de la señora Santos Silva.

El Padre Jaramillo poseía algunos bienes de fortuna. Muchos, decían unos; pocos, decían otros. Estos bienes, lo afirmaba mi padre, a la muerte del levita se los robó un “avivato” que murió en la miseria, cuyo nombre omito piadosamente, para no ofender a su familia.

Afirman que quien menos cree en las pruebas es el payaso. Parece que tal era la manera de pensar del Padre Jaramillo respecto a su Ministerio. Va de cuento. Alguna vez, luego de celebrar la Santa Misa en la pequeña capilla pueblerina, llegó a casa de mis padres a desayunar. Mi madre le sirvió una rebotante taza de chocolate con harina, huevos en “perico”, queso, mantequilla y arepa.

—¿Este es mi desayuno, Ana Josefa? —le preguntó a mi madre.

—Sí, Padre —le respondió ella—, ese es su desayuno.

—¿Y la carne en dónde diablos está?

—Padre, no le arreglé porque hoy es viernes de vigilia —le respondió ingenuamente mi madre.

—Eso de la vigilia es para los pendejos, Ana Josefa —le replicó el Cura—. O me sirves carne o no desayuno.

Mi madre tuvo que preparar para su exigente cuñado un buen trozo de carne para “reforzarle” el desayuno.

No llore, mijito

Un tío de mi esposa, hombre de bastante edad, suele relatar-me de vez en cuando sucesos ocurridos en la Villa del Cacique hace cincuenta o más años en los cuales los protagonistas no fueron otros que los fundadores o los primeros pobladores, entre los cuales se encontraron su progenitor y el mío.

Hablando de Segundo Henao, el fundador, mi interlocutor afirmó en cierta ocasión que don Segundo era un hombre cordial, sencillo y bueno, con muy escasos bienes de fortuna a pesar de haber sido trabajador incansable, fuerte talador de montañas, es decir, arboricida, experto minero y empecinado plantador de sementeras.

Personalmente conocí a don Segundo Henao. Ya relataré cómo y en qué circunstancias. Entre su familia y la mía existían firmes lazos de amistad demostrados, como en ese entonces era de usanza, por medio de “visitas” que entre sí se hacían las familias.

A una de esas visitas fui llevado por mis padres y fue durante ella que tuve el más tremendo susto y la más perdurable de las vivencias. Don Segundo, un poco presumido por sus capacidades artísticas, quiso mostrarles a mis padres la “imagen” del Cacique Calarcá que personalmente había modelado. Se trataba de una estatua de tamaño natural, colocada contra una de las paredes de la pieza contigua a la sala de su residencia ubicada en la que es hoy calle 41 entre carrera 26 y 27.

Quien fuera a entrar a la pieza de marras, con lo primero que se topaba, necesariamente, era con la imagen del fiero cacique. Con tal fin don Segundo la había colocado en la pared del frente. ¿Cómo era esa “interpretación” de la figura del legendario Cacique hecha por don Segundo Henao? Imposible recordarlo. Sólo recuerdo que al entrar, prendido de los faldones de la saya de mi madre, y ver esa monstruosa escultura adornada con abundantes plumas de

papagayo y embadurnada con colores chillones, lancé un grito de espanto y me “emperré” a llorar inconsolablemente.

Don Segundo, posando su mano encallecida sobre mi cabeza, me dijo:

—No llore mijito que “eso no hace nada”.

Poco tiempo después (¿o fue algunos años más tarde?) don Segundo murió siendo sepultado en lo que se llamaba “cementerio laico”, un lote rectangular al lado del cementerio católico, por haberse mostrado durante toda su vida como un furibundo anticlerical.

Mis padres, temerosos de que volviera a repetirse la escena del llanto que los hizo “quedar en vergüenza”, jamás volvieron a llevarme a la casa de don Segundo. Por tal razón no volví a ver su famoso Cacique, cuyo paradero jamás se supo.

Si se bañaran

De muy lejos, de un pasado que está siendo para mí lejano, llega la imagen de un niño que puede tener cinco años de edad y que se sienta, muy quietecito, al borde de una zanja de treinta centímetros de ancho por cincuenta de profundidad, abierta por el centro de la calle y en toda la extensión de ésta.

Dentro de la zanja un hombre fuerte y musculoso, en mangas de camisa, se entrega a la tarea de empatar (unir, dirían otros) algunos tubos metálicos. Está tendiendo por las principales calles del villorrio la red para el primer acueducto. Es mi padre. El niño soy yo.

De esa fecha hasta hoy ha corrido más de medio siglo. El año, el mes y el día no podría decirlos. La escena y la imagen sí continúan grabadas en mi memoria.

Mi padre me había llevado consigo no para que le sirviera como compañía o como ayudante, ambas cosas físicamente imposibles, sino para que dejara descansar a mi madre de mis llantos y necesidades y así ella poder entregarse a las labores de ama de casa.

La Entidad Municipal, con sus parcas entradas, había resuelto dotar a la población de agua potable conduciéndola por tubería de hierro galvanizado a los sectores más poblados, pero sin permitirles a los habitantes darse el lujo de efectuar conexiones particulares y así tener dentro de sus residencias el precioso líquido.

Cada dos o tres cuadras (vacila la memoria en este punto) se conectaba un tubo de un metro o de un metro con veinte centímetros de altura, al “tubo madre”, y el grifo correspondiente para que los vecinos se proveyeran allí del agua. Las “pocetas” (así eran llamadas esas llaves) se instalaban en las esquinas, nunca en mitad de la cuadra.

La “bocatoma” de este primer acueducto estaba ubicada en el paraje de “La Pradera”, donde existía una quebradita de caudal suficiente para abastecer al poblado. La acequia se construyó por tierra sin ningún revestimiento y

los tanques con fuertes tablones de madera aserrada, a la margen izquierda del camino que conducía (y conduce) a la fracción de “El Chagualo”.

Estando ocupado mi padre en la dura faena (no recuerdo que tuviera ayudante) de empatar los tubos, con pasos lentos se acercó al sitio en donde nos encontrábamos un hombre de bastante edad, vistiendo un sencillo pantalón de dril, zapatos de cuero de color negro con cerradura de botones y no de cordones, y encima de ese “atuendo” una grande y limpia ruana de paño oscuro. Debajo de la ruana podía apreciarse una camisa blanca y en su cabeza un sombrero aguadeño. La barba blanca le caía al anciano hasta el pecho tornándolo semejante a los patriarcas bíblicos según las ilustraciones que después, cuando fui matriculado en la escuela pública, vi en los textos de Historia Sagrada.

Parándose al borde de la zanja, el anciano se dirigió a mi padre para saludarlo:

—Buenos días, don Vicente.

Mi padre, enderezándose un poco para ver quién lo saludaba tan respetuosa como cordialmente, le contestó:

—Buenos días, don Segundo. ¿Cómo le va?

Fue así como conocí al fundador de mi ciudad natal.

Después de cruzado el saludo protocolario y haberle el uno al otro inquirido por la familia, los dos hombres, don Segundo y mi padre, se trabaron en una conversación animada que debió durar varios minutos.

El fundador le averiguó a mi padre por el diámetro de la tubería que conectaba y si esta iba a ser prolongada hasta la cercana calle de “Fusa”. Al recibir una respuesta afirmativa, don Segundo comentó:

—¡Caramba, Vicentico, qué bestialidad!

—¿Por qué, don Segundo?

—Porque esos rolos no necesitan el agua para nada ya que nunca se bañan. Su chicha bien pueden prepararla con agua lluvia u orines de caballo para que les sepa mejor. ¡Si las rolas se bañaran... pues hasta para otras cositas podrían servir!

Cristo fue el Cristo

Entre los primeros cundinamarqueses que llegaron como colonizadores a las tierras quindianas, figuraba don Ricardo Guevara, aparentemente una “alma de Dios”. Espíritu hondamente religioso, católico practicante y militante, en la casa de su parcela ubicada en el paraje de “La Pradera” las paredes estaban “sembradas” de santos. Vitelas, oleografías e imágenes de “bulto”, sobresaliendo entre tan abigarrada como milagrosa concurrencia un enorme Cristo. Enorme pues media de la base al “Inri” no menos de metro y medio.

Legumbres de todas clases cultivaba el señor Guevara en su pequeño pegujal, antes de que el cultivo del café tomara el auge y la preponderancia que ahora tiene. Los repollos, las lechugas, el maíz y los frijoles cedieron el paso en los predios de Guevara a los arbustos de café que lucían su verdor desde las lindes del patio, sombreado por frondosas matas de plátano.

Los amigos de lo ajeno, aprovechándose de la oscuridad de la noche, se dieron a la tarea de apropiarse los pocos granos de café cogidos por Guevara de sus árboles, granos que se sustraían del peladero una vez descerezados.

Para ponerle coto al hurto continuado, don Ricardo se ingenió una estratagema que su alma de creyente consideró infalible y para tal efecto se dio a la tarea de trasladar, por la noche y cuando había grano para cuidar, el abultado Santo Cristo hasta el peladero, y allí lo dejaba como “cuidandero”. Estaba seguro de que la imagen velaría mejor por el café que cualquier fulano de carne y hueso.

Y sucedió que una noche empezaron a oírse ruidos sospechosos en el peladero. Don Ricardo, presumiendo que podía tratarse de los ladrones, se levantó con presteza, tomó de un rincón la escopeta de fisto que no le faltaba y que permanecía lista para ser disparada, salió al patio, miró hacia el peladero y alcanzó a ver el “bulto” de una persona. Ni corto ni perezoso apuntó con el arma y disparó.

El disparo resonó en la oquedad de las cañadas vecinas pero en el peladero no se movió una paja. Con cautela el buen hombre se fue acercando. Nada. Todo estaba en completo orden. En el cajón de madera el café estaba intacto, prueba irrefutable de que los ladrones no habían aparecido por allí esa noche. El Cristo había resultado buen cuidadero.

¡El Cristo! Don Ricardo miró con amoroso afecto la imagen y ¡oh sacrilegio!, vio que en el pecho tenía las excoriaciones producidas por los “balines” con que la escopeta estaba cargada. Aterrado, el pobre hombre quedó fuera de sí. Había disparado el arma sin fijarse y había herido nada menos que a Jesucristo. Como un torcedor tremendo la idea del sacrilegio principió a torturarle el alma.

Muy de madrugada don Ricardo se vistió con sus “ropas domingueras” y se dirigió al villorrio en busca del Cura para confesar el monstruoso pecado que había cometido. De la presteza con que caminara dependía la salvación de su alma. Judas había vendido a Cristo; pero él, él, Ricardo Guevara, criado dentro de las enseñanzas de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, ¡había “fusilado” al mismo Cristo!

Quizás riendo un poco para su fuero interno al escuchar la confesión del angustiado feligrés, el sacerdote le impartió la absolución. Podía regresar tranquilo a su parcela. Podía seguir rezando sus oraciones y asistiendo a la Santa Misa “todos los domingos y fiestas de guardar” pagando los diezmos y las primicias y haciendo, cuando se le presentara la oportunidad, una que otra obra de caridad.

Una duda asaltó al señor Guevara: ¿Sí tendría el sacerdote atribuciones y poder suficientes para perdonar un pecado tan horripilante como el que él había cometido? ¿Y si el alma no le había quedado libre de toda mancha, no estaba segura la condenación eterna en los profundos infiernos?

Mirando el impacto de los seis pedrigones en el pecho de la sagrada imagen, don Ricardo, como un niño castigado, se entregaba al llanto y la desesperación.

Duró poco tan atroz remordimiento porque don Ricardo resolvió marcharse a Manizales a impetrar del señor

Obispo el perdón para su tremendo sacrilegio. Como el Cura del villorrio, el Obispo debió reír de la ingenuidad del feligrés y le impartió a su vez la absolución con todas las de la ley y quizás un poquito más.

Así vino a tranquilizar su conciencia el señor Guevara, que solía, cuando iba a suministrarle una soberana paliza a su esposa, cosa que ocurría con más frecuencia de la que era conveniente, sacar de las habitaciones todos los santos y ocultarlos debajo de un palo de café para que no presenciaran el castigo.

En poder de los descendientes del señor Guevara está el Cristo de esta historia, un poco más real que la misma realidad.

Tenorio fracasado

Como solía ocurrir con inusitada frecuencia, ese 20 de julio de 1908, una de las parrandas organizada por los rolos en la calle de “Fusa” degeneró en tremendo zambapalos.

Garrotazo va, garrotazo viene. Gritos de las mujeres. Llantos de los niños. Palabras de grueso calibre pronunciadas a pulmón pleno. Estrepitoso cierre de puertas. Eran las diez y media de la noche. En la calle la oscuridad era tremenda.

Los tragos y la curiosidad habían llevado a Pedro Maya a “darse una vueltica por la rolamenta”, “vueltica” que habría de recordar “toda mi puerca vida, don Rodolfo”.

—Cómo no recordarla —me dijo don Pedro por allá en el año cuarenta y cinco que estuve de visita en su casa de Cartago—, si esa noche se me apareció el diablo en persona. Lo vi, estuve cerca de él, le hablé y me “mié” en los calzones.

Hurtándole el cuerpo a la zambapalos rola, don Pedro puso pies en polvorosa rumbo al centro de la población.

—Estaba más oscuro que el putas —contóme Maya—. Yo pasaba por frente a la casa de don Sandalio Ortiz cuando vi que adelantico iba una muchacha...

Dispuesto a poner en práctica sus dotes de Don Juan pueblerino, Maya avivó el paso, le dio alcance a la joven y apareándose con ella le dijo:

—¿No quieres, linda, que te acompañe? ¿Por qué no me llevas para tu casa? Ándale que desde ya te estoy queriendo.

No le dijo más. Cómo agregar otras palabras si la joven, cuadrándosele bien al frente le enseñó “la cara más espantosa, los colmillos más grandes que he visto en mi vida y creció, creció y creció, hasta volverse altísima”.

En un pequeño rancho que muy cerca del lugar del encuentro estaban construyendo, amaneció Maya “más miado y cagado que camisón de loca”, según sus propias palabras.

—Lo que me emputó y todavía me emputa —me dijo Maya— es que el diablo, porque estoy seguro de que era el diablo, se me hubiera aparecido a mí que he sido tan godo toda la vida y no se le presentara a Roberto Cano, Julio Henao, Eduardo Norris o a algún otro liberal retrógrado.

Rió de buena gana Maya cuando le hice saber que en el mismo punto a Roberto Cano, Juvenal Herrera, Roberto Posada, Aldemar Palacio y otros trasnochadores, el diablo se les había aparecido, siendo todos liberales.

—Entonces es que el diablo debe ser comunista, replicó Maya.

Que las hay, las hay

Con los primeros colonos y los primeros pobladores llegaron a las tierras quindianas las brujas y los duendes, indudablemente no con el ánimo de talar montañas y plantar mejoras en los baldíos que existían, sino con el deliberado propósito de atormentar, con sus nocturnas pilatunas, a los buenos y laboriosos habitantes.

Es de presumir que en los guarnieles de muchos de los antioqueños, acompañando la aguja de arria, el eslabón, la piedra y la mecha para hacer fuego y encender sus tabacos, el par de dados “machos” o “cargados” y estampas de unos cuantos santos, debieron venir, fabricados en Remedios con todas las de la ley, monicongos y guricongas poseedores de extrañas y endemoniadas “virtudes” para ayudar a conseguir plata, para curar enfermedades y enamorar a “la mujer del prójimo”, para encontrar “guacas” y descubrir “entierros”.

Entre los muchos, los muchísimos cuentos de brujas que en mi niñez escuché de labios de mis padres y de los amigos que iban a nuestra casa de visita, figuraban estos dos que me voy a permitir relatar por la simple razón de que las víctimas fueron gentes de mi familia, nada menos que mi abuela materna y mi propio padre. Helos aquí:

Mi padre, soltero aún, tenía instalado su taller de herrería al lado mismo de la casa de habitación construida con miras a tener “techo propio” cuando llegara el momento de unir por medio del matrimonio su vida con la de quien fue mi madre.

La casa, por el interior, tenía un amplio corredor que se interrumpía bruscamente en uno de sus extremos, el oriental, precisamente el que daba al taller edificado a un nivel más bajo. Cerca de metro y medio.

Terminada la faena diaria mi padre visitaba a su novia, conversaba un poco con los amigos reunidos en el Estanco o en la tienda de Román María Valencia, y luego se iba a acostar. Ya en el lecho empezaba a sentir cómo en el

corredor de tablas alguien se entretenía en hacer rodar una bola de madera que era detenida en el momento preciso en que debía precipitarse al patio por el extremo correspondiente al taller.

Cuando la bruja (bien sabía mi padre que se trataba de una bruja) se cansaba de jugar en el corredor, se trepaba al techo de la casa, echaba a rodar la bola desde el caballete y la cogía antes de caer al patio.

Cansado de soportar el “entretenimiento de esa maldita bruja”, una noche mi padre resolvió preparar una escopeta de “fisto” cargada con abundantes perdigones, la llevó junto al lecho, encendió una vela (no existía en el villorrio luz eléctrica), en la llama de la vela encendió un tabaco y se dispuso a esperar la llegada de su nocturna visitante para hacerle un disparo. La vela y el tabaco se acabaron, mi padre se durmió y la bruja no se hizo presente.

Sólo cuando a mi padre se le olvidaba llevar a su aposento la escopeta, lo visitaba la bruja.

Mucho más “confianzuda” resultó ser la bruja que perseguía a mi abuela. Tanto que no vacilaba en seguirla a todas partes a donde ella iba, se le “mostraba” algunas veces y en su propia cara se reía de ella a mandíbula batiente. Era una bruja tempranera ya que no esperaba a que cerrara bien la noche para iniciar su “trabajo”.

Estando mi abuela de visita en casa de mis padres y dispuesta a pasar allí la noche, se le ocurrió ir a eso de las siete hasta la cocina a dar un “vistazo” y comprobar que todo hubiera quedado en orden.

Para pasar de las habitaciones a la cocina había que hacerlo por un estrecho corredor sin entablar. Comprobando que la cocina estaba bien cerrada, mi abuela tomó un vaso de noche fabricado con un trozo de higuérón (no existían o al menos en el villorrio no se conocían los vasos de noche esmaltados) y se dirigió a su aposento. No había dado diez pasos cuando sintió a su espalda una fuerte risotada. Rápidamente miró hacia el lugar y vio que una mujer le hacía muecas y gestos desde el patio.

Haciéndolo mejor que pensándolo, mi abuela arrojó con todas sus fuerzas el vaso de noche a la bruja, la cual,

tomándolo en el aire, se dio de inmediato a la tarea de orinar en él, siendo escuchado por la anciana el ruido específico del líquido al chocar con la madera.

No fue más porque la buena señora, ya acostumbrada a semejantes juegos, le gritó:

—Lárgate para los infiernos, bruja del Diablo.

¡Al día siguiente, al levantarse, mi abuela constató que el vaso de noche por ella arrojado a la bruja estaba como había caído, boca abajo y absolutamente seco!

Que las hay, las hay.

Dura lección

Con anticipación el grupo se citaba para parrandas y correrías nocturnas, que se sucedían con frecuencia mayor que la deseada por las calmadas y honestas gentes del villorrio y los pocos paseantes nocturnos, cuyo sosiego echaban a perder con inaudito desenfado los integrantes del clan, señoritos pertenecientes a las familias “bien” de la localidad. La horda greco-pijao, la formaban (téngase en cuenta que escribo sometiéndome a las lagunas de la memoria, a más de cuarenta años de los hechos y sin papel alguno para consultar) Roberto Posada, Roberto Cano, Juvenal Herrera, José María Espinosa, Aldemar Palacio, Valentiniano Giraldo Álvarez y cuatro o cinco más cuyos nombres se me esfuman.

Se trataba, no de jovencitos irresponsables, de Ye-yés o Coca-Colos de otros tiempos, sino de hombres hechos y derechos.

Las farras empezaban al iniciarse la noche, sentado el grupo a la mesa en la casa y cantina de Natividad Gutiérrez, “Tivita” o la “Patecacho”, como la apodaban, mentora reconocida de la media docena de muchachas que ejercían, con aspavientos y cruces por parte de las señoras, el poco atrayente oficio de la profesión más antigua y venerable de la tierra. Al lado de la mesa, recostados a la pared, un tiple y una guitarra esperaban el momento de iniciar las “serenatas”.

Juvenal Herrera, buen guitarrista, tenía magnífica voz y un repertorio suficiente para dejar complacidos a todos y cada uno de los habitantes del villorrio. Con el tiple lo acompañaba Jesús Castaño. Así iban por las calles cantando al pie de las ventanas de sus “amadas”, de los familiares más allegados o simplemente de cualquier amigo cuya residencia les “salía” al paso.

Pasados de copas, al filo de la medianoche y cuando ya las serenatas de turno habían sido “despachadas”, se entregaban a otros menesteres menos edificantes. Entonces los contados trasnochadores que para mal de sus culpas se encontraban con el grupo, estaban condenados a sufrir las

vejaciones, exabruptos y bellaquerías que a los del clan se les antojara inferirles, claro está que sin llegar a mayores, sin atentar contra la vida de ninguno de ellos.

Una noche (el relato lo escuché muchas veces de los labios de mis padres) el grupo perdió la noción del tiempo. Habían estado sus integrantes, como siempre, libando aguardiente en casa de Natividad, habían llevado algunas serenatas y regresaban de darle “un vistazo a la calle de Fusa” cuando, al pasar por la que hoy es la calle 38 entre carreras 23 y 24, a sólo cuadra y media de la Capillita, tuvieron un encuentro poco agradable.

La calle en ese punto tenía a lado y lado barrancos altísimos (no menos de seis metros) y encima de los barrancos algunos ranchos habitados por gentes humildes que a esa hora, una o dos de la mañana, estaban entregadas al sueño. Precisamente en ese lugar los trasnochadores vieron una viejecita de estatura reducida que vestía traje de negro y llevaba la cabeza cubierta con un pañolón negro, así como también parte de la cara, que a pasos menuditos se dirigía en apariencia hacia la Capilla.

Ni cortos ni perezosos los parrandistas, confundiendo a la anciana con alguna beata que madrugara a misa, se pusieron de acuerdo para hacerle pasar un mal rato haciéndole perder la misa y la comunión y obligándola regresar a casa. El más atrevido de ellos, Roberto Posada, acercándosele y tendiéndole una botella con aguardiente le dijo:

—Vea viejita: Deje esas pendejadas de madrugar a misa y acompañeme a un trago.

El eco de las palabras pronunciadas por Posada no se había desvanecido cuando, ante los ojos asombrados de todos, la viejecita fue aumentando de tamaño, fue creciendo hasta rebasar con su cabeza los altos barrancos laterales.

Con los cabellos erizados y acicateados por el terror los integrantes del grupo emprendieron veloz carrera cogiendo cada uno por donde se lo permitió el miedo que llevaba.

Fue dura la lección y el grupo la aprendió bien. Las farras continuaron y continuaron las serenatas, pero no ya hasta las horas de la madrugada, y los ocasionales trasnochadores no volvieron jamás a ser molestados.

—Chupen por pendejos — dicen que comentó José María Espinosa, quien esa noche no formaba parte del grupo, cuando se enteró del insuceso por boca de sus amigazos.

—Fue una “miada” general — contestó Juvenal Herrera.

Aprendiz de bruja

En 1258 tuvo lugar el primer proceso por brujería y medio siglo después, en Alemania especialmente, las detenciones de hechiceros y brujas se efectuaban en masa. Tanto abundaban. En un tratado sobre «El Diablo», se lee:

“Horrendo era el oficio que las brujas, y también hechiceros, asumían tras haber hecho pacto diabólico en un aquelarre. Solían ser las brujas mujeres del bajo pueblo que, alucinadas o reducidas a una vida de pobreza sin esperanzas, veían en el diablo la única salida a su miseria, a sus instintos pervertidos o alucinaciones”.

Bueno: Eso era para las brujas europeas de la Edad Media que efectuaban sus reuniones periódicas los días sábados, al filo de la media noche, presididas por el mismísimo diablo transfigurado en macho cabrío para celebrar el aquelarre.

Las brujas nuestras, las que llegaron al Quindío procedentes seguramente de Antioquia acompañando a los primeros colonizadores, más modestas y sencillas, no estaban sindicalizadas ni asistían a aquelarres presididos por el “señor de los Avernos”, sino que obraban y “trabajaban” independientemente, es decir, por cuenta propia, atormentándole la vida al hombre del cual se enamoraban con un “amor imposible”, o a la mujer que les hacía sentir el “tremendo torniquete” de los celos.

Toda conversación, en las visitas que acostumbraban hacerse entre sí las familias de los primeros pobladores y de quienes posteriormente llegaron a radicarse en Calarcá, recaía infaliblemente sobre el tema de las brujas.

Salían entonces a relucir los espeluznantes cuentos de gentes que con una saña inaudita eran perseguidos por las brujas, la forma como estas actuaban, sus entretenimientos favoritos y el sadismo que algunas llegaban a demostrar.

Una conversación de esta naturaleza se desarrollaba en casa de mis padres una noche, conversación en la cual tomaban parte mi padre, mi madre y una familia que para

salir del paso apellidaré Ortiz (padre, madre y tres núbiles doncellas entre los quince y los veinte años).

Con lujo de detalles mi padre relató la persecución de que había sido víctima por parte de una bruja cuando aún se encontraba soltero y de los trucos que se había valido para “quitársela de encima”; mi madre a su vez habló de lo mucho que había atormentado a su progenitora una de “esas mugres”. Por parte de los visitantes se relataron otros “casos” y de pronto una de las jovencitas visitantes preguntó:

—Y ¿cómo harán las brujas para volverse invisibles y volar?

Mi madre, socarronamente pero dándoles a sus palabras cierto aire de seriedad, le explicó:

—Dicen que es muy fácil. Que no se necesita más que subirse la persona desnuda en alguna parte, decir en voz alta “no creo en Dios ni en María Santísima”, abrir los brazos y sale volando.

Unos golpes fuertes en el portón a la mañana siguiente y la voz de Hernando, el único varón de la familia Ortiz, dando el recado:

—Que si le manda a mi mamá unas ramitas de apio que fue que Alicia se cayó anoche de la cama y se descompuso una pierna...

Alicia, mucho, mucho tiempo después, confesó que siguiendo las indicaciones que le diera mamá, para volverse bruja, se había “empelotado”, se había subido a la cama y abriendo los brazos había dicho “no creo en Dios ni en María Santísima”...

Don Federico González, hábil en el tratamiento de luxaciones, “pues a mí si me traen una persona del todo desbaratada vuelvo a armarla”, trató a Alicia y le compuso la rodilla.

En calzoncillos

Que hay duendes, los hay. O al menos los había en Calarcá por allá en la década del diez al veinte, y bastante inquietos por cierto. Uno de ellos...

El hecho se comentaba una y otra vez en las visitas de “chocolate y pandequeso caliente” que las matronas solían hacerse. Un duende se había dado a la tarea de “atormentar” a doña...

“Doña...” vivía en una casa de balcón con barranco al fondo situada frente al sitio en donde se construía el Hospital “La Misericordia”. Hoy se levanta allí un magnífico edificio de propiedad de la Beneficencia.

No se pasaba una semana sin que el “duende” visitara la casa de “doña...”, manteniéndose así vivo el tema entre las señoras en las visitas de “chocolate con pandequeso caliente”. Cruces se hacían las damas y tras el comentario sobre el “duende” se venían los relatos de brujas y aparecidos.

Porque en ese tiempo las brujas abundaban. Se aprovechaban de las deficiencias del alumbrado público para pasearse de noche por encima de los techos de las casas montadas en sus escobas...

—Cómo le parece, doña Ana Josefa —le decía a mi madre doña Rosita Mejía de Botero— que la bruja ha seguido molestando a doña Anita, la señora de don Segundo Henao.

—Me contó doña Matildita Álvarez, la señora de don Valentiniano Giraldo, que han seguido viendo en la casa de la plaza el espíritu de don Guillermo, su suegro. ¡Allá debió dejar el entierro!

—Y bien grande porque don Guillermo trajo de Antioquia muchísima plata cantante y sonante...

Si las señoras se hacían cruces cuando se hablaba del duende que perseguía a “doña...”, más se hicieron en sus visitas de “chocolate y pandequeso caliente” cuando...

Cuando se regó la noticia de que el “tal duende” había sido cogido por el esposo de “doña...” en el zarzo de la casa. ¡Qué escandalazo!

Rubén Elejalde se “perdió” del villorrio algún tiempo. Al aparecer de nuevo, charlando con don Benicio Herrera, le decía:

—Chúpate tranquilo tu tabaco, Benicio, y no me jodás. Lo que soy yo en mi puerca vida jamás volveré a hacer el papel de duende. En calzoncillos estaba cuando me agarraron en el zarzo de la casa de don...

¡Quién sabe si Elejalde cumpliría su promesa!

Ancianas y policías

El ingenio, la habilidad para disfrazarse, para fingir y suplantar una personalidad, nunca se ponía tan a prueba para mujeres y hombres como durante la época navideña, especialmente los nueve días consagrados a la Novena del Niño Dios y la “pelea” de los aguinaldos.

“Aplazado” un aguinaldo brotaban como por arte de encantamiento los espías y las “alcahuetas” encargadas de “hacer cuarto”, ya a la dama, ya al caballero trabados en tan simpática lid. “Soplarle” al contrario las argucias, astucias y disfraces inventados por el rival ocasional, era el “trabajo” de los espías.

Días felices estos de las “peleas” de aguinaldos para la chiquillería y días de constantes amenazas:

—Ve, so mugroso: si contás de que me voy a disfrazar, te acabo.

O de las advertencias:

—Si ves asomar a fulanito en la esquina, me avisas inmediatamente para que no me coja desprevenida.

Amenazas y recomendaciones eran hechas por las hermanas mayores o por los hermanos. La complicidad a veces era pagada con monedas de dos centavos infaliblemente invertidas en la compra de las excelentes “roscas” de pandequeso que elaboraba don Isaías Villalobos, o el tostadito, calientico y oloroso pandeyuca que vendían donde Fidel Castro. Para las “infidelidades” sobraban coscorriones y pellizcos en los brazos.

Era en las horas de la noche cuando la actividad hogareña alcanzaba proporciones mayores y más personajes raros se veían desfilar por las calles casi a oscuras. Cada media cuadra había un bombillo de veinticinco bujías para el alumbrado público cuya luz no alcanzaba a iluminar más de tres metros a la redonda. El resto de la calle permanecía a oscuras, lo que era excelente para pasar desapercibido o para no ser reconocido, así estuvieran clavados en la calle cien ojos avizores y las ventanas y los bordes de los barrancos convertidos en atalayas.

Si en tiempo frío a los chiquillos se nos obligaba a rezar el Bendito y meternos debajo de las cobijas a las siete de la noche, en el “caliente” tiempo navideño, el permiso para permanecer levantados y aún salir a la calle o pasar a las casas vecinas a “ver el Pesebre” y rezar la Novena, era prolongado hasta las nueve, máximo hasta las diez.

En la adopción de un disfraz intervenían no sólo la interesada o el interesado, sino toda la familia y a veces algunas de las vecinas de más confianza, siendo intercambiadas prendas de vestir de una inaudita heterogeneidad cuyo uso modificaba la personalidad en grado tal que resultaba imposible reconocer a cuatro pasos de distancia a una persona, así esa persona fuera el hermano o la hermana mayor.

Pasando de una casa a otra, de una cuadra a otra con el fin de visitar el Pesebre, era frecuente encontrarse con el agente de policía encargado de efectuar la vigilancia nocturna paseándose de una esquina a la otra, el kepis echado sobre los ojos y el “bolillo” bien empuñado en la mano derecha, mirando a todas partes, escrutando todos los rincones, examinando todas las puertas y haciendo sonar a intervalos el “pito”.

¿Agente de policía? No: Piedad González, Rafaela Ortega o Line Mejía esperando la aparición de algún “cachaco” o algunos “cachacos” con los cuales tenían aplazados aguinaldos para darles la “palmada en la espalda” o lanzarles el sorpresivo grito de... ¡mis aguinaldos!

Ocurría con alguna frecuencia el que una dama se acercaba al policía y a boca de jarro le espetaba:

—Bruta, lo dejaste pasar.

—¿A quién?

—Pues a Aldemar.

—Por aquí no ha pasado.

—¿Que no? Y esa viejecita que pasó ahora envuelta en su pañolón fumando su tabaquito, ¿quién era pues? El mismísimo Aldemar Palacio.

O bien:

—Cuidado hija que Roberto Cano anda por ahí vestido de arriero. Lleva un sombrero de “caña”, un carriel viejo, una mulera grande y va calzado con alpargatas. Cuidado hija te dejás sorprender.

—Si no me avisas, me agarra. Yo creí que el curita que salió ahora de la capilla era él.

—Qué va, hija: Esa era Piedad González “postiendo” a Julio Henao. Yo creo que esta noche sí le gana el aguinaldo.

—Pues yo no creo porque hace un rato fui hasta la plaza y alcancé a ver a Julio convertido en una señorita muy elegante con la bata nueva de Teresa Giraldo, la de don Valentiniano.

Palabra más, palabra menos, estos eran los diálogos que se desarrollaban todas las noches en la calle, del 16 al 24 de diciembre, al filo de la media noche.

¿Que esto no es verdad? De la autenticidad de los disfraces y los nombres propios que he consignado tiene que ser garantía mi palabra. En casa de mis padres fueron preparados muchos de esos disfraces.

¿No es verdad que por ciertos aspectos “todo tiempo pasado fue mejor?”

En mi barrio el aguinaldo más comentado fue el que le ganara Julio Henao a Piedad González un veinticuatro de diciembre a las nueve de la noche. Piedad fue a confesarse para comulgar el veinticinco y cuando terminaba de rezar el “Yo Pecador” el sacerdote que se disponía a confesarla le “gritó los aguinaldos”. Era Julio Henao.

Locos y bobos

El bobo del pueblo fue, en otros tiempos, más que un personaje típico, un desequilibrado o un retardado mental, toda una institución. Institución respetable y respetada, como respetable y respetada ha sido, entre las gentes de bien, la tradición.

Lo tradicional no es más que parte del pasado injertándose en el presente, el alma de una generación buscando supervivencia dentro de las generaciones que le siguen.

A algunos de los bobos de mi pueblo los conocí en la infancia. Los bobos "locales" tenían una bien definida personalidad y dejaron, cual más, cual menos, historia. ¿Por qué un bobo no había de dejar historia en una aldea cuyos habitantes, gentes sanas y honestas, iniciaban las labores diarias a las seis de la mañana y a las siete de la noche ya estaban encerradas rezando en coro el Rosario?

Los bobos de algún "cartel", de algún prestigio, fueron en mi pueblo cuatro: dos hombres y dos mujeres. Legítima paridad. Hoy en día la cantidad se ha duplicado y hasta triplicado. De los cuatro no recuerdo con alguna nitidez sino a tres. ¿Los nombres? ¿Pero es que un bobo, para ser bobo y dejar historia necesita un nombre? Con el apodo, alias o remoquete con que se les distingue, es más que suficiente. "Banderilla", Jacintico, Hermelinda y "Tomijo". Estas cuatro palabras, a las actuales generaciones, nada les dicen. Para las gentes de mi generación tienen el poder de evocación suficiente para retrotraerlas a otras épocas que seguramente fueron más felices por la sencillez de las costumbres y la sana moral que en el ambiente se respiraba.

La tan manoseada frase de que "todo tiempo pasado fue mejor", adquiere en este caso solidez de axioma.

Estos cuatro retardados mentales (no fueron locos propiamente hablando) del Calarcá de 1920, fueron seres pacíficos, almas tranquilas que sólo reaccionaban tornándose peligrosos cuando la chiquillería, en las calles, les arrojaba cáscaras o piedras o les gritaba el apodo.

Armados de piedras, pronunciando palabras de grueso calibre (el más lindo vocabulario de arriero lo poseía “Banderilla”), hacían desbandar la chiquillería que corría a esconderse en los zaguanes de las casas o se colaba por huecos o “portillos” existentes en las cercas de guadua que separaban los solares de la vía pública.

La más iracunda, la más brava, la más violenta y de repertorio más sucio fue, sin lugar a dudas, “Banderilla”. Y la más peligrosa también. Fueron muchos los rapazuelos que llegaron a sus casas descalabrados con las piedras lanzadas por “Banderilla”.

“Banderilla” murió en un acceso de furor, víctima de sus fuertes reacciones y de la civilización. En plena plaza principal, costado norte, fue triturada por un camión, cuando perseguía algunos gamines que le gritaban su apodo. El periódico local “El Faro”, registró su muerte adobando la crónica con esta pésima estrofa:

*Y murieron Aníbal y Nerón y Petronio
y el que cantó la flor de batatilla;
Napoleón y Bolívar se murieron:
No es extraño que muera “Banderilla”.*

“Tomijo”, a pesar de su desequilibrio mental era un hombre trabajador. Su ocupación consistía en “empradizar” los potreros aledaños al pueblo en donde las gentes de algunas posibilidades económicas mantenían las vacas para proveerse de la leche indispensable en sus hogares. “Tomijo” cobraba poco por su trabajo pero el patrón estaba obligado a suministrarle los alimentos durante el tiempo que el trabajo durara. El que el trabajo le rindiera poco demuestra que no era tan bobo como lo creían.

Y como “verdadero bobo” comía “Tomijo”. En muchas ocasiones fue el encargado de quitarle las malezas al potrero que mi padre poseía cerca al cementerio local. Sentado en un banco de madera, en la cocina de la casa de mis padres, lo vi engullir alimentos en cantidades pantagruélicas. Mi padre sostenía que “Tomijo” era caro por la comida y mi madre afirmaba: “Tomijo se cansa de comer pero no se llena nunca”.

“Tomijo” sólo gastaba parte de sus salarios en tabacos. Lo demás lo guardaba. Así formó un pequeño “capitalito” en dinero efectivo. Debieron ser sólo unos pocos pesos. Una mujerzuela de baja estofa, para robarlo, aceptó contraer con él matrimonio. Yo presencié la ceremonia. No hubo luna de miel porque la mujerzuela se le madrugó con los ahorros, y esto al día siguiente de la boda.

Refiriéndose a su mujer, “Tomijo” solía decir:

—Eh “micochocha hombre”, esa mugre me resultó muy aperrada.

El más manso de estos cuatro retardados mentales fue Jacintico. “Jacintico Henaíto de Monterredondito” como él, con acento lastimero se autodenominaba. Estaba emparentado nada menos que con el fundador de la población, don Segundo Henao. Jacintico fue a terminar, calmadamente, su vida en un asilo de ancianos en la ciudad de Manizales.

Hermelinda desapareció de la ciudad. Ignoro cuál fue, en definitiva, el pedazo de tierra que pudrió los huesos de “Tomijo”.

“Banderilla”, “Tomijo”, Jacintico y Hermelinda. Estos cuatro nombres tienen la virtud de un talismán para llevar, de la mano del recuerdo, a las gentes de mi generación hacia el pasado, a pesar de ser los cuatro los nombres y los alias de cuatro retardados mentales.

No más riñas de gallos

La inmensa plaza lugareña (inmensa si se le comparaba con el tamaño del villorrio) sólo a trechos exhibía la tierra dura y limpia de malezas. A trechos nada más porque en su mayor parte estaba cubierta por gramas, escobadura y otras plantas rastreras que nadie se preocupaba por arrancar. Nadie, ni siquiera las autoridades. Estas menos que los vecinos.

En la plaza los días lunes de cada semana se efectuaban riñas de gallos en las cuales tomaban parte “galleros” llegados de Armenia, de Salento, de Circasia y de las zonas rurales portando debajo de la ruana bellos ejemplares y en los guarnieles apretados rollos de billetes para las apuestas que se presentaran, dando o recibiendo “gabela” según fuera el caso, el tino y la pericia con que fuera “casada” la riña.

Los interesados en “casar” una riña y los curiosos procedían a retirar los desperdicios que invadían el terreno, en un buen trecho, el suficiente para que los animales pudieran “revolar a sus anchas”. El mercado semanal se efectuaba los domingos y en la plaza los lunes amanecían las cabezas de las reses sacrificadas y dadas al consumo (nadie las apetecía, compraba o utilizaba), las “patas” y buena parte de las vísceras, exquisito festín para los gallinazos que madrugaban a darse sus atracones trepándose luego a los techos de las casas para recibir las caricias del sol.

Los vecinos acomodados, aquellos que eran poseedores de un buen caballo de carga o de silla, de una vaca o un cerdo, de una mula o simplemente de un burro (el de don Alipio fue famoso), lograban la oportunidad de sacarlos a la plaza los lunes por la mañana para que dieran buena cuenta de los cerros de yucas, de arracachas, de plátanos verdes y maduros, de repollos y otras legumbres que por no haber sido vendidas en el mercado, los campesinos dejaban abandonadas. ¿Para qué regresar con esos víveres a su parcela en donde los tenían en abundancia?

Desembarazado el terreno, la riña se concertaba y los espectadores y los interesados hacían círculo en torno de los gallos trabados en singular combate (don Quijote y el Caballero de la Blanca Luna). Gritos, apuestas que se cruzan, gabelas que se piden y gabelas que se dan, manos alzadas empuñando fajos de billetes o botellas con licor y, al final, un gallo que huye herido o cae muerto y otro que lanza un sonoro canto de triunfo.

¿Legales, honestas, honradas estas riñas de gallos? En concepto de mi padre, hombre serio y veraz, no lo fueron nunca.

Mi padre (fue su única debilidad confesada) era aficionado a las riñas de gallos. En su poder y de su propiedad tuvo excelentes ejemplares, campeones en diversos encuentros, afición que cesó repentinamente cuando, al terminar una riña en la que su gallo llevaba todas las de ganar, cayó “al ruedo” muerto. Examinado se comprobó que al gallo contendor le habían sido envenenadas las espuelas para sus propietarios llegar a la riña “sobre seguro”.

Tomando el cadáver del animal tan cobardemente sacrificado, mi padre se dirigió a la casa, cavó un hoyo en el solar sembrado de caña dulce y frutales en toda su extensión que no era poca, y lo enterró, jurando que jamás en su vida volvería a cuidar o poseer un gallo de pelea o a presenciar una riña de tal naturaleza, juramento que cumplió al pie de la letra.

Era otra época y eran otros los hombres.

El travieso Morfeo

No era, no, Zoilita Ospina de Correa, esposa de don Rafael Correa, una mujer que durante los últimos años de su vida hubiera vivido al margen de la moda femenina. La razón para vestir dentro del hogar y cuando salía a la calle unos trajes llenos de alforzas, arandelas, perifollos y lazos de cintas de extravagantes colores, no era otra cosa que su falta de razón, el desequilibrio mental que sufría y la ciega obediencia a las órdenes que le impartía “Morfeo”.

En su juventud Zoilita se quemó las pestañas aferrada a los textos de estudio y a las sanas lecturas adquiriendo una cultura aceptable para una mujer de su posición en una sociedad poco amiga de que las mujeres se entregaran a labores distintas a los quehaceres hogareños. La solidez de sus conocimientos le permitió a Zoilita desempeñar con eficiencia el cargo de maestra. Fue una de las primeras maestras de Calarcá.

Pero un día... Claro: un día pueden ocurrir muchas cosas trágicas, cómicas y ridículas. Y un día Zoilita tomó entre sus manos un libro de espiritismo y se sentó a leerlo como ella sabía leer los libros, con ánimo de desentrañar todas y cada una de sus enseñanzas. Leyó el libro de espiritismo Zoilita y no obstante contener doctrinas contrarias a su acendrado sentimiento cristiano y católico, le agradó.

Siguieron, a esta primera excursión efectuada por Zoilita por los campos de ultratumba, muchas otras, con el agravante de querer establecer relaciones con algún espíritu desencarnado para hacerse a informaciones de “primera mano” sobre los planos astrales y la “vida” que en dichos planos se ven obligados a llevar los seres humanos una vez cruzado el umbral de la muerte.

Presumiblemente no tuvo Zoilita un mentor o guía en sus nuevas actividades que la pusiera al tanto de los peligros que corría en aventuras de tal naturaleza, no puso atención a las advertencias de los tratadistas como Sir

Williams Crokes o Allan Kardec y cayó en poder de un espíritu travieso y juguetón que se dedicó a darle extravagantes órdenes que ella cumplía al pie de la letra.

Por orden de Morfeo (¿le dijo el espíritu que así se llamaba o fue que ella así lo bautizó?) Zoilita se confeccionaba esos trajes estafalarios con que se la veía asomada al balcón de su casa situada en la esquina de la calle 38 con carrera 25, o ponía sobre su cabeza cintas, flores o cofias de absurda hechura, o bien cerraba y trancaba por dentro el portón de la casa dejando afuera a su esposo sin que valieran ruegos ni súplicas para que le abriera. Para permitirle Zoilita a don Rafael, su esposo, que entrara, la orden tenía que serle dada por... ¡Morfeo!

Para dialogar con su "amadísimo" Morfeo, no tenía Zoilita ni hora ni lugar determinado. Al pasar por la acera de su casa podía oírsele enfrascada en discusiones con el invisible espíritu, así fueran las siete de la mañana o las diez de la noche. Se escuchaba, claro está, sólo la voz de Zoilita porque seguramente su interlocutor le hablaba al oído. ¡Pobre don Rafael! Al día siguiente de un diálogo de estos, o el mismo día, en su casa no habría comida por haberlo ordenado así Morfeo, o el desayuno, si lo había, no era otra cosa que una taza repleta de... ¡cenizas!

Calificar de demente, de desequilibrada a Zoilita resultaba absurdo después de sostener con ella una conversación, así fuera breve. Lo consigno así porque con ella dialogué muchas veces. Zoilita razonaba con una pasmosa facilidad y hacía gala de una excelente memoria. Pero Morfeo la desequilibraba.

Pocos años antes de morir, Zoilita se entregó de lleno a la tarea de construir una capilla más para la ciudad, capilla consagrada a una de las advocaciones de la Madre de Dios. Muerta Zoilita los trabajos se paralizaron y paralizados están.

Zoilita y su esposo Rafael Correa legaron a la Beneficencia local parte de sus bienes, entre ellos la magnífica finca cafetera conocida con el nombre de "La Romelia".

En alguna ocasión Eduardo Isaza y Arango, el autor de *Calarcá en la mano*, quien tenía su oficina de "abogacía"

frente a la casa ocupada por Zoilita y don Rafael, le preguntó a este si su esposa había sido siempre loca.

—El loco fui yo al casarme con ella —le respondió don Rafael con tono amargado.

Autocrucificada

Tres cementerios ha tenido Calarcá. El primero de ellos estaba situado en el sitio denominado “Palonegro”, hoy carreras 24 y 25 con calles 32 y 33 donde sólo unos pocos cadáveres fueron sepultados. El segundo en “Las Partidas”, mano derecha yendo hacia el sur entre las que hoy son carreras 25 a 27 con calles 30 a 31. Y el tercero, el que actualmente está en uso, a la margen izquierda de la carretera que conduce al Valle.

En el costado norte de este último cementerio, cercado en parte con penca de “pirámide” y en parte, por el lado de la vía pública, con tapias de tierra apisonada, para enterrar los cadáveres de los suicidas y de quienes hubieran vivido y muerto al margen de la región católica, apostólica y romana, se había dejado un solar de aproximadamente doce varas de frente por treinta de centro.

Pocos fueron los cadáveres sepultados en este “Cementerio Laico”, como se le denominaba, razón por la cual muy de tarde en tarde una mano caritativa se preocupaba por despojarlo de las malezas que lo invadían. En ese cementerio fue sepultado el fundador don Segundo Henao, por su anticlericalismo.

En pleno centro del terreno, quien por curiosidad o equivocación cruzaba la puerta de entrada, podía ver una bóveda construida con ladrillos, bien revocada y pintada de blanco, en cuya lápida podía leerse el nombre del ciudadano allí sepultado: “Benito González”. Tal cementerio ya desapareció.

Don Benito González, a quien tuve la suerte de conocer, fue designado para desempeñar el cargo de Juez Municipal de Calarcá el 15 de diciembre de 1890 (Alfonso Valencia Zapata, *Quindío histórico*), lo que da a entender que era un hombre de alguna ilustración y buenos conocimientos en cuestiones jurídicas. Lo que sí no tiene pie ni cabeza es que haya sido nombrado “Juez Municipal” cuando Calarcá sólo se convirtió en municipio en 1905.

La residencia de don Benito, cuando la conocí, estaba situada en la "Calle de las Palomas", a sólo una cuadra de la plaza principal, en la esquina nororiental de las que hoy son carrera 24 con calle 41.

Como todas las casas de habitación de ese entonces, la de don Benito tenía un amplio solar que se prolongaba, en declive, hasta la quebrada "La Saperá", sembrado de hortalizas, caña de azúcar y al fondo con matas de plátano, destacándose una muy fértil de banano que ha de ser, en este capítulo, el epicentro.

Y tiene que ser el epicentro porque al pie de esa mata de banano (con mis propios ojos vi sus pencas) don Benito solía encontrar a su esposa en actitud hierática y con los brazos en cruz por orden de malévolos espíritus que según ella la perseguían.

Como en el caso de doña Zoilita Ospina de Correa, en el de la esposa de don Benito González no se trataba propiamente de un desequilibrio mental permanente, sino de ciertas "manías persecutorias".

Todo en ella denotaba normalidad: trato agradable era el suyo y un juicio y hacendosidad extremados en el arreglo del hogar. Virtuosa como pocas, demostraba cierta elegancia y distinción en el vestir, haciendo en todo momento gala de poseer una aceptable cultura.

Y sin embargo en ciertos momentos abandonaba los quehaceres hogareños e iba, solar abajo, hasta la mata de banano en donde, recostada a una de las pencas y con los brazos en cruz, permanecía hasta que su esposo notaba la ausencia y bajaba por ella "descrucificándola".

Las órdenes de autocrucificarse, según la propia confesión de la buena señora, las recibía de seres de ultratumba, invisibles y despóticos.

Por boca de mi madre, cordial amiga de la esposa de don Benito, tuve conocimiento de estos hechos.

Y ya que hablo de don Benito González quiero consignar un hecho que en cierta forma hace muy parecidos los proceder de su esposa y de doña Zoilita Ospina de Correa. La hija de don Benito, doña María González, casó con el ciudadano sirio-libanés, don Felipe Iza. La fortuna les

sonrió y amasaron un bello capital, pero no tuvieron hijos. Al morir, casi todos sus bienes los legaron a la Beneficencia local.

Y luego dicen que el espiritismo es una carajada.

Espiritismo

Eso de encerrarse en una habitación, sentarse frente a una mesa, extender en ella una hoja de papel, tomar en la mano un lápiz y disponerse a escribir las frases que van a ser dictadas por un espíritu desencarnado, por un ser de ultratumba, tiene sus bemoles.

Alguna vez, siguiendo los consejos de un amigo, intenté la experiencia y francamente no me quedó gustando. Me dio miedo. Sentí “terrorera”. La mano se me puso fría, más que fría, yerta. Los cabellos empezaron a erizarse y abandoné precipitadamente la habitación.

En cuestiones de espiritismo pueden presentarse fenómenos extraños, ya el médium sea parlante, ya sea mecánico. Y suelen obtenerse útiles comunicaciones siempre y cuando el oficiante esté animado de nobles y altruistas propósitos. De resto la evocación puede tornarse peligrosa.

Pastorita Jaramillo era un buen médium mecánico. No era que tuviera el espiritismo como credo ni como ocupación permanente. Evocaba los espíritus sólo cuando alguna persona iba en su busca a pedirle que lo hiciera para obtener una fórmula para curarse alguna dolencia o para curársela a algún pariente o amigo.

Por este medio Pastorita logró llevar a cabo muchas y asombrosas curaciones. De ellas me habló en repetidas ocasiones cuando iba yo a que me prestara libros de su muy escasa pero bien seleccionada biblioteca. Algunas obras de Annie Bessant y los doce grandes tomos sobre Teosofía y Yoguismo de que es autor Yogi Ramacharaka, me fueron facilitados por ella. Este fue el principio de mis estudios sobre religiones orientales, sobre espiritismo, ocultismo y otras arandelas por el estilo.

—Eso del espiritismo es cosa seria. No se puede tener como un juego o como un entretenimiento — me decía.

—¿Es peligroso?

—Puede serlo.

Y para corroborar su afirmación me relató el susto que le hizo pasar un espíritu enojado.

—“Alguien, ya no recuerdo quién, vino a que yo le diera una fórmula para un niño que se encontraba gravemente enfermo. Accedí a la súplica y encerrándome en mi aposento preparé papel y lápiz y evoqué el espíritu del doctor (me dio el nombre pero no lo retuve porque era el nombre de un médico alemán). Esperé diez, quince, veinte minutos a que el espíritu se presentara, pero nada. No llegaba.

“Seguí esperando diez minutos más con resultado negativo, lo que me llenó de impaciencia y arrojando sobre la mesa el lápiz se me antojó decir que eso del espiritismo no pasaba de ser una pendejada, una ‘vagabundería’. No bien me puse en pie, todo el cuarto comenzó a estremecerse violentamente y fuertes golpes resonaron sobre la mesa. Parecía como si dentro de la habitación todos los demonios se hubieran trabado en infernal trifulca.

“Comprendiendo que por mi actitud el espíritu se había enojado, sacando arrestos de donde no los tenía volví a sentarme frente a la mesa, empuñé el lápiz y empecé a escribir. Todo regresó a su primitiva calma y obtuve la receta, pero antes de ella, el espíritu me hizo escribir una fuerte reprimenda por mi incredulidad pasajera.

“Para disculparse de no haber atendido de inmediato mi llamado, el espíritu me informó que cuando lo evoqué se encontraba ocupado atendiendo otra llamada que se le había hecho desde un centro espiritista europeo.

“Eso de ‘toriar’ los espíritus, ahijado (Pastorita fue mi madrina de bautismo), es cosa seria. Mejor que provocar su enojo, es toriar una rabo de ají”.

Era el diablo

Tanto los primeros colonos que se establecieron y plantaron sus mejoras en la región del Quindío como los fundadores y primeros moradores de la hoy ciudad de Calarcá, fueron católicos militantes y convencidos, de esos que cumplían el precepto de “oír misa todos los domingos y fiestas de guardar” y al acostarse rezaban el Rosario en alta voz con toda la familia haciéndoles coro.

(Como “católico militante”, entre los fundadores, hay que excluir a don Segundo Henao. Buen cristiano, fue durante toda su vida un furibundo anticlerical, lo que le valió el que su cadáver fuera a parar al “cementerio Laico”).

Para cumplir el requisito de oír misa todos los domingos y fiestas de guardar, los primeros pobladores procedieron a la erección de una capilla en el ángulo formado por la carrera 23 con calle 39, costado occidental.

A cuadra y media de distancia de la capilla estaba la casa de mis padres. La cuadra en línea recta; la media, al doblar la esquina. De la mano mi madre me llevaba (cuando podía ir) a la Capillita para no dejar “al niño” en la casa. Qué estrecha y humilde era la capillita.

En esa pequeña “casa de Dios” ocurrió el suceso, o in-suceso de que trato en esta que pudiera ser una anécdota pero que en el fondo es una historia real. Cierta noche mi hermano mayor, Gilberto (fue vilmente asesinado en 1938 cerca a la población de La Tebaida), un mocetón de veinte años que ya usaba pantalón largo, regresaba a casa a eso de las diez teniendo necesariamente que pasar por frente a la Capilla.

La oscuridad era completa y mi hermano caminaba aprisa empujado por el miedo. Las historias de duendes, de trasgos, de brujas, de íncubos y súcubos que se contaban en las tertulias hogareñas mantenían en alta tensión los nervios de los jóvenes, de los niños y hasta de los viejos.

No marchaba mi hermano por la acera de la capilla, sino por la del lado opuesto de la calle, cuando de pronto sintió

que el cabello se le erizaba y un sudor frío le corría por todo el cuerpo al ver que de la Capilla y con dirección a la calle salía un enorme perro negro arrojando fuego por los ojos y por la boca.

Ver semejante aparición y emprender una desaforada carrera fue todo uno para mi hermano. Logró llegar hasta la casa y penetrando por el zaguán fue a caer privado en el corredor interior. El ruido que produjo su cuerpo al caer sobre el piso de tablas despertó a mis padres, los cuales, asomándose para ver qué había ocurrido, se toparon con el caído, el cual sólo al día siguiente recobró el conocimiento y pudo relatar lo que le había ocurrido.

—Claro —decía mi madre reprendiéndolo—: El Diablo tenía que aparecérselo por estarse hasta tan tarde en la calle haciendo nada.

—Pero mamá, si salió de la Capilla. ¡Ese maldito perro, o el Diablo, o lo que fuera, salió de la Capilla! —dijo Gilberto.

El Diablo, desde entonces, tuvo para mí una existencia real.

Lo bien habido

Cuándo, dónde y por qué surgió la leyenda de que en el gran diente saliente y rocoso de “Peñas Blancas” el Cacique Calarcá había dejado oculto su tesoro, es cosa que nadie, absolutamente nadie, ha logrado establecer.

Entre los primeros colonos la leyenda ya circulaba, pero ninguno de ellos se animaba a emprender la exploración de las cavernas que se dice existen en el interior de la roca.

A Pedro Juan Jaramillo, el de “a centavo la yarda”, se le ocurrió que la leyenda podía ser explotada comercialmente y puso manos a la obra fundando una Compañía para “explorar las cavernas de Peñas Blancas y extraer el Tesoro del Cacique”.

Hábil timador, experto embaucador, Pedro Juan logró “colocar” un gran número de acciones a razón de cien pesos cada una, trasladándose a Bogotá con el dinero recaudado a darse una vida de gran señor, dejando a “Peñas Blancas” con su virginidad milenaria intacta.

“Lo bien habido se lo lleva el diablo y lo mal habido con persona y todo”, solía decir Sancho Panza. Pedro Juan, a pesar del mucho dinero que “ganó” con sus negociados de mala fe, murió en la indigencia y alcoholizado a tal extremo, que no se ruborizaba al mendigar un trago de aguardiente.

Comentando la hábil estafa de que hiciera víctima a varios ciudadanos, ingenuos hasta la tontería, el Tuso Jaramillo, mi padrino de bautismo, solía decir:

— Ese Pedro Juan es tan pícaro, tan industrioso y tan de buenas, que si resuelve organizar una tenería para curtir cueros de zancudo encuentra socios capitalistas para la empresa.

Y lo decía con razón.

Lo que quería

Ahora, pongámosle treinta y cinco años, las gentes calarqueñas “sabían” que don Marcelino Moreno, al morir, había dejado “un entierro grande, muy grande, con muchas libras esterlinas y monedas de plata”.

Las gentes “presumían” que el guardado lo había dejado don Marcelino “en algún lugar” de su hacienda “Balcones”: café, pastos y parte en monte, situada un poco más abajo del cementerio. El deseo de sacarse ese entierro se convirtió para muchos en obsesión.

Si “sabían” los calarqueños que don Marcelino había dejado entierro, ello se debía a que eran muchas las personas que aseguraban, después de muerto, haberlo visto “tal como era en vida”, sentado en la orilla de la carretera que conduce a “La Bella”, en la entrada de la hacienda.

Baudilio Montoya, el gran poeta que fue Baudilio Montoya, alguna vez me aseguró haber visto a don Marcelino, al espíritu de don Marcelino materializado.

—Íbamos mi hermano Eugenio y yo —palabras de Baudilio— tarde de la noche para “La Bella” y a pie, y al pasar por frente a “Balcones” vimos a don Marcelino parado en la entrada. Hice de tripas corazón, me le acerqué y le pregunté de parte de Dios Todopoderoso qué quería.

Tuve la ingenuidad de preguntarle a Baudilio qué le había contestado el espíritu y...

—¿Qué me iba a contestar? Se limitó a pedirme que le recitara mi «Poema Negro» porque estaba que se “moría” de ganas de escucharlo y en los profundos infiernos donde se encontraba nadie lo conocía —fue la respuesta de Baudilio.

—A mí me mantienen jodida, señor Inspector —me dijo cierta vez doña María Antonia Cortés viuda de Moreno, esposa que fue de don Marcelino— porque cada nada a “Balcones” me lo voltean al revés buscando ese puerco entierro que dicen dejó Marcelino.

Y todavía dizque el viejo asusta...

No supo...

Hace cincuenta años, diez lustros, los mismos que lleva Jesús Aristizábal Fernández acariciando la esperanza de ser nombrado Alcalde, el cementerio local estaba separado del camino de herradura que conducía a los parajes de Bohemia, Aguacatal y La Bella, hoy flamante carretera, por una cerca de tapias.

Muy cerca de las doce de la noche, y de esto no hace sino treinta y cinco años, un grupo de aficionados a las evocaciones espíritas, encabezados por Roberto Zuluaga (padre), Benjamín Echeverri y Leonidas Palacio, llevando como médium parlante a Alfonso Vanegas, saltó esas tapias, penetró al recinto y se encaminó directamente a la tumba de Francisco Mario Patiño.

Iban los trasnochadores espiritistas a evocar, al filo de las doce, el espíritu de Patiño, a quien todos habían conocido y de quien habían sido amigos y compañeros de farra. Vanegas, encaramado en la tumba, entró en “trance”, rompiéndose el silencio nocturno con la voz, por todos conocida, de Patiño. Voz llena, clara, potente.

Para darle “carácter” a la escena debiera decir aquí que por encima de los oyentes pasó graznando una lechuza y que era penetrante el olor a flores marchitas en inicial descomposición, pero ni había flores ni la lechuza pasó y graznó. Pero sí ocurrió...

Ocurrió que a poco de estarse oyendo la voz de Patiño se hizo un silencio impresionante. El espíritu se había retirado, se había ausentado, ausencia que no alcanzó a durar cinco minutos. La voz volvió a dejarse oír.

—Hermanos —dijo el espíritu de Patiño—, estáis rodeados de espíritus perversos. Les pedí que se alejaran pero no quisieron hacerlo. Nada puedo hacer y todos corréis un serio peligro. Procurad salvaros.

—Yo no sé —contaba después Leonidas Palacio— por dónde salté la tapia ni para dónde cogieron mis compañeros. Lo que sí sé es que llegué a mi casa en “La Floresta” más miado y más cagado que camisión de loca.

Y no era para menos...

Cruce de caminos



Acostándonos temprano

En Abejorral nació mi padre, Vicente Jaramillo R.; y mi madre, Ana Josefa Ángel Mejía, en La Ceja, dos poblaciones de Antioquia la Grande, rezandera y campesina, goda, tradicionalista y austera.

Y los padres de mis progenitores fueron antioqueños puros, de todo el maíz, gajos de vetustos árboles genealógicos enraizados en tierras de España, orgullosos de su sangre así su bolsa permaneciera huérfana de pesos sonsoños.

¿Cuándo arribaron de España los Ángel y los Jaramillo? No lo sé. La primera vez que se cita el apellido Jaramillo en la Historia patria, cúmulo de errores y de mentiras, se hace referencia a un capitán de Arcabuceros, Pedro Jaramillo, defensor de San Bonifacio de Ibagué del Valle de las Lanzas al ser atacada por los Pijaos en 1602.

De los Ángel no poseo dato alguno con ancestro y con leyenda. Ni falta que hace. No creo en primacías de sangre, noblezas y cosas por el estilo, inútiles a más de estorbosas.

Emigrando de Antioquia, mis abuelos paternos y maternos vinieron a parar al municipio de Pereira. Una larga estadía allí y un salto a la recién fundada Calarcá. Llegaron atraídos por la fama de feraces que estas tierras quindianas tenían ya.

Las dos familias aquí se conocieron, se amistaron, se trataron acabando por mezclarse al unirse en matrimonio mis progenitores. Numerosas las dos familias. Mi abuelo materno, viudo y vuelto a casar, hubo de procrear, entre hijos e hijas, la bobadita de veinticuatro. No se acostaba el hombre a perder el tiempo...

A mi padre le tocó ayudar a la mensura de los solares que la Junta Pobladora iba entregando a quienes llegaban a radicarse aquí con el compromiso, siempre cumplido, de edificar; y no fue ajeno al incidente que le diera pie a “Tigrero” para fundar a Armenia.

Para quien intente escribir una historia general de la colonización del Quindío, será “imperativo categórico” el incluir un capítulo cuyo título podría ser «Del Otún al Quindío vía Salento» por haber sido esta la ruta seguida por los colonizadores antioqueños.

Pero no todos los colonizadores llegaron de Antioquia. Un crecido número llegó, vía Ibagué, de otras latitudes: Tolima, Cundinamarca, Boyacá, los Santanderes, conformándose así dos grupos étnicos bien definidos: el integrado por los “maiceros” y el integrado por los “rolos”.

En la actualidad el Quindío es territorio densamente poblado; los grupos étnicos se entrelazaron, se mezclaron, cumpliéndose una a manera de predicción que hiciera don Román María Valencia en diálogo sostenido con mi progenitor.

—¿Usted sí cree, don Román, que llegue el día en que se vea el Quindío en su totalidad poblado?

—Claro que llegará, don Vicente. Acostándonos temprano, antes de veinte años lo tendremos poblado porque si para algo somos buenos los paisas, es para reventar horqueta y fabricar muchachos.

—Los “rolos” tampoco lo hacen mal —agregó mi padre.

Oler a chivo

Antes de la “invasión rola”, productiva y no destructiva como la invasión de las hormigas “tambochas” de *La Vorágine*, ya habían llegado a tierras calarqueñas, “graneados”, no más de media docena de rolos.

Y parte de esa media docena se había “aposentado”, los Guevara, Julio, Ricardo y Juan de Dios entre ellos, en donde más tarde sería el asiento de la población aún no fundada. Eran colonos, como lo eran los antioqueños, dispuestos a enfrentarse a la selva.

[...] ¹³ queños. Eran amigos. Pero surgió la idea de fundar la población. A buscar el terreno apropiado para ese menester, se dieron los colonos. Fueron visitados, explorados varios. La cosa iba en serio.

Y bien en serio. Pero surgió una disparidad de criterios. Unos querían que el asiento de la población fuera el que al fin se eligió; otros que fuera en el paraje hoy conocido como “La Bella” o terrenos intermedios.

Surgió un problema. ¿Y el agua para la población? ¿De dónde tomarla, en “La Bella”, para el acueducto que necesariamente tendría que ser construido? No había de dónde. ¡En cambio resultaba “mogollo” llevar hasta el poblado, de hacerse la fundación en donde al fin se hizo, agua de las quebradas “La Pradera”, “Naranjal” “El Salado” y hasta del mismo río “Santodomingo”!

Dicen que don Segundo Henao le preguntó a Juan de Jesús Herrera, un “co-fundador”, el por qué quería que la población se fundara por los lados de “La Bella”, y no en donde hoy está, a lo cual Herrera le contestó:

—Porque quedaríamos, don Segundo, muy cerquita de los “rolos” y todos acabaríamos oliendo a chivo como huelen ellos, y los hombres debemos oler a puro “verraco”.

¡Esa frase, se aseguró, inició el distanciamiento que más tarde surgió entre los dos grupos étnicos, distanciamiento que habría de durar cerca de cuarenta años!

¹³ En el original falta una línea que no se pudo reconstruir. El autor se refiere a la relación entre “rolos” y antioqueños.

El único pecado

Si por estas calendas los caminos vecinales calarqueños resultan a veces intransitables, imagínese cómo podían ser hace catorce lustros. Senderos estrechos, trochas abiertas por entre la maraña de la selva virgen. Recorrerlos era hazaña para hombres de pelo en pecho.

En el paraje de “Santodomingo”, en la primera estribación de la cordillera, tenía sus mejoras Vicente Moná, un rolo cuarentón, ignorante y rezandero, devoto de la Virgen de Chiquinquirá.

Una mañana cualquiera Moná llegó al villorrio en busca del cura.

—Mi Padrecito —le dijo—, le treigo un caballo pa que su mercé vaya a confesar a mi mujer que ta grave y no quero que se muera sin “confisión”.

Al Padre Ismael Valencia, nacido en Neira en el hogar formado por Indalecio y Simona Marín el 12 de marzo de 1856, es verdad que le gustaba empinar el codo, correrse sus vidrios, como decía don Pío Agustín López, “jartar” aguardiente como decía don Segundo Henao, pero no retrocedía ante ningún sacrificio cuando de cumplir con su deber se trataba.

—Vamos, hijo mío —le dijo a Moná—. Cómprate una botella de lo que sabemos y nos vamos a confesar a tu mujer para que muera en gracia de Dios.

Al llegar a la parcela de Moná y preguntar por la enferma, ésta se encontraba en la cocina ocupada en sus quehaceres domésticos. Su vientre denunciaba un embarazo cercano a los nueve meses.

—Es injusto hacerme venir por aquí, por estas trochas, a confesar a una mujer llena de vida y rebosante de salud —le dijo el sacerdote a Moná.

—¿Y si se muere al tener el güipa? —fue la respuesta del campesino.

Por la noche, comentando el viaje en el Estanco con don Pío Agustín López y don Catarino Cardona, que estaba

recién llegado al villorrio, entre trago y trago de aguardiente, el Padre Valencia exclamó:

—El único pecado que se le puede imputar a Dios es el haber hecho a estos hijueperras rolos.

Fusilamiento en masa

En la plaza se celebraba la feria de ganados cada mes. A ella acudían negociantes de las poblaciones vecinas y aun de las de Pereira, Cartago, Manizales e Ibagué, San Miguel de Perdomo y Anaimé.

Unos venían a comprar semovientes, otros a vender. O ambas cosas. Pero no faltaba quien con otra clase de mercancías, esperando salir de ellas por venta o por cambio.

A una de esas ferias sacó Cornelio Arias el “único animal de pelo que tenía no contando a mi mujer”, una yegua bastante vieja y falta de carnes, con ánimo de venderla si le resultaba comprador, o cambiarla por cualquier cosa.

Y a la misma feria acertó a venir de Cartago un negociante con un variado surtido de santos de yeso que puso en exhibición sobre una lona en un costado de la plaza. Las horas pasaron, llegó la tarde, la feria terminó sin que Arias lograra vender la yegua o cambiarla, ni el vendedor de santos expender su surtido, lo que a los dos los tenía descorazonados.

—Oiga paisa —le dijo el “santero—, le propongo un cambio. Le doy todos estos santos por la yegua ¿quiere?

La negociación se efectuó “mano a mano”. El propietario de los santos, llevando del cabestro la yegua que fuera de Arias, se alejó con ella, dejando a este encartado con la variada colección de imágenes.

—Metí las cuatro —se dijo Arias contemplando su abigarrada colección—. Ahora ¿qué diablos voy a hacer con esta parranda de muñecos? ¿Cómo hago para salir de ellos?

Abandonando la mercancía, Arias fue hasta su casa de habitación regresando a poco, no con costales o cajones para llevársela, sino con una escopeta.

Tranquila, parsimoniosamente, agrupó las imágenes, se retiró a prudente distancia y disparó sobre ellas, “volando yeso a los infiernos”, según el decir de un pariente suyo, Arturo Arias, testigo presencial de los hechos.

Ocurrió el masivo fusilamiento a las cinco de la tarde de un soledoso día de agosto de mil novecientos tres.

Tumbando rolos

¡Fusa!

En la actualidad ese sector de la ciudad se conoce simplemente con las cifras de la nomenclatura: Calle 37 entre carreras 19 a 23, y en él existen tres obras importantes, producto de la cultura: El Instituto Calarcá, plantel de segunda enseñanza para señoritas; el Colegio “San José”, regentado por una Comunidad religiosa, también para señoritas, y la Capilla de “La Milagrosa”, perteneciente a este último centro educativo.

Esos trescientos o cuatrocientos metros de vía pública urbana fueron conocidos en otro tiempo con el nombre de “Fusa”, ignorándose quién pudo bautizarlo así, pero no las razones que para ponerle tal nombre existieron.

Corrida la voz por todos los ámbitos de la República de que en la Zona del Quindío se habían fundado dos nuevos pueblos, “Calarcá y Armenia”, empezaron a llegar nuevos pobladores para los villorrios y nuevos colonos para sus tierras baldías, de cuya feracidad todos se hacían lenguas.

La primera “ola migratoria” llegó a Calarcá del Norte, por la vía de Pereira. Eran gentes procedentes de Antioquia. La segunda ola, como los Reyes de la tradición cristiana, arribó procedente del Oriente por el camino de “herradura” que unía, trasmontando la Cordillera Central por el punto de “La Línea”, la fértil región quindiana con la vieja ciudad de Ibagué, y estaba formada por gentes oriundas del Departamento de Cundinamarca, de los Santanderes y de Boyacá y del mismo Tolima.

Mientras que los antioqueños se regaban e invadían las tierras planas abriendo mejoras, construyendo sus ranchos y plantando sus sementeras y en el perímetro urbano edificaban por todas partes, los cundinamarqueses, santandereanos, tolimeses y boyacenses fueron concentrándose en una sola calle los que se quedaban a vivir en el poblado, y en una sola vereda, la de “Santodomingo”, los que marchaban al campo. ¿Por qué?

La explicación más aceptable de este fenómeno es la de que la diversidad de costumbres formaba una especie de barrera entre los dos grupos étnicos, entre las dos “colonias”, y por eso no se mezclaban, antes bien se repelían.

La diferencia entre las dos colonias desaparecería sólo por un aspecto, el de las labores a que antioqueños y “rolos” (con el término “rolos” designaban genéricamente los antioqueños a quienes habían llegado por el oriente) se entregaban, que no eran otras que las de la agricultura.

Construida la vivienda urbana, la familia era “dejada allí” y el jefe del hogar y sus hijos (cuando estos ya podían serles de alguna utilidad en el trabajo) se marchaban a laborar en el campo. No había, pues, diferencias por este aspecto, pero sí las había en lo tocante a la alimentación y a otros aspectos de la vida en sociedad y en familia.

La alimentación de la familia antioqueña era, es y lo seguirá siendo hasta la consumación de los siglos, si la civilización no dispone otra cosa, bastante sencilla: Una porción de agua de panela, café con leche o chocolate al desayuno, con un trozo de carne asada y una arepa de maíz; un “reverendo” plato de “sancocho” con su correspondiente arepa al almuerzo y encima un poco de agua de panela o de leche cuando la había, como “sobremesa”; más chocolate o mazamorra de maíz con panela en bruto para el “algo”; otro plato, pero ya de frijoles con “revuelto” de plátano verde, una “tazada” de mazamorra de maíz con más panela quebrada para la comida, y a veces un poco de arroz “sudado”; y más chocolate o café con leche a la hora de la “merienda” después de entrada la noche y cuando se había rezado el Rosario en familia.

“Changua” (caldo con papas y cilantro, cominos y cebolla en abundancia), chocolate o agua de panela al desayuno; almuerzo preparado a base de papas, yucas, arracachas u otros tubérculos alimenticios, como “algo” una “totumada” de chicha de maíz bien fuerte o de “guarapo” dulzón; comida idéntica al almuerzo pasada entre sorbo y sorbo de chicha, tal la alimentación de los “rolos”. No comiendo la arepa antioqueña, la reemplazaban con pan de trigo o pan de queso.

Así nació para la zona ocupada por los cundinamarqueses, los tolimenses, los boyacenses y los santandereanos, el nombre de “Calle de Fusa” o simplemente “Fusa”, coto vedado para los antioqueños. La presencia de estos era mal vista y mal la acogida que se les daba. Los antioqueños mostraban por los “rolos” malquerencia en vista de que estos solían, con mayor frecuencia de la necesaria, pegarles a sus mujeres, cosa que nunca hace un antioqueño que se respete y estime.

Sólo dos antioqueños eran cordialmente acogidos en “Fusa”: Mi padre y el señor Apolinar Fernández. Los días sábados y domingos, en el barrio de “Fusa” o calle de “Fusa” se formaban tremendas zambapalos por la intromisión, en los bailes y jolgorios de sus habitantes, de algunos antioqueños “rascapulgas” y parranderos.

Uno de tales parranderos y “rascapulgas” era Tística González, el cual frecuentemente se veía envuelto en líos con las autoridades por sus riñas en “Fusa”. Al preguntarle por qué su manía de reincidir, solía contestar:

—Mijo, porque no hay cosa mejor que tumbar “rolos” a planazos.

Pero de esto hablaré más adelante¹⁴.

¹⁴ En la anécdota «Con planazos tengo», recogida en esta selección (p. 83), se desarrolla el relato de Tista González.

En átomos volando

Don Antonio Ricaurte (la Historia lo dice y por lo tanto puede que hasta cierto sea), en 1814 fue encargado de la vigilancia de los depósitos de pólvora y munición que el Ejército Libertador tenía concentrados en la Hacienda "San Mateo". Como los soldados españoles se acercaran demasiado, Ricaurte, para evitar que los pertrechos cayeran en poder del enemigo, les prendió fuego. Un poeta "patriotero" describió así la acción:

*Ricaurte en San Mateo, en átomos volando,
deber antes que vida, con llamas escribió.*

Hermoso ciertamente.

Sí, muy bonito. Pero más bonita fue la mala pasada que los armenios (¿será mejor nombrarlos "cuyabros"?) les jugaron a los calarqueños ("Carrascaleños" para seguir el "argot" de la época) con motivo de la celebración del centenario del "suicidio" de Antonio Ricaurte que los últimos "pensaban" llevar a cabo. "Pensaban", porque no se efectuó tal celebración.

Es mejor ir por partes.

Si alguna cosa han sentido honda, profundamente nuestras gentes, es el amor a la Patria, el amor a los héroes que lograron la Independencia y configuraron la nacionalidad. Los colonos quindianos y los primeros pobladores de Calarcá jamás echaron pie atrás en ese amor manifestándolo con palabras y con hechos cada vez que se les presentaba la ocasión de hacerlo. Algunos de los discursos pronunciados por el fundador, don Segundo Henao, lo fueron para exaltar la memoria de esos héroes en las clásicas fiestas patrias.

Fue así como, al acercarse la fecha en que se cumplía el primer centenario de la "voladura" del polvorín de "San Mateo", los calarqueños resolvieron celebrar esa efemérides a "lo vivo" y con tal propósito se dieron a la tarea de construir, en el centro de la plaza, un rancho de madera con

techumbre de paja que haría las veces de polvorín, todo patrocinado y organizado por las autoridades.

No faltó en el convite que se llevó a cabo para la construcción del rancho, ninguno de los varones con edad suficiente para transportar un madero, para cortar unos bejucos, para cargar un abultado manojo de hojas de palma, para clavar un estantillo, asegurar una viga o acomodar una alfarda.

Si con la misma buena voluntad y el mismo buen ánimo hubieran acudido a la cita que les hiciera "Tigrero" para que le ayudaran a tender un puente sobre el Río Quindío, la ciudad de Armenia no habría sido fundada. Los "carrascaleños" dejaron metidos a los "cuyabros". Si por los primeros hubiera sido, todavía "Tigrero" y sus compañeros estarían sentados en las márgenes del río esperándolos, matando moscos y "arriando" madres.

Algunos sostienen que el puente pensaba construirlo "Tigrero" bastante arriba del sitio por el cual pasa hoy la carretera que une las dos ciudades. Mentira. El puente lo pensaban construir por los lados de "Bohemia", más o menos en donde está hoy el llamado de "Don Nicolás". Tal afirmación la oí de labios de mi padre que fue uno de los "invitados" por "Tigrero".

Mejor es suspender disquisiciones y regresar al rancho de la plaza. La intención de las autoridades y de los vecinos era la de colocar en el rancho unos cuantos cartuchos de dinamita y pólvora negra, conectarles una mecha y volarlo. En previsión de un accidente el rancho se levantó en mitad de la plaza y la pólvora fue "calculada" por uno de los mineros que laboraban en la "Mina de Colombia", contratado para tan peligroso menester.

"Una cosa piensa el burro y otro el que lo está enjalmando". Una cosa estaban pensando los calarqueños; y los armenios planeando otra muy pero muy distinta.

Y fue así cómo, en la madrugada del día en que el rancho había de ser volado en mil fragmentos, un numeroso grupo de armenios, montados en briosos corceles, se hizo presente en la plaza y arremetió contra el rancho con tal brío y denuedo que media hora después no quedaba un solo palo en su puesto de ese "San Mateo" local.

Afortunadamente para quienes cometieron semejante atropello, la pólvora y los cartuchos de dinamita no habían sido colocados en el rancho. De haber sido así, no uno sino varios Ricaurtes hubieran volado en átomos, dándole a la celebración más carácter y autenticidad.

Aun cuando parezca mentira, los calarqueños no tomaron represalias de tan vandálico acto. Ya éramos cultos. Sólo don Catarino Cardona comentó:

“A nosotros los calarqueños no nos han perjudicado en nada los señores de Armenia. Las perjudicadas en este caso fueron las madres de esos malparidos”.

Los domingos solamente

El agua necesaria para la preparación de los alimentos, el aseo personal, el lavado de las ropas y demás menesteres caseros, debían transportarla de los “nacimientos” existentes en cañadas cercanas, en sendos tarros de guadua, baldes u ollas, los muchachos y muchachas entre los seis y los diez y seis años de edad.

Para cumplir con esa obligación era indispensable que a las seis de la mañana estuvieran levantados si querían “despacharse primero que los otros” y estar listos para marchar a la escuela a las siete.

Las familias de la calle de “Fusa” y sus aledaños se surtían del indispensable líquido en un pozo que existía en la carrera 23, calles 35 y 36, en una profunda cañada y que era por todos conocido con el nombre del “Pozo de Jovita”. A este pozo se bajaba por un sendero angosto y en zig-zag. Limpia, pura, fresca, el agua pasaba del pozuelo a las vasijas gorgoteando y con ellas se iniciaba la penosa ascensión.

Esta era, claro está, la costumbre antes de ser inaugurado el primer acueducto local. La Municipalidad, para proporcionarles mayores comodidades a los habitantes del villorrio, con buen acierto optó por instalar en algunas de las esquinas “llaves públicas”. En torno a esas llaves se congregaba la muchachada provista de recipientes metálicos en espera del “turno” para acercarse al “chorro” y recoger “el viaje”.

En torno de esas mismas llaves (¡oh, juventud!) se formaban soberanas trifulcas cuando uno o varios muchachos (o muchachas) pretendían “llenar primero la vasija”, repeliéndose a codazos, o cuando los mayorcitos se daban a la tarea de lavarse los pies, la cara y las manos con evidente “perjuicio” de quienes esperaban poder proveerse del líquido.

Acarrear el agua no era labor que estuviera encomendada únicamente a los hijos de las gentes pobres. A la “poceta” (con este nombre eran conocidas las llaves públicas)

acudían hijos e hijas de las familias “bien” de la localidad, de quienes gozaban de una buena posición social y económica o simplemente alardeaban de poseer nobiliarios pergaminos. Las categorías sociales desaparecían ante la necesidad de abastecer de agua los hogares.

A media cuadra de la casa de mis padres, en la esquina llamada “de las Ortiz”, prestaba sus servicios una llave. A ella acudían por agua los hijos e hijas de don Desiderio Aristizábal, don Santiago Parra, don Indalecio Ortega, don Sandalio Ortiz, don Lázaro Ángel, don Alejandro, don Nicolás y don Jesús Antonio Jaramillo (a. El Tuso), de don Fidel Castro y don Federico González, de don Ignacio Gutiérrez, don Eusebio Sabogal y muchos más, todos prestantes ciudadanos del sector.

Una cordial amiga mía, rememorando esos tiempos, me decía:

—¿Te acuerdas de los agarrones que teníamos en plena calle cuando íbamos a proveernos de agua en la “poceta” de la esquina?

—¡Sí, mi estimada Aura Parra, sí que lo recuerdo!

Esos “agarrones” ocurrían todos los días de la semana, a tarde y mañana, excepto los domingos por una razón bastante poderosa y decididamente prosaica: Los sábados en las horas de la tarde se hacía en todos los hogares la provisión del agua necesaria para los menesteres dominicales porque el domingo, para asistir a la Santa Misa, a las muchachas se les permitía que se pusieran... ¡zapatos!

Pobre de la muchacha (eran “muchachas” y eran “muchachos”, es decir, aptos para el acarreo del agua, los que no habían pasado de los diez y seis años) que en semana llegara a la “poceta” luciendo zapatos. Los presentes la hacían víctima de sus burlas y rechiflas mordaces y por bien servida podía darse si regresaba a la casa sin haber sufrido una “revolcada”.

Los zapatos (y eso para las mujeres únicamente) eran un lujo dominguero. En semana, nada de eso. Trajecitos de telas ordinarias, largos hasta un poco abajo de la rodilla, muy limpias, muy bien peinadas, hasta con moños de cinta en los cabellos, pero descalzas. El elemento masculino iba

descalzo: Pantalón de dril a la rodilla, saco también de dril y cachucha de paño. La “alargada” del pantalón, acontecimiento definitivo en la vida de los hombres, sólo la permitían y auspiciaban los padres después de haber cumplido el “candidato” los diez y ocho años y el uso de zapatos después de que el acontecimiento de la “alargada” había tenido lugar.

El uso permanente de zapatos no era permitido para las muchachas sino cuando la “agraciada” se convertía en “toda una señorita” por haberse conseguido un “novio oficial”.

¡Y lindas que se veían las “aguadoras” con sus trajecitos a la rodilla, el “moño” de cinta en los cabellos, una ausencia total de cosméticos y los pies descalzos!

Así transitaron por las calles del villorrio, antes de cumplir los quince años, Olinda y Aura Parra, Teresa y Rafaela Ortega, Judith Aristizábal, Alicia e Isaura Ortiz, Judith Echeverri, Eloísa y Pastora Jaramillo, Margarita y Matilde Ángel, Piedad González y Line Mejía, Julia Sabogal y muchísimas más, algunas de ellas, como Teresa y Rafaela Ortega, Lina Mejía y Piedad González, de una sorprendente belleza física.

Y como en torno de estas típicas escenas lugareñas no puede faltar la anécdota, aquí va:

En uno de los tantos “agarrones” como ocurrían entre “aguadores” y “aguadoras”, Line Mejía hizo solemne juramento de no volver jamás a la “poceta” porque al sufrir una caída todos los presentes le habían visto... ¡los calzones!

La prolongación de las redes del acueducto hasta el interior de las residencias dio al traste con aguadores y aguadoras.

Estas evocaciones son gratas al espíritu. ¿Verdad que sí?

En veintiocho planto

He tratado de dar, a través de estas páginas, una idea más o menos aproximada de la vida que les tocó llevar a los fundadores y primeros pobladores de la que hoy es la ciudad de Calarcá, vida de hogar y recogimiento para las mujeres, de trabajo y lucha para los hombres ansiosos de labrarse un porvenir.

La incipiente población recostada a una de las estribaciones de la cordillera central, rodeada por los cuatro costados de selva casi virgen con pequeños claros donde el hacha colonizadora iniciaba la creación de riqueza, poca o ninguna oportunidad ofrecía a quienes, a la vida del campo, preferían el vegetar dentro de los linderos urbanos para divertirse.

Fuera de las riñas de gallos los lunes por la mañana en la plaza pública; las serenatas con la guitarra de Juvenal Herrera y el tiple de Jesús Castaño; las partidas de billar en el “club” de Desiderio Aristizábal o en el de Aureliano Jiménez; las tertulias en el Estanco y en algunos establecimientos comerciales, tales como la cantina de Aldemar Palacio o el juego de “cucunubá” de Fidelino Capador; la “elevada” de cometas en los calurosos meses de junio, julio y agosto, ninguna otra diversión, ningún otro entretenimiento tenían los señores y los “señoritos” de las “familias bien”.

Ninguna otra diversión. ¿Ningún otro entretenimiento? Sí: Los contertulios del Estanco tenían otro entretenimiento por aquello de que “la ociosidad es madre de las bellaquerías”. Dando rienda suelta a su inventiva llegaron a descubrir un nuevo “juego”, en el cual tomaban parte activa José María Espinosa y Benicio Herrera, Julio Henao (secretario del juez municipal, que lo era don Pedro Vicente Mejía), Valentiniano Giraldo y otros, siendo los más hábiles Espinosa y Herrera.

El entretenimiento o juego, basado en las mismas reglas establecidas para el conocido de “balero”, necesitaba testigos y como tales actuaban Germán Valencia, Roberto Cano, Giraldo, Bernabé Buitrago, por turno.

Tal como acontece en las riñas de gallos, en las carreras de caballos, en las partidas de billar y en otras diversiones y juegos en donde se enfrentan dos o más contendores, en el “entretenimiento” en donde figuraban con mayor frecuencia como contendores Benicio Herrera y José María Espinosa, entre los asistentes se cruzaban apuestas sobre cuál de ellos resultaría vencedor.

En dos etapas se desarrollaba el “juego”. La primera era una “treinta y una de pedos”, coronándose vencedor el que lograra completar los treinta y uno sin descansar, y la segunda “darle la vuelta a la plaza peyendo”. (Si no uso la palabra “pedo” la anécdota, real, en todas sus partes, perdería toda su gracia).

“Casada” la apuesta, o el match o como quiera llamar-sele, uno de los “testigos presenciales” recibía el encargo de llevar la cuenta cuando de jugar a la treinta y una se trataba, y dos cuando era la vuelta a la plaza lo concertado. Los contendores estaban obligados, en la vuelta a la plaza, a darla por los alares de las casas para evitar fraudes o ventajas indebidas.

¿Cómo hacían los señores Herrera y Espinosa para lograr que en sus organismos se produjera el suficiente aire o los gases estomacales suficientes para dar cumplimiento a la tarea de “irlos arrojando” en forma espaciada durante un recorrido de cuatrocientas varas? Sábelo Dios. Lo cierto era que lo lograban y exhibían, en tal “deporte”, títulos de campeones.

En un gran porcentaje “los encuentros” eran ganados por José María Espinosa, de quien (lo aseguraban los viejos) sólo se sabía que se había dado por vencido una vez en una “treinta y una” que tuvo el siguiente desarrollo:

Al aire se echó una moneda para determinar cuál de los dos, Herrera o Espinosa, “saldría” de primero, correspondiéndole la suerte de iniciar la “treinta y una” a Herrera.

—Uno, dos... tres... veintisiete... veintiocho... —contó Valentiniano Giraldo, encargado de la “contabilidad” de los “pedos” de Herrera. Este, al llegar a los veintiocho se detuvo e hizo visibles esfuerzos para continuar, pero no pudo y exclamó:

—¡Planto en veintiocho!

Estando Herrera “plantado” en veintiocho le correspondió a Espinosa iniciar su “serie” y lo hizo con tal empuje y entusiasmo que todos los presentes dieron por seguro su triunfo.

—Uno, dos... tres... veintinueve... treinta... —contaba Eduardo Ángel, cuando Espinosa, poniendo cara compungida, exclamó:

—¡Me fui!

El esfuerzo hecho para alcanzar el triunfo había sido vano porque la más importante de las “operaciones fisiológicas” había tenido ocurrencia.

—¡Se cagó! —atestiguó en voz alta Eduardo Ángel.

Y una carcajada general celebró la “suciedad y olorosa derrota” del invicto campeón Chepe Espinosa.

Ese viejito

El maestro (cursaba yo el segundo año de escuela primaria) fue categórico en advertirnos que al día siguiente teníamos que ir a la escuela limpios, bien peinados y con los mejores trajecitos que tuviéramos para llevarnos a darle la bienvenida al señor Presidente de la República, el cual arribaría al villorrio en las primeras horas de la mañana, procedente de Ibagué.

Muy peinados, con la cara, piernas y brazos muy limpios, luciendo los mejores trajes, nos presentamos a la escuela al día siguiente, a las siete de la mañana. La misma prevención les había sido hecha a las niñas de la escuela y las dos comunidades (sólo dos escuelas públicas funcionaban en el villorrio) en perfecto orden, una a cada lado de la vía, fueron estacionadas en la entrada de la ciudad llegando por el camino de Ibagué, o sea en la actual calle 40.

Me correspondió ocupar un “puesto” al iniciarse el descenso (cuadra y media más o menos) hacia la quebrada “La Sopera” (hoy desaparecida), por esa época de apreciable volumen de aguas, lo que me permitía servirme de ese sitio como de una atalaya desde la cual se divisaba el camino en la parte opuesta de la cañada, en un tramo bastante largo. El señor Presidente, se comentaba, había pasado la noche en la fonda “La Cucarronera” (Cervantes la hubiera llamado venta) y llegaría aproximadamente a las diez de la mañana. El sol comenzaba a calentar y la desorganización a cundir en las filas de estudiantes cuando alguien, señalando hacia el camino a Ibagué, gritó:

—¡Allá vienen!

Los profesores, con todo apresuramiento, nos obligaron a rehacer las filas y a guardar compostura. Todos estábamos pendientes de la cabalgata que se acercaba, ansiosos de ver con nuestros propios ojos nada menos que al señor Presidente de la República, ser mitológico para nuestras mentalidades infantiles.

La cabalgata llegó al sitio en donde yo me encontraba. Venía despacio por dos razones poderosas: Porque estaba subiendo una pendiente bastante pronunciada y porque a

lado y lado de la vía, estrecha y tortuosa, la aglomeración de gentes impedía el movimiento rápido de los animales, coyunturas estas que me permitieron observar detenidamente la estampa del Primer Mandatario de la Nación.

Montaba el señor Presidente una mula fuerte y robusta que lucía un apero nuevo desde las riendas hasta la cincha. Un sombrero blanco “aguadeño” cubría su cabeza y sobre el traje oscuro tenía puesta una ruana de hilo (“poncho”) que le caía por detrás y por delante casi hasta la cintura. De allí para abajo, unos anchos zamarros de cuero.

En tales condiciones lo único que podía apreciarse claramente de la persona del mandatario era su cara pequeña y redonda surcada por las arrugas y una barba que me pareció rala y escasa. Muy serio, fijando toda su atención en el animal que montaba y en el pésimo camino, el señor Presidente no tuvo tiempo para mirarnos. Pasó. Su imagen, no obstante, había quedado indeleblemente grabada en mi memoria.

Al ordenar los maestros que rompiéramos filas y nos marcháramos a casa, un estudiante de cuarto año, Francisco Ramos, comentó cínicamente:

—Valiente gracia: Dizque tenernos toda la mañana aquí aguantando hambre y sol esperando ese viejito.

Y “ese viejito” era nada menos que don Marco Fidel Suárez, una de las mayores glorias que ha tenido el país pese a quien le pesare.

Don Marco Fidel Suárez pasó por el villorrio (¡cuán lejos estaba de ser ciudad!) cuando viajaba, a principios de 1920, rumbo al puente de “Rumichaca”, en los límites con el Ecuador, a entrevistarse con el Presidente Alfredo Baquerizo Moreno.

Puede que no se me crea pero el haber conocido en persona al autor de *Los Sueños de Luciano Pulgar*, ha sido y es para mí un motivo de hondas satisfacciones espirituales y la mejor de las vivencias.

Claro que en don Marco Fidel Suárez no me ha llamado la atención el que hubiera sido Presidente de la República, sino el que llegó a ser, por su propio esfuerzo, el humanista más grande que ha producido la tierra colombiana.

Cachos en la espalda

Antes de que el villorrio y la ruralía calarqueña se vieran “invadidos por la rolamenta”, si cinco reses se sacrificaban para el mercado dominical, cinco cabezas y veinte patas amanecían tiradas en la plaza el día lunes.

Para los antioqueños, abastecidos, las patas de la res, la cabeza y las vísceras no eran comida. Los lunes madrugaban los gallinazos a darse unos festines trimalciónicos, antes de que fueran sacados los presos a barrer.

Pero llegaron los “rolos” y las vísceras, las patas y las cabezas dejaron de verse los lunes tiradas en la plaza. Alzaban con todo para sus hogares y era en ellos en donde los trimalciónicos banquetes tenían lugar, con grave perjuicio para los gallinazos.

Don Sandalio Ortiz gozaba relatando una anécdota que calificaba de “sabrosísima”, relacionada con las abandonadas cabezas de las reses, y claro está, con los “rolos”.

—Un lunes por la mañana —contaba don Sandalio— Elena, mi mujer, mandó a Bernardina, una de mis hijas, y a Hernando, mi hijo, por agua a la poceta de la esquina. A poco los chicos regresaron sin el agua y con los semblantes despavoridos.

—Papá, papá, gritaba Bernardina, córrale que en la esquina hay un hombre que tiene cachos en la espalda.

Don Sandalio, tan asustado o más que sus hijos, había salido a la esquina para encontrarse con don Martín Beltrán que llevaba a la espalda, dentro de un costal, una cabeza de novillo, habiéndole quedado por fuera los cuernos.

No se asuste, monito

Don Víctor, asociándose con su pariente don Delio Echeverri y con su amigo don Marco Botero, celebró un contrato con el Ministerio de Obras Públicas, para la construcción de una serie de campamentos con destino a trabajadores, en la zona del ferrocarril Armenia-Ibagué.

La zona en que esos campamentos quedarían ubicados abarcaba más de quince kilómetros y el centro de operaciones lo establecieron los tres contratistas en “Navarco”, finca de propiedad de mi padre. En bueyes, los materiales se los transportábamos mi hermano Humberto y yo, hasta el lugar mismo en donde estaban trabajando.

Una mañana en que llegábamos con una madera, don Víctor, encaramado en el que habría de ser el techo del campamento, le gritó a mi hermano:

—Oiga monito... Cuando cierta parte de su cuerpo le amanezca dura, grande, tiesa y con una cabeza morada, no se asuste que son ganas de orinar...

Sutilidad idiomática

Existe, dentro de los linderos municipales calarqueños un establecimiento docente que lleva el nombre de Jesús A. Idárraga, en homenaje a la memoria de don Jesús A. Idárraga, un ciudadano ejemplar.

Don Jesús llegó, hace un costalado de lustros, a tierra calarqueña procedente de la “güevería”, vale decir de Santa Rosa de Cabal, de donde llegaron los primeros pobladores antioqueños conservadores, los Aristizábal, los Giraldo, los Hurtado y otras yerbas.

No hay pues que decir que don Jesús era conservador, de esos conservadores santarrosanos que se daban el lujo de pecar para darse el gusto de confesarse y comulgar, por aquello de que “quien peca y reza empata”.

Don Jesús, “alma bendita”, llegó como maestro, trabajó como maestro “una pila de años”, fue tesorero, fue alcalde y murió siendo síndico de la Beneficencia, “heredándole este último cargo” a Ernesto Zapata, quien a su vez lo heredara de su progenitor, don Ismael Zapata, el primer telegrafista, el hermano de “Tachuela”.

—Don Jesús —le dije al señor Idárraga cuando se encontraba al frente de la sindicatura— ¿por qué la Beneficencia no compra un vehículo para servicio del hospital, para traer de “La Romelia” lo que esa finca produce?

“La Romelia”, finca que continúa siendo de propiedad de la Beneficencia, fue un legado que a la institución le hicieran don Rafaelito Correa y su esposa doña Zoilita Ospina, la “amante” de Morfeo. “La Romelia” produce café y plátano a lo desgualtado.

—Don Rodolfo —fue la respuesta de don Jesús—, la verdad es que la Beneficencia sí necesita un vehículo pero habría que comprar un campero, habría que conseguir un chofer y las monjitas como son, querrían vivir montadas a todas horas en él...

Lo que no dejó claramente establecido don Jesús fue si las monjitas “querían vivir montadas” en el campero o en el chofer. La camioneta “Willys” que adquirió aún presta servicio.

Crónicas



No maldigamos el oro

Maldigamos el oro.
(Baudilio Montoya)

No, poeta, no maldigamos el oro. El tiempo que hemos de invertir en lanzar maldiciones contra el amarillo metal lo podemos emplear en cosas de mayor provecho y enjundia o simplemente en esa cosa tan inútil que llaman construir castillos en el aire, que, si bien se razona, no es tan inútil como a simple vista parece, porque no es inútil algo que nos sirve precisamente para malgastar el tiempo que según un viejo refrán muy trajinado es legítimo oro.

La humanidad, lo sabes bien, poeta, principió a amar el oro, a rendirle un culto fervoroso desde el mismo momento en que el hombre, cansado de saltar de rama en rama por entre los frondosos bosques primitivos y de balancearse como un péndulo prendido de la cola, enderezó su curvo espinazo, se plantó firme en las patas traseras e inició su éxodo, sobre la tierra morena y virgen, hundiéndose en los pantanos, hiriéndose en los abrojos y tropezando contra las piedras y los troncos por esa manía ya adquirida de mirar hacia lo alto en busca de Dios o atenaceado por la saudade de su anterior vida arbórea.

En la Historia Sagrada (si la quieres consultar para refrescar la memoria), o en la Biblia, encontrarás un pasaje que es toda una lección para los soñadores como tú, para los idealistas, para todos aquellos que quieran intentar lanzar maldiciones contra el oro violando el humano instinto, la tendencia secular de adorarlo: Moisés, que se equipara al Hermes Trismegisto, enseñó a su pueblo, como legislador, a no ambicionar las riquezas, a odiar el oro y a venerar a Dios en el símbolo sublime del Arca de la Alianza, y ese pueblo así educado, mientras su caudillo y libertador subía al Sinaí a dialogar con la divinidad y a recibir las diez piedras sillares de los diez mandamientos, se fabricó un becerro de oro e hincó la rodilla para rendirle culto.

Es incorregible la criatura humana y de nada valieron las iras de Moisés. El pueblo elegido siguió adorando el oro, no en forma de becerro, pero adorándolo y apoderándose de él por todos los medios. Matando y muriendo por el amarillo metal. Y el género humano no se ha corregido desde la remota época de Moisés hasta esta de la bomba atómica y los platillos voladores. Permanece el mismo. ¿Se necesita acaso ser un sociólogo profundo para saber por qué el Mundo ha vivido y vivirá siempre en guerra? ¿Por qué el hombre mata al hombre, los pueblos destruyen a los pueblos y las naciones se destrozan entre sí? Por la ambición, por el ansia insaciable de riquezas, en una palabra, por el oro.

Un bacteriólogo al ver y examinar un billete ajado por haber pertenecido a centenares de personas, hablando con sujeción a sus conocimientos y a su profesión, diría: No es otra cosa que un inmundo papel lleno de bacilos productores de enfermedades crueles que destrazan el organismo humano, que llevan el dolor y la muerte por doquier. Y un mineralogista, al examinar una moneda, exclamaría: qué pobre, qué burda aleación de metales. Y ese billete, y esa moneda con su pobreza de mezcla y sus hordas de microbios, están representando el oro, equivalen, según la cifra tengan estampada, a un puñado más o menos grande del amarillo metal.

Que el oro corrompe a los hombres no lo duda nadie. Los ha corrompido siempre. Los seguirá corrompiendo mientras en los espacios siderales siga rodando la esfera terrestre y sobre esa esfera un ser humano aliente, porque este ser humano ambicionará tenerlo aun cuando le resulte completamente inútil. Querer que las gentes maldigan el oro es querer reformar el género humano, soñar un imposible. Por eso no debemos malgastar el tiempo maldiciéndolo. Los minutos que ha de gastarnos el pronunciar esa maldición quedarían mejor empleados si los invertimos levantando un castillo en el aire con los frágiles materiales de la ilusión.

Moda H

Bastó que el ingenuo señor Christian Dior, el modisto parisíen, diera a conocer el diseño de la nueva moda femenina bautizada con una simple inicial, la H, para que las mujeres de todas las latitudes elevaran su grito de protesta justificado hasta el límite, que fue en este caso la cólera, encabezando la protesta las artistas de cine italianas y norteamericanas.

Y no es para menos. La modita “esa” tiende a quitarles a las mujeres todos sus encantos dejándolas convertidas en espantajos que inspiran lástima unas veces y otras risa, como esas brujas dibujadas con mano firme por el exaltado don Francisco de Goya y Lucientes. Una mujer vestida con un traje de los últimamente ideados por Dior, serviría, sin retoques de ninguna naturaleza, como modelo para las ilustraciones de uno de esos libros de la Edad Media que hablan de filtros de amor, de hechicerías, con transcripciones de oraciones para invocar a Nuestro Padre Satán.

Nadie lo ha dicho, pero yo pienso que Monsieur Dior tiene mentalidad de chofer. Pero de chofer miedoso que se deja dominar por los nervios, de esos que al pisar el acelerador de un carro lo hacen como si pisaran un lingote de acero calentado al rojo blanco y al ver aumentar la velocidad ya no son dueños de sí y terminan sufriendo aparatosos volcamientos a la primera curva que se les presente.

Porque don Christian Dior, como chofer nervioso, les teme a las curvas, máxime cuando ellas son pronunciadas y en pendiente y no están ubicadas en la carretera sino en la anatomía de un cuerpo de mujer, de una parisina elegante y perfumada que camina por los bulevares mostrando complacida la exquisita redondez de sus senos y la protuberancia temblorosa de sus caderas, que entrañan no una tentación sino una tragedia.

Se me ha ido la mano un poco y he afirmado que las damas de todo el orbe han protestado, y no es así: Han protestado las que fueron dotadas por la madre naturaleza,

que no se equivoca, con abundancia de carnes en el busto y en las caderas. Las otras, las que no tienen qué les arrugue la falda ni encuentran qué guardar entre los gemelitos del brasier, esas se han sentido felices, han visto florecer nuevas posibilidades... y bendicen a mañana y tarde la “genial” determinación del señor Dior.

¡Qué extraños pensamientos cruzarán por la mente de monsieur Dior cuando ve en el lienzo de plata las escalofriantes curvas de Silvana Pampanini, de Silvana Mangano o Marilyn Monroe! Con sus trajes de baño ajustados producen en los cineastas escalofriantes sensaciones que enardecen la libido y resecan los labios. Pero en míster Dior la reacción debe ser distinta.

Dior, en verdad, con su nueva moda no quiere vestir a las mujeres. Las quiere envolver, que es cosa muy distinta, como se envuelve un tabaco: bien apretaditas, sin protuberancias y sin arrugas. Para la creación de la nueva moda debió inspirarse en alguna momia egipcia existente en uno de los muchos museos de la Ciudad Luz. ¿Cuánto diera él por vestir a la Venus de Cirene, la Maja Desnuda o la Casta Susana en el baño? Su ideal sería apretarlas, ajustarlas, reducirles las curvas a una simple línea recta.

A estas alturas el señor Dior debe estar escondido, temeroso de ser linchado por las mujeres de París o encerrado en un manicomio por los psiquiatras ansiosos de estudiar su desviación mental. Es de presumir que cayendo en poder de nuestras damas la cara le quedaría como resbaladero de gatos y la palabra más dulce, más cariñosa que escucharía sería esa que empleamos con tanta frecuencia los latinos y que principia, por una rara coincidencia, con H., la misma H empleada por él para el bautizo de su estrafalaria moda.

Coleccionista

No una vez, sino muchas, me he detenido a pensar de dónde o como le nace al hombre la manía de coleccionar objetos de una misma especie, animales de una misma especie, cosas de una misma especie. No he logrado encontrarle la razón de ser a ese *hobby* que dicen hoy en día, usando un término estúpido para disimular esa *manía* ya que no para explicarla. Todo coleccionista es un maniático, un ser que vive obsesionado por una sola idea, acorralado por un mismo afán, sujeto a un mismo temor: ampliar su colección, enriquecerla a toda costa, no desajustarla ni perderla nunca.

La vida del hombre es corta. Una verdad perogrullesca que todos sabemos y a la cual no nos resignamos. Pensando en lo corto del tránsito del hombre sobre la tierra, aconsejaba Epicuro disfrutar de los goces el mayor tiempo posible, de todos los goces. Agotar el placer no en pequeños sino a grandes sorbos, para cuando el instante de la muerte fuera llegado, haber disfrutado de la vida en toda su plenitud y con toda la capacidad de los cinco sentidos. A eso llamaba el filósofo vivir. En el fondo tenía más razón y más lógica este modo suyo de pensar, que la manera como veían la vida sus antagonistas, los filósofos estoicos con su resignada actitud ante el destino.

Un coleccionista no es nunca un epicúreo, pero tampoco es un estoico. El coleccionista, cuando lo es en el verdadero, en el puro, en el absoluto sentido de la palabra, no goza de ningún placer. Se mantiene pendiente de su colección, vive para ella, a ella se sacrifica. Y no es un estoico porque no sabe resignarse. El saber que su colección no está completa, que le falta alguna pieza, que existe un ejemplar de la especie que no posee, lo intranquiliza, lo desazona, le hace perder el apetito y el sueño, termina con su calma y su vida empieza a pender, no de la espada de Damocles, sino del ejemplar que falta en su colección.

Yo nunca he servido para coleccionar. Ni siquiera para coleccionar desengaños o recuerdos. Adquiero, cuando

puedo, libros para enriquecer mi biblioteca, no con ánimo de coleccionar libros, que en [...] ¹⁵ esos invaluable amigos que saben hacerme olvidar las penas y las contrariedades, me proporcionan horas de placer intenso y me amplían los horizontes espirituales. No soy, pues, un coleccionista y eso, quizás, me impida el comprender el por qué de la manía de quienes en tales menesteres ocupan su existencia.

Las reflexiones anteriores parecerán a muchos tontas. A mí se me hacen lógicas. Están acordes con mi manera de pensar, con mi temperamento. Ellas nacieron precisamente de la lectura de un libro sobre Filatelia. Y más que del texto completo del libro, de uno de sus apartes, la referencia de un caso típico de coleccionista con ribetes de avaro que el autor relata y que he de transcribir. Es un caso entre mil que trae el libro como ejemplo, *Entretelones de la Filatelia* se llama y fue escrito por Alvin F. Harlow.

El Príncipe de Lucedio, Duque de Galliera, uno de esos nobles con pergaminos adquiridos a la manera de los Edmundo Dantès, Conde de Montecristo, ya que sus ascendientes fueron comerciantes en Génova, “tenía una biblioteca secreta en la cual no se permitía entrar a persona alguna y de la que, mientras vivió, ni su esposa, una bella austriaca, tuvo llave”. Palabras textuales del autor que muestran al avaro por una parte, y por la otra dejan al descubierto el egoísmo de todo coleccionista. “Después de que el Príncipe murió la viuda encontró en esa biblioteca secreta 3.000 volúmenes cerrados con candados de oro, cuyas hojas eran billetes de mil francos. En total tres millones de francos, pues cada volumen estaba formado por diez hojas”.

No. Yo nunca he servido para coleccionar. No serviré nunca para eso. La vida y los placeres que ella pueda proporcionar valen mucho más que un sello de correos usado, o un ejemplar raro de mariposa del trópico.

¹⁵ Falta una línea en el original.

Mal educado

Una señorita un poco entrada en años y por ende con su buena dosis de experiencia, con palabras exactas que plasman un estado de conciencia y dibujan un croquis espiritual, me dijo, no en mis propias barbas porque no las tengo ni mantengo gracias al señor Gillette, que yo era un mal educado, un inculto y un grosero. Tres términos que podrían ofender a cualquiera con menos sentido de la equidad que yo, a cualquiera que no se conozca tan bien como yo me conozco.

Uno de los principios de la sabiduría con vigencia desde hace muchos siglos, es aquel del “conócete a ti mismo”. El hombre que se conoce es hombre sabio, de creer cierto el contenido de esas cuatro palabras que he encerrado entre comillas. Yo me conozco muy bien y como me conozco guardo silencio sobre mi manera de ser porque me da vergüenza que sepan cómo soy. El rubor se me sube a la cara. Siento que mis mejillas arden. A ratos, cuando olvidándome de todo pienso en mí mismo, me consuelo con esa otra socorrida frase que se le atribuye a Sócrates, el ateniense, no un zapatero del mismo nombre que habitó hace algunos años en mi pueblo: “Sólo sé que nada sé”.

Yo sé muchas cosas. Sé que la encantadora señorita ya entrada en años tuvo razón al llamarme mal educado, inculto y grosero. Yo pienso de mí exactamente igual. Los dos, caso raro, estamos de acuerdo sobre un asunto tan escabroso. Si no fuera así, sus palabras me habrían ofendido. Ofenderse uno porque le radiografíen la inteligencia, le escarben la mente y lo muestren tal como es, es ridículo. Y es preferible ser inculto, ser mal educado, ser un grosero, a hacer el ridículo aparentando una cultura, unos modales y una ética que no posee, u ofendiéndose porque no se le reconocen atributos que no tiene.

Es delicioso esto de saberse uno inculto y que se lo reconozcan. Personas he conocido que con palabras muy comedidas, con zalemas y ademanes exquisitos, han discutido veinte minutos o media hora, cuál de ellas ha de pasar

primero el umbral de una puerta, y mientras tanto se han calado hasta los huesos en el andén. En iguales circunstancias mi acompañante no se habría mojado porque yo, para no mojarme, me hubiera entrado primero. La falta de cultura es necesaria a veces más de lo que a simple vista parece. Se sufre tanto siendo culto, que mejor es no “meneallo”.

¡Y ser educado sí que es un lastre para el hombre! ¿Para qué sirven los conocimientos adquiridos tras largas horas de estudio, tras noches de desvelo leyendo libros como el pobre Don Quijote? Para terminar en loco o en consejero de los demás. Convertirse uno en libro de consulta es fastidioso. Poseer una cultura es saber de todo no un poco sino un mucho. Y nadie nace aprendido. Los conocimientos se adquieren y eso tienen de malo, que no se pueden comprar en el mercado como se compra un atado de panela o una libra de sal, sino que deben ser adquiridos mediante el estudio y la consagración. Y si dedicamos el tiempo al estudio, ¿cuándo vivimos?

¡Ser grosero! ¿Qué es la grosería? La palabreja, he oído decir, tiene muchas acepciones. Se la emplea para designar muchos actos del hombre ante la sociedad, para consigo mismo o para con Dios. Lo que para unos es grosero, es para otros chistoso. Lo que ofende la vista o el oído o el olfato de una persona puede ser agradable para otra. Para nosotros los “civilizados” es delicioso el aroma de los jazmines y repugnante el olor de la carne podrida. Y en la Indonesia muchas tribus de negros sólo comen la carne cuando está en descomposición porque les sabe mejor, les huele más delicioso. Gusto. Apreciaciones y nada más. Para mí que soy un inculto y un maleducado, eso es la grosería: Apreciaciones.

Los tres últimos párrafos me están matriculando en una escuela sofisticada. Y fue que una vez leí un libro de Bertrand Russell y sus conceptos y sus apreciaciones se me grabaron muy bien. Mejor que la *Lógica* de Balmes leída con anterioridad. Esto cuando siendo muy joven me dio dize por ilustrarme y no lo conseguí, me dio por adquirir una cultura y no la conseguí, me dio por dejar de ser grosero y tampoco lo conseguí. Lo único que he conseguido, mal que bien, es terminar esta glosa en alguna parte.

Conceptos

Euclides Jaramillo Arango, el periodista, el escritor que es al que yo admiro, no al trajinante de incisos, de artículos, de decretos y de leyes, al abogado de Fenalco, comisionista y otras yerbas, en uno de sus "Guiones"¹⁶ se dedica al poco productivo ejercicio del equilibrismo retórico para decir que los literatos tienen derecho a hablar de sí mismos en sus escritos sin que por ello pueda tildárseles de narcisistas, de ególatras, concluyendo con la afirmación de que ello apenas sería un leve caso de paranoia divina.

Euclides ha de perdonarme, pero no soy de su mismo parecer. Mi concepto es distinto. Ninguna paranoia. Al escritor que dedica unos cuantos párrafos, unas cuantas páginas o unos cuantos libros para hablar de sí mismo, no se le puede considerar enfermo de paranoia sino de honradez. Honradez y franqueza al mostrarse tal como es, como considera que es o como quisiera, en último término, ser. Enfermedad, no, pecado tampoco. La vida interior que va fugándose hacia el exterior consciente o inconscientemente. En otras palabras, traición del subconsciente.

No hay escritor, por bueno o por malo que sea, que no hable de sí mismo. Los escritores viven una doble existencia: La suya propia y la de sus personajes, la de sus muñecos. A sus personajes atribuyen sus gustos, sus afecciones, sus inclinaciones, sus esperanzas. Son uno, como desdoblamiento de su personalidad, la esencia misma de su alma. Desdibujada, trazada con vagos lineamientos, cubierta de velos y de ambigüedades, deformada, pero exacta en el fondo.

Mientras más honrado sea el escritor, más fácil el identificarlo en sus muñecos. Cada libro, cada página encierra un poco o un mucho de la vida misma del autor. Vida material o vida espiritual. No necesita tratarse de una autobiografía,

¹⁶ Se refiere a la columna "Guión", que Euclides Jaramillo Arango escribía en el *Diario del Quindío* (Armenia).

de una confesión literaria. Las autobiografías carecen de velos o si los tienen son vaporosos, transparentes para que la verdad no aparezca descarnada, dolorosamente desnuda. Se equivoca el que considere que para conocer a fondo la vida de determinado literato, éste deba relatarla en una autobiografía. Que nada de esa vida pueda encontrarse en una obra de imaginación, como se equivoca el autor que crea no haber puesto nada de sí mismo en sus personajes.

El literato, al escribir, no puede postergar en forma alguna su subconsciente. No lo puede ignorar ni rechazar. Aun contra su voluntad obra, se manifiesta. Actúa a pesar suyo. Y las imágenes, los recuerdos que duermen en su fondo, al actualizarse, se imponen. Es la vida interior que despierta. En las páginas que van brotando, que van siendo escritas, queda una marca indeleble, con una realidad que crea confusiones porque es una realidad más verdadera que la verdadera realidad. El escritor va dejando así retazos de su vida, girones de su pasado, pedazos de su alma misma en sus páginas, inconscientemente.

¿Por ese hecho ha de llamársele enfermo, narcisista o paranoico? Considero que no. Obra a pesar de sí mismo, contra su voluntad. Esta voluntad, cuando se impone, da a la creación realidad. Se llama pintura exacta, autobiografía. Cuando no se impone la voluntad de describir algo que se ha visto, que se ha palpado, que se ha vivido, obra la imaginación mezclada, confundida, revuelta con la realidad. Es creación literaria. ¿En qué grado, en qué cantidad ha obrado la imaginación y en qué cantidad la realidad? Ni el mismo escritor podría decirlo.

“La vida real es la vida de las ideas”. Y el escritor no hace más que plasmar en el papel sus ideas, darles vida material. Materializar su mundo interior, objetivarlo. Necesariamente, pues, tiene que hablar de sí mismo en sus obras, veladamente unas veces, otras con franqueza, pero siempre ha de dejar en sus páginas mucho de sí mismo sin que por ello sea un narcisista o un enfermo.

Armenia

Fue de labios de mi padre que escuché el relato. Y mi padre ha sido, ante todo, un hombre que nunca ha faltado a la verdad. Por boca de él supe qué acontecimiento determinó la fundación, por parte de algunos colonos poseedores de mejoras en los terrenos donde hoy se levanta la ciudad de Armenia, de una población. De la fecha del relato, hasta hoy, han transcurrido no menos de treinta y ocho años. Sin embargo, mi memoria conserva vivas las palabras, con un poco de irónica nostalgia, empleadas por mi progenitor para graficar el hecho.

Y mi padre tenía razón suficiente para saber cómo ocurrieron las cosas y el por qué. Nacido en tierras de Antioquia, en Abejorral, cuna fecunda de Jaramillos y de Restrepos, emigró muy joven con los suyos a tierras de Pereira y de allí, soltero aún, a las recién abiertas regiones del Quindío, a la incipiente población de Calarcá donde se radicó y donde ha vivido y vive en la actualidad.

Fundada por Segundo Henao, Calarcá era entonces el embrión de una ciudad. La enmarañada selva del Quindío, sólo había sido violada a pequeños trechos donde vigorosos colonos antioqueños fundaban sus labranzas. Las chozas humildes en las mañanas azules, se empenachaban con el humo de los hogares que se elevaba hacia el cielo como un canto, como una oración brotada de la tierra generosa en acción de gracias al Todopoderoso, y las mazorcas del maíz, los tallos del frijol, las enhiestas matas de plátano, el canto del gallo y el ronco gruñir de los cerdos daban un toque de vida al paisaje y en el alma campesina de los moradores despertaban horizontes de optimismo generoso.

Una plaza amplia y seis calles que aún conservaban los vestigios de la selva, troncos calcinados de centenarios árboles, eso era la Villa del Cacique. En ella fundó mi padre su hogar uniendo su vida a la de mi madre, tronco también de los Ángel y los Mejía de La Ceja, y en ella llegué yo al mundo el mes de octubre de 1912, hace precisamente 44

años. Los años transcurrieron y hoy la insignificante población se ha convertido en la cuarta del departamento. Los 86 años de mi padre son un símbolo de la fortaleza de la raza que pobló al Quindío.

Según mi padre, los colonos ubicados con sus mejoras en la margen derecha del río Quindío quisieron ponerse de acuerdo con los instalados en la margen izquierda para la construcción de un puente que les facilitara el acceso a Calarcá, donde necesariamente tenían que acudir en busca de mercado para sus productos y en busca de los víveres y enseres para su mejor estar y el de sus familias. Como los calarqueños no acudieran al lugar en donde el puente sería levantado en el día y a la hora citada para dar comienzo al trabajo, los colonos armenios se sintieron defraudados y resolvieron, como venganza o represalia, fundar una nueva población. Y Armenia fue fundada. De esto hace apenas 67 años. ¡Si parece mentira!

El caserío humilde fundado por Tigrero adquirió, con una fuerza que pasma el espíritu, los contornos de una gran ciudad en el transcurso de apenas trece lustros. ¡Trece lustros! ¡La vida de un hombre que para una ciudad representa sólo la infancia, y ya Armenia es una ciudad madura, abierta al más esplendoroso porvenir!

No sé precisar la época en que mis pies hollaron por vez primera las tierras de la que es hoy ciudad señora del Quindío, rebautizada con el más apropiado de los términos: *Ciudad Milagro*. Fue, sí, en mi niñez. O mejor, en mi adolescencia. Cursados estudios de primera enseñanza hasta cuarto año, mi familia, por razones económicas, hubo de trasladarse a vivir al campo. De los once a los veintitrés años fui campesino y trabajé en las labores del agro: aserrar, quemar carbón, sembrar maíz y frijoles, repollos y cebollas, desmatonar potreros y ordeñar vacas. En las luminosas mañanas del verano o lluviosas mañanas del invierno se me veía, arreando bueyes, bajar a las poblaciones de Calarcá y Armenia a vender carbón y maderas aserradas.

Desde un recodo del camino se divisaba el amplio panorama del Quindío y los dos villorrios apenas separados por el río. Al promediar la mañana ya estaba mi voz infantil

ofreciendo la mercancía por sus calles enyerbadas, tiradas a cordel, rebosantes de sol unas veces y otras veces ateridas de niebla y de frío.

Así, vendiendo los productos de la tierra elaborados con mis propias manos, trabé amistad con Armenia. No era entonces lo que es hoy: una ciudad de potente comercio, barrios residenciales y avenidas amplias, hermosos edificios, teatros, templos, fábricas, cafés, donde una raza fuerte y luchadora mira al porvenir con gesto altivo porque ya lo sabe conquistado. No. Era una pequeña villa con sus calles polvorientas en verano y llenas de fango en invierno, sus humildes edificios alineados como prestándose mutuo apoyo, sus habitantes atareados en sus diarias y fatigantes labores. Pero ya se sentía palpar en su vientre esa fuerza prodigiosa que la sustenta y la anima.

Sin dineros para viajar, mi vida ha transcurrido pegada a la parcela calarqueña y por ello puedo afirmar, sin hipérbole, que ante mis ojos asombrados por el magno progreso que ella encarna, ha crecido Armenia. Cuando los mansos bueyes guiados por mi adolescente mano transitaban las callejas de Armenia, jamás se me ocurrió pensar que llegara el día en que habría de verla convertida en urbe. Y ese día ha llegado, casi podría decirse, fatal e inexorablemente.

Con orgullo legítimo los armenios acaban de celebrar, el catorce de este mes, un nuevo aniversario de fundación de su ciudad, que para ellos constituye un verdadero triunfo. Ellos la han impulsado, la han servido con entrañable amor, con desinterés, con una constancia que jamás decae. Qué claro ejemplo constituye Armenia no sólo para las actuales generaciones sino para las generaciones por venir. Como ciudadano del Quindío, no como calarqueño, escribo estos párrafos donde si hablo un poco de mí mismo, lo hago para mejor exaltar a la pujante ciudad de Tigrero.

Ciudad Milagro

Fue Guillermo Valencia quien, en frase afortunada, dio a Armenia el remoquete de Ciudad Milagro. En un discurso pronunciado en la ciudad, en los tiempos, no muy lejanos,

de la inauguración del ferrocarril construido por el General Vásquez Cobo, la emoción embargó el espíritu del vate pa-yanés y exaltadamente exclamó: “Armenia no es Armenia, es una Ciudad Milagro”.

El vigor de la raza que inicialmente pobló a la que es hoy urbe quindiana, la feracidad de las tierras circundantes, el espíritu emprendedor de sus moradores, la vitalidad que se desprendía ya de su propia entraña, pusieron en los ojos del poeta máximo de Colombia una amplia visión del porvenir y pudo vislumbrar, en un momento dado, la pujanza de la ciudad en los días venturosos.

No se equivocó el poeta. ¡Cómo equivocarse teniendo a la vista, al alcance de la mano, una muestra, un embrión apenas, pero en pleno vigor, del núcleo humano que moraba en las ricas tierras del Quindío! El tiempo le dio la razón al maestro Valencia y Armenia ha sido, es y será hasta la consumación de los siglos, *una Ciudad Milagro*.

Dulzaina encantada

Hace algunos años —no sé decir cuántos— por las calles de mi ciudad, entonces pueblo, transitaba lentamente al caer de la tarde una ancianita de esas de edad indefinible cuyo entretenimiento consistía en tocar en una vieja dulzaina. Del instrumento arrancaba notas descoyuntadas, armonías inconclusas, retazos de canciones que quedaban flotando en el aire como lamentos, como las quejas de un alma desesperada, canciones que dormían en lo profundo de su subconsciente, de donde emergían flotantizadas por el recuerdo de momentos felices o de amargas desilusiones.

¿De dónde le venía a la anciana el deseo de tocar? Su juventud, perdida en las nebulosas del pasado, debió ser alegre. Debió, en la flor de los años, ser bella. Debió inspirar y sentir el amor. Gozar, reír, cantar y besar. Esos labios mustios, ya sin calor, sin fuego, debieron muchas veces haber hecho juramentos de amor eterno y de eterna fidelidad. Debieron besar con apasionado ardor y con felinos arranques en los instantes de placer y en los momentos de amoroso abandono, saborear como una dulce golosina los frutos prohibidos de la pasión.

Eran harapos los vestidos que cubrían las magras carnes de la anciana. Su rostro estaba surcado de arrugas y las pocas hebras de su cabellera eran lacios hilos blancos que caían sobre sus sienes y sobre su frente, aureolándola de bondad y de respeto. De su descuidada humanidad brotaba ese sacrosanto encanto que brota de todo lo que es bueno y de todo lo que es noble. Sus manos, dos sarmientos secos, temblaban como dos hojas acariciadas por los vientos de otoño y sólo cuando las juntaba sobre sus pobres senos colgantes como dos pingajos, en actitud de humilde resignación, o cuando sostenían contra su desdentada boca su encantada dulzaina, adquirían esa grave majestad que tienen las manos de las vírgenes pintadas por los artistas del Renacimiento.

La chiquillería bullanguera en presencia de la anciana se tornaba silenciosa. Con devoto recogimiento escuchaban su música, esa música extraña que ninguno alcanzaba a comprender. Oían y callaban rindiéndole el homenaje de su atención y de su silencio a su extravagante manía, y ella tocaba no para su infantil auditorio sino para sí misma, para adormecer sus recuerdos. Luego se alejaba calle abajo sin pronunciar palabra, sin pedir una limosna ni mendigar un pan, esbozando apenas en sus labios pálidos y secos una vaga sonrisa que apenas si alcanzaba a ser una mueca, para ir a perderse entre las sombras de la noche como un fantasma perseguido por una divina maldición.

Un día cualquiera la anciana no se volvió a ver por las calles de mi pueblo. Desapareció como la sombra de un sueño, como la imagen de un recuerdo. ¿Emigró hacia otras tierras o se marchó hacia los países de la muerte? ¿Se deshizo en el aire como una burbuja o se desvaneció como un blanco copo de niebla arrastrado por la ventisca?

Como al llegar la noche se desvanecían las notas de su dulzaina encantada arrastradas por la brisa cargada de esencias de jazmines, debió desvanecerse su triste humanidad vagabunda, con una suave sonrisa en su boca desdentada y con las manos puestas en cruz sobre el pecho apretando contra sus senos flácidos el tesoro enmohecido de su instrumento.

Ahora, después de muchos años, cuando ya empiezo a sentirme viejo, no sé por qué ha acudido a mi mente el recuerdo de la ancianita y ha invadido mi espíritu una suave tristeza, una infinita ternura. Y no sé por qué quisiera poder de nuevo escuchar su música descoyuntada, sus inconclusas armonías, y mirar de nuevo su rostro surcado de arrugas y su blanca cabellera cayendo en hilos blancos sobre sus sienes y sobre su frente noble, como hace algunos años, cuando yo era niño.

Seis burritos

Sólo tengo conocimiento, dentro de la historia, de la existencia de seis burritos que si en los tiempos en que les tocó habitar en este planeta carecieron de importancia, sí la tuvieron posteriormente y han dado pie a centenares de miles de páginas literarias, entre ellas esta para la cual me han de suministrar material. Seis criaturas de Dios si seguimos las normas de San Francisco de Asís, para tratar a los animales, o simplemente seis animalejos si las normas que seguimos son las mismas que siguen el común de las gentes.

Cualquiera adivina que el primer burrito que tengo que citar es el bíblico. Pastaba tranquilo por los edénicos prados y lo más seguro es que fue la primera víctima de la muerte, el primer ser viviente con que se encontró la descarnada cuando inició su peregrinación por este planeta. Pero la Biblia no le dice su nombre vulgar. Lo llama asno. Con la quijada de este asno afirman que Caín mató a su hermano Abel después de que la vida en el Paraíso se había hecho un poco difícil por rivalidades de familia. Un humo que sube, un humo que flota a ras de tierra, una quijada de asno cayendo sobre la cabeza de un hombre y ya tenemos el segundo cadáver de un ser viviente.

¿Cuántas generaciones de seres humanos y cuántas generaciones de burros fueron necesarias para llegar la asnal especie a producir otro “personaje” de importancia en la familia? Del asno del Paraíso al asno de Betlem median decenas de siglos, millones de asnos. Sobre el duro espinazo del asno judío, una mujer sentada a horcajadas viaja llevando en su regazo un pequeño niño. Es la Madre de Dios con su divino infante que va huyendo de la maldad de los hombres. Ni el pequeño burrito ni las gentes que miran pasar los fugitivos alcanzan a adivinar que sobre tan pequeña cabalgadura viaja un Dios, el ser divino que con el ejemplo de su vida y las torturas de su muerte ha de redimir al género humano. El humilde animal no marcha con su generosa carga hacia el exilio sino hacia la Historia.

El tercer burrito aparece después para servir de punto de referencia a las gentes y establecer ese estado de ánimo que nos hace vacilar sobre cuál determinación debemos tomar para no engañarnos a nosotros mismos, cuando de elegir entre dos estados se trata. El “asno de Buridán” sólo por no haberse podido decidir por el agua o por el pienso se coló de un jalón en la historia. Hambreado y sediento, al ponerle al lado un cubo de agua y un manojo de pienso, no supo qué hacer primero, si aplacar la sed o calmar el hambre. Esta falta de determinación, si no colmó sus necesidades, sí fue suficiente para que los hombres encontraran un punto de referencia apropiado para explicar su falta de raciocinio.

Hay, sin duda, gran analogía en el obrar entre bestias y hombres. Y nuestro cuarto burrito quiso meterse a músico valorando mal sus aptitudes. Un burro de músico es una ironía. Y en la fábula nos encontramos con el “Burro Flautista”, actuando de una manera idéntica a ciertos hombres que ignoran sus capacidades y poca importancia le dan al dicho popular de “meterse en camisa de once varas”. Como el burro de la fábula quieren hacer creer que poseen determinados conocimientos y atributos porque la casualidad les hizo una vez sonar la flauta. Al rebuzno le dan el nombre de canción y se inflan como un pavo real. Ni siquiera procuran esconder un poco la aspereza del pelambre.

Por las llanuras de la Mancha, por tierras de Castilla, en vida y en muerte por todos los caminos del mundo y todos los atajos de la historia, ha rumiado pastos y melancolías nuestro quinto burrito. Sobre sus lomos no viaja ya un Redentor de la humanidad, un hijo de Dios, sino la mitad del género humano simbolizada por Cervantes en el bueno, el leal, el ingenuo Sancho Panza que va en pos de Don Quijote deslumbrado por la promesa que le ha hecho de darle un reino que gobernar. El Gobernador de la ínsula Barataria va en su burro diciendo refranes y acariciando la secreta esperanza de verse convertido de campesino en gran señor.

Y arrancado de las tierras de España nos llega el sexto y último burrito. Es pequeño, de pelo suave, de mirar triste y grandes orejas. Tiene la sencillez de todo lo que es bueno,

de todo lo que es noble. Hasta su mismo nombre es dulce al pronunciarlo. Se llama "Platero". La humildad de su origen no lo amilana, no lo conturba. Nació leal y sincero, soñador y poeta. Y Juan Ramón Jiménez, para designarlo, escogió los términos más sonoros del idioma castellano. "Platero" no es un burro, es un pedazo de arte encerrado en redomas de belleza.

Las cigarras

No he logrado explicarme, por más esfuerzos de imaginación que he hecho, por más sutiles razonamientos que he empleado, ese entrañable amor, esa veneración que los griegos antiguos sentían por las cigarras, por el canto monótono de las cigarras. Para el griego oír cantar una cigarra en las tardes calurosas sobre las frondosas copas de los árboles o entre el verdor de los viñedos coronados de pámpanos en agraz, era algo que tenía el mismo poder de seducción que el canto de las sirenas tuvo para el errante Ulises.

A los jardines de la Academia, al caer de la tarde, acudían los poetas ansiosos de solazar su espíritu con la extraña vibración de los élitros incansables de las cigarras y de recitar, en voz alta, sus poemas perfectos donde los yambos sonoros alternaban con los sonoros hexámetros, en una sucesión de imágenes que se elevaban en el aire perfumado con los aromas de los heliotropos y los jacintos, los mirtos y las rosas, y los filósofos, cabe la sombra de los plátanos, iban explicando a sus discípulos el profundo sentido de sus doctrinas y la secreta razón de sus sentencias.

Cuántas veces, mientras a la orilla de un arroyuelo cristalino o en las fértiles riberas del Iliso o del Cefiso, Sócrates discurría sobre la inmortalidad del alma y la supervivencia de los dioses con su discípulo Platón, el viejo Anaxágoras predicaba a sus oyentes sus ideales revolucionarios y sostenía que los dioses habían muerto en la Hélade, que Phalás Athenea había muerto y sólo perduraba sobre los escombros de las divinidades paganas el sentido de la belleza, el culto de los héroes.

Para Sócrates y Platón, para Anaxágoras y Fidias, para Fileto y Praxiteles, la belleza y la verdad eran antes que el canto de las cigarras que no alcanzaba a perturbarlos en sus profundas meditaciones. Si Sócrates hablaba, para sus oyentes las palabras que brotaban de sus labios eran como el agua pura de la verdad, y si Fidias caminaba por las avenidas de laureles y de mirtos, la belleza circundante no alcanzaba a desdibujar de su mente las líneas puras de sus

Afroditas ni perder la armonía al conjunto de figuras para uno de los inmortales frisos del Partenón.

Las cigarras, en las colinas del Himeto o en las laderas del Monte Olimpo, con la monotonía de sus cantos, sembraban nuevas emociones sólo en la mente y en el corazón de los poetas líricos. Ellas llenaban el aire transparente del Ática mientras las abejas iban recogiendo de los perfumados estambres de las flores la miel para los dioses y en las aguas de los estanques perfumados con el loto los cisnes de nívea blanca y orgullosos cuellos añoraban el sublime sacrificio de Leda.

El culto de los dioses, el culto de los héroes y el culto de la belleza, trilogía perfecta adorada por el alma griega. ¿Que la pureza de líneas de la estatuaria griega, los dioses del paganismo heleno despreciados por Anaxágoras han muerto? ¿Las tragedias de Esquilo y de Sófocles, las Odas de Píndaro y los vigorosos cantos de la *Odisea* y de la *Ilíada* han sido olvidados? ¿Ha sido olvidada la belleza de Aspasia o la de Friné? ¿Las obras de Praxiteles y de Fidias han sido, son y serán siempre el súmmum de la armonía de líneas y de la eterna espiritualidad?

Renan, en su plegaria ante la Acrópolis, vertió toda la admiración, todo el supremo goce espiritual que le produjo la contemplación de los templos de Atenas, de las estatuas de sus dioses, de las estelas de sus tumbas; al caminar por las mismas calles, por los mismos senderos y por los mismos prados y riberas de los ríos por donde caminaron los poetas, los filósofos, los artistas y los héroes griegos, sintió llenarse su espíritu de luz, y lentamente, los ojos bañados por el llanto y los labios temblorosos por la emoción, se hincó de rodillas. Repitiendo la misma plegaria, lustros más tarde, Cornelio Hispano, un griego nacido en el Valle del Cauca, haría el mismo recorrido e iría, vuelta la imaginación al pasado heleno, a sentarse sobre la misma piedra donde se sentara Sócrates el día de su muerte para despedirse de su esposa Xantipa.

Atenas, Grecia, el Arte y la Belleza. Oyendo las cigarras he pensado en todo eso y, sin embargo, no he podido explicarme por qué los helenos amaban ese canto que a mí sólo me produce una fuerte alteración nerviosa.

La rosa

De las espumas del mar nació Venus Afrodita. Del bello mar de la Hélade, del mar Jónico, en las playas mismas de Citerea, en una mañana de primavera. Salió de las aguas con toda la magnificencia de su casta desnudez, y con pasos lentos acompañados se dirigió hacia la orilla. Sobre su carne rosa y marfil temblaban algunas gotas de agua tornadas en diamantes por los rayos del sol y la levedad de sus plantas apenas si quebraba la armonía de las ondas.

La diosa amada por los dioses y adorada por los hombres, al emerger de las aguas y pisar la tierra creó, con el milagro de sus plantas, el milagro de las rosas. Donde el pie de la deidad pisaba brotaba un rosal que se habría en perfumadas y blancas rosas, de pétalos suaves y aterciopelados que temblaban al ser agitados por las inquietas manos de Eolo, el picaresco dios de los vientos que se hacía tierno para no maltratar la virginal delicadeza de las flores. De la espuma del mar nació la diosa y de las plantas de la diosa nacieron las rosas blancas.

Sólo bajo los cielos de Grecia podría efectuarse el milagro espléndido y bajo los caldeados soles de Siria la rosa perder su blancura para adquirir el rojo color de la sangre. Los dioses del Olimpo narraron a Hesíodo la historia para que el poeta la perpetuara en sonoros hexámetros, para que dijera cómo Venus, al querer proteger al juvenil Adonis de las persecuciones del vengativo Marte, se hirió un pie y la sangre, absorbida por el tallo del rosal donde se hiriera, tornó en rojas las rosas que antes eran blancas.

Amada por los dioses y cantada por los hombres, la rosa adquirió jerarquía. Su imperio fue extendiéndose y diversificándose sus colores. Impuso su lozanía en Oriente y en Occidente, pobló valles, ascendió colinas. Con el arma cándida de sus suaves pétalos conquistó países y dominó naciones. Los césares la proclamaron la flor del estado y los papas la flor de la iglesia. Coronó a los héroes y a las

hetairas y presencié impasible los banquetes de Heliogábalo y las sesiones del parlamento francés.

Si Hesíodo cantó el nacimiento de las rosas, el sabio Rey Salomón no encontró en la naturaleza, para comparar la belleza de su amada, de la ardiente Sulamita del *Cantar de los Cantares*, más que las rosas, las perfumadas, las virginales, las aterciopeladas rosas de Jericó y de los valles del Cedrón, y con ellas adornó el tálamo nupcial destinado a recibir el cuerpo ardoroso y palpitante de la Reina de Saba. Sobre un lecho de rosas fue engendrado el Rey de Reyes, el poderoso Menelik. Una rosa, pero una rosa roja, le exigió la amada al estudiante en el bello cuento de Oscar Wilde, para bailar con él. Era en invierno y no se encontraban rosas rojas. Y un ruiseñor que oyera las doloridas lamentaciones del desgraciado amante, para que éste tuviera la rosa roja exigida por la amada, se acercó a un rosal y clavándose en el diminuto corazón una de las espinas coloreó de rojo una rosa blanca. La rosa roja nació de la sangre del ruiseñor que murió feliz entonando el más armonioso de sus trinos.

Del milagro de las plantas de Venus Afrodita nacieron las rosas y con la sangre de la diosa nutrieron sus colores. Y sólo de un milagro podría surgir ese pequeño promontorio de suaves y perfumados pétalos que bien valen la muerte de un ruiseñor.

Boccaccio en la hoguera

Quien conozca, así sea en forma somera, la biografía de Boccaccio, habrá de sentirse extrañado con el título de esta glosa, porque el escritor italiano murió en su lecho de enfermo siendo asistido por una vieja sirvienta que lo quería como a un hijo y no en una pira como Savonarola o como Juana de Arco. La roña, una "roña inmunda" como él mismo la calificara, lo llevó al sepulcro y no las lenguas purificadoras del fuego.

Durante su existencia, sucesión de infortunios y de penalidades, de amarguras y de desengaños, el único lenitivo que Boccaccio tuvo fue su literatura, arte único que practicara cuando fracasó como comerciante. En sus obras se vengaba de sí mismo y de sus conciudadanos tratándolos con mordacidad y criticando sus vidas con desenfadado cinismo, sin que a su pluma escaparan las clases privilegiadas constituidas entonces por la nobleza, por el clero dominante y por las gentes de vida holgada económicamente. A Boccaccio se le amaba y se le temía. Se temía su pluma, fustigadora despiadada de las costumbres sociales y de los vicios particulares. En un cuento, en un soneto, escritos con galanura, con donaire, dejaba al desnudo las almas perversas no para solazarse sino para amonestar, para corregir, para limpiar un poco esa sociedad que le producía náuseas con sus lacras morales y la desvergüenza de sus procedimientos.

Pero a Boccaccio, en su tiempo, no se le tildó nunca de pornográfico. Su literatura no fue considerada como merecedora de tan amargo calificativo ni aun por los mismos a quienes hacía alusión en sus escritos en forma tan poco velada que ningún trabajo les costaba identificarse en determinado personaje de un cuento o en los breves renglones de un soneto. La crudeza de sus afirmaciones, la clara descripción de ciertas escenas, la pintura real de escabrosas aventuras, no podía en ningún momento llamarse pornografía.

Hoy en día, sin embargo, se ha venido a descubrir que las obras de Boccaccio son pornográficas. El descubrimiento ha sido realizado en la más civilizada de las naciones, en Inglaterra. Y no lo ha hecho una academia ni un centro de estudios, ni para llegar a tan maravillosos resultados ha sido necesaria la reunión de un concilio integrado por puritanos levitas rezumantes de moralidad y buenas costumbres. El hallazgo lo hizo una junta de vecinos de una pequeña aldea convertidos en jurados y jueces por propia y directa iniciativa.

Y esa junta de aldeanos de seráfica pureza no ha vacilado un momento en pronunciar su fallo: "Las obras de Boccaccio, con especialidad los cuentos de *Decamerón*", son pornográficas y como tales deben ir a la hoguera. Sin apelación posible del fallo, en la aldea los pocos ejemplares del *Decamerón* fueron confiscados y quemados para destruir así esa piedra de escándalo y de corrupción.

Ingenuos los buenos parroquianos ingleses. Es el calificativo que mejor les cuadra. Con recoger los pocos ejemplares del *Decamerón* existentes en su aldea creyeron destruir para siempre la obra del italiano, sin pensar que su ridículo proceder de nada serviría, a nada conducía existiendo millones de ejemplares en todas las naciones del orbe. Con razón se dice que la ignorancia es agresivamente estúpida.

¡Boccaccio en la Hoguera! Para no aparecer como apasionados regionalistas, para no dejar a medio camino su obra purificadora de la literatura universal, los venerables aldeanos ingleses van a tener que mantener en la plaza principal de su pueblo una pira encendida permanentemente y en ella apresurarse a quemar todos los libros representativos de la literatura universal, principiando por sus Biblias personales, esos bellos ejemplares amorosamente editados y forrados en finos cueros que les sirven para sus rezos cotidianos.

La tarea va a ser larga y seguramente, aún muriendo de la edad de Matusalén, no van a alcanzar a cumplirla. Pero sus hijos, sus nietos, sus biznietos y toda su descendencia hasta la centésima generación, pueden quedar encargados de cumplir el rito depurador y si duran como el bíblico

personaje unos cuantos cientos de años esos descendientes, quizás lo logren. Logren cumplir tan virtuosa obra.

Efectuada la purga, ¿qué va a quedar de la literatura? Nada que valga la pena. Porque en toda obra de algún valor los buenos ingleses de marras y sus descendientes van a toparse con escenas como las descritas por Boccaccio y aún peores, con pecados horrendos, con una más abundante y terrorífica pornografía.

¡Boccaccio en la hoguera! ¡Cómo debe reír, bien a sus anchas, el ilustre escritor italiano en los planos del más allá, con la determinación tomada a última hora con su *Decamerón* en una aldea inglesa! Ahora sí su espíritu va a sentirse regocijado, profunda y sinceramente regocijado.

Egipto

En las afueras de El Cairo, en una recámara subterránea de la gran pirámide de Cleops, los arqueólogos acaban de descubrir un “bote de sol”, embarcación que ha permanecido allí oculta desde hace cinco mil años y perteneció a uno de los faraones. En esa nave el alma del faraón cuando llegara la muerte emprendería el viaje hacia la eternidad, siguiendo la ruta del sol, acompañado de sus más fieles servidores y llevando el bagaje de sus esclavos y sus joyas, de sus finos ropajes y alimentos suficientes para la gran travesía.

Cuando en el año de 1925 los egiptólogos hallaron la tumba del Rey Tutankamen, la cantidad de riquezas que apareció a sus ojos los dejó deslumbrados. En las salas que precedían al nicho funerario, a la gran recámara en donde en sarcófago perfumado la momia del monarca dormía el sueño eterno, estaban alineadas las embarcaciones con sus tripulantes a los remos, listos para zarpar hacia el más allá, hacia el país de Osiris. Lujo, esplendor, riquezas. Cofres repletos de joyas, pedrerías, finísimas telas y las cráteras que posiblemente al efectuarse el sepelio fueron puestas allí con los vinos y los manjares que servirían de alimento al poderoso señor.

Las dinastías faraónicas tuvieron sólo una preocupación: La muerte, el viaje hacia el más allá. Los Ramsés, los Tutmés, Amon Ra el rey del sol, Memmón, Tutankamen, Sesostris, Cleops, durante sus reinados invirtieron su tiempo y sus fortunas en preparar sus funerales, en construir templos y monumentos que guardaran su nombre y su recuerdo para la posteridad. Surgieron así las Pirámides de Gizeh y de Cleops, la Gran Esfinge, el Templo de Kousú, los colosos de Menfis y de Tebas, los monumentos de Karnak, las grandes estatuas de los reyes y emperadores que el transcurso de los siglos y las furias del desierto no han logrado abatir del todo.

Apis, el buey sagrado, Osiris, el poder que renace de sus cenizas como el ave Fénix, Ra, el sumo fecundador y

creador formaban para los egipcios la trilogía de dioses mayores que poblaban el cielo de su mitología. En los grandes templos, en los magníficos mausoleos, en todos los monumentos, los astrólogos con los caracteres de su escritura simbólica y cuneiforme grabaron el fiel relato de las creencias predominantes y los hechos de armas de sus gobernantes, sus cantos a Osiris, epopeyas que repetidas en papiros se depositaban en las tumbas para que las almas de los muertos las releyeran durante el gran viaje.

El Nilo, el río sagrado del Egipto como lo es el Ganges en la India, con sus avenidas periódicas fecundaba las tierras y en sus limos las semillas del trigo brotaban vigorosas y producían grandes cosechas, suficientes para alimentar a toda la población campesina y para sostener las clases gobernantes y multitud de esclavos consagrados al transporte de los pesados bloques de piedra hasta las ciudades o hasta el desierto para levantar los monumentos y construir las tumbas de los amos.

Los soles ardientes del desierto, la desnutrición de los esclavos, el peso abrumador de los bloques de piedra empleados en las estatuas, en los templos y en las pirámides o mausoleos que era necesario transportar a largas distancias, elevar a alturas prodigiosas dados los escasos medios con que contaban para ello y que hacían necesaria la fuerza bruta, dieron cuenta de millares, quizá millones de vidas. Pero a los señores feudales, a la casta faraónica esos millones de vidas poco podía interesarles. Esclavo muerto era esclavo reemplazado y la obra continuaba, la obra se hacía.

El misterio de la muerte ha sido la obsesión de la humanidad. Las regiones del más allá, los países de ultratumba, su temor constante. Ese insondable misterio que encierra el destino de las almas al abandonar la materia ha creado las religiones que son en el fondo una esperanza, un afán, el deseo de la no extinción total del ser humano, la ilusión de subsistir en alguna forma y en alguna parte. En el antiguo Egipto, en las clases gobernantes se traducía esta ansia de eternidad en los monumentos, en las inscripciones, en los papiros, en los templos, en los hipogeos, y la creencia en el más allá, en una vida supraterrena, llevaba a los faraones a

emprender con empeño durante sus reinados la construcción de sus tumbas.

Llegado el momento de la muerte, la iniciación del eterno viaje, el cuerpo era perfumado y embalsamado para que no se corrompiera la carne, para que la materia no se disgregara, y los mortales despojos encerrados en cámaras subterráneas amuralladas, con todos los elementos indispensables para la travesía que emprendería el alma del difunto que, como durante la vida, en los reinos de las sombras podría gozar de todos los placeres, de todos los lujos y de todas las riquezas. La muerte, para los faraones, era una prolongación de la vida y nada más.

Temían la muerte y sin embargo empleaban la vida en prepararse para ella. Morir era emprender un viaje por el país del más allá y por eso debían estar prontos para ese viaje. Un contrasentido que se descubre cubierto con los velos de la esperanza, porque la tan temida muerte podría ser un renacimiento o necesariamente era un nuevo renacer pero no en espíritu sino en materia. Como Osiris muriendo para renacer, así los faraones renacerían tras la muerte.

En las afueras de El Cairo, en todas las antiguas ciudades del Egipto, las piedras descarnadas de los monumentos y de las estatuas, las grandes pirámides, hablan de la sed de eternidad que atormentaba a los faraones. Una sed insaciable como la producida por las arenas del desierto. La misma sed que ha atormentado y que atormentará eternamente a la humanidad. Como en Egipto, en Siria y Palestina, en la India y en Asia, en Europa y América, la humanidad piensa en la muerte y adora sus dioses, confía en eternizarse y levanta templos y monumentos. Un temor y una esperanza que no desaparecerán jamás del género humano.

Calarcá, 1954

Barrabás

En mi infancia escuché muchas veces, de labios de mi tía Pastora, hermana de mi padre, la frase de: “más perversa que Barrabás”, cuando trataba de exagerar los proceder de algún párvulo autor de intrascendentes pilatunas que contrariaban la paz y la tranquilidad de la buena señora, frase que, claro está, ni yo comprendía ni la comprendía aquel que con ella era estigmatizado, porque se le comparaba con el desventurado reo de delitos comunes puesto en libertad en reemplazo de Jesús de Nazareth.

Más tarde, en tiempos de Semana Santa, las referencias a Barrabás graneaban en el púlpito y en los comentarios callejeros, recibiendo las maldiciones de las buenas gentes que en su ingenuidad consideraban que la muerte de Cristo, su agonía en el Calvario, se debió única y exclusivamente al proceder del ladrón absuelto, y no a otros factores, a otras causas más profundas y verdaderas. Barrabás, de acuerdo con el pensar de los buenos creyentes, debía cargar con el pecado por toda la eternidad.

¿Quién fue Barrabás? Esto no se explicaba ni había necesidad de ello para tener contenta a la gente. El sacerdote creía suficiente ceñirse a los versículos del Evangelio, citándolos por su brevedad y su grafismo:

«17. Tenía Pilatos que dar libertad a un reo con ocasión de la fiesta.

«18. Todo el pueblo a una voz clamó, diciéndole: Quítale a este la vida y suéltanos a Barrabás.

«19. El cual, por una sedición levantada en la ciudad y por homicidio, había sido puesto en la cárcel”. (San Lucas. Cap XXXIII)».

Homicida y sedicioso. Eso era Barrabás y por eso iba a ser crucificado. Y por ladrón.

Los Evangelios no vuelven a referirse a Barrabás ni la historia laica aclara cuál fue su vida después del golpe de suerte que le dio la libertad cuando ya el patíbulo estaba listo para que purgara sus delitos, ni dónde habitó ni cuál

fue su fin. ¿Y para qué, cuando ya había cumplido los designios del Eterno, contribuyendo inconscientemente a la redención del mundo?

Pero los literatos, los novelistas, no han querido que Barrabás sea un insignificante hecho en el Drama del Calvario y nada más. Y han especulado con su vida antes y después del indulto. Gabriel Miró, el insuperable, en su libro *Figuras de la Pasión del Señor*, hace aparecer a Barrabás asesinando a un rico hacendado para robarle, lo presenta luego en el momento de ser puesto en libertad, lo hace merodear por las cercanías del Calvario, para llevarlo, días después, a presencia del hijo de su víctima, a quien dice: "Se ha cumplido el año que mataron y robaron a tu padre". "Mira aquí a su matador". "El huérfano dio un grito, y revolviéndose tomó una hoz que había entre los aperos y la clavó en el vientre del homicida".

Papini, el escritor ateo que se convirtiera al cristianismo y que provocara una fuerte polémica con su libro *El Diablo*, amenazado de ser incluido en el Index, en *Los Testigos de la Pasión*, muestra a Barrabás también merodeando por entre las malezas del Calvario después del Drama, hablando con Lázaro el resurrecto sobre la vida de Jesús, ofreciendo a los discípulos del Cristo su ayuda para vengar al Crucificado y, por último, regresando a Jerusalem con el alma llena de odio y la boca de blasfemias, ocultándose en el palacio del Pretorio para asesinar a Pilatos. Descubierta y llevado ante el procurador, éste le dice: "¿Has vuelto, Barrabás? ¡Será la última vez!". Y Barrabás muere crucificado en el Calvario, lugar donde "cuarenta días antes había entregado su espíritu el Hijo del Hombre".

Si Miró hace morir a Barrabás asesinado por venganza, y Papini lo hace morir crucificado en el Monte Calvario, el escritor Par Lagerkvist, apartándose de las tesis de estos dos autores, opta en su libro *Barrabás* por una muerte más cruel para el homicida: Barrabás, muerto Jesús, vaga por el Monte de los Olivos, vaga por el Calvario, se retira al desierto, es apresado por la soldadesca romana y convertido ya al Cristianismo va a parar a Roma, donde muere quemado por Nerón la misma noche en que San Pedro es crucificado.

¿Cómo era Barrabás? ¿Qué edad tenía cuando su liberación y a qué edad murió y dónde? Preguntas sin solución. El pintor Rembrandt, en su famoso cuadro «Barrabás», no pintó un hombre de expresión atrabiliaria y colérica, un desalmado, sino un anciano de barba enmarañada, nariz gruesa, cabellera revuelta y rostro cruzado de arrugas que se hacen más profundas en la frente, pero en sus ojos no hay crueldad, no tienen ese brillo colérico de los ojos de gente sanguinaria, sino que son apagados, llenos de dulzura, con miradas vagas perdidas en la lejanía, y un gesto de cansancio y soledad en su boca.

Sedicioso, homicida y ladrón, salteador de caminos, enfermo de venganzas, muriendo con las entrañas desgarradas por una hoz, en una cruz sobre el Calvario, en las afueras de Roma, convertido en una tea humana, Barrabás no es, no puede ser un personaje execrable, un alma réproba. El recuerdo del Cristo crucificado limpia de impurezas su nombre: Los designios del Eterno, inescrutables, lo pusieron en el camino de la redención para servir a ella, porque para que ella se efectuara era indispensable su prisión y su libertad.

Al imaginarme a Barrabás no puedo menos que formarme de él una imagen igual a la trazada por Rembrandt, de un viejo que lleva en sus ojos el recuerdo de un sangriento drama que ha conmovido su ser hasta lo más profundo de las entrañas y lo ha tornado bueno, triste y resignado, un viejo que ha visto morir ajusticiado al propio Hijo de Dios.

Marcianos

En *Urania*, Camilo Flammarion describe así a los habitantes de Marte: “Los habitantes de Marte son muy superiores a los de la Tierra, en su organización, en el número y agudeza de sus sentidos y en facultades intelectuales”, y agrega más adelante: “El hecho de que la atmósfera de Marte es nutritiva, ha librado allí a los organismos de las groseras necesidades terrestres”.

El astrónomo francés no dudó un momento sobre la existencia de otros mundos siderales habitados por seres no parecidos al hombre, física e intelectualmente, sino más adelantados en ambos aspectos. Acondicionó la naturaleza de esos seres al estado de mayor o menor densidad de la atmósfera: “Tan difícil sería a los organismos revestir en Marte caracteres terrestres, como aéreos en el fondo del mar”. De los marcianos afirma: “Como la humanidad marciana es varios miles de años más antigua que la nuestra, ha podido recorrer fases de su desarrollo que la terrestre no ha alcanzado aún”.

No somos los habitantes de la Tierra los únicos seres espirituales dentro del Cosmos. Eso está “claro”. En otros mundos existen seres que piensan, que viven la “vida” del espíritu con mayor intensidad. El Evangelio lo confirma: “En la casa del Señor hay varias moradas”. ¿Es la “casa del Señor” el cuerpo humano, lo es el planeta Tierra o lo es el espacio sideral poblado de infinitos soles? La razón nos inclina a aceptar como verdadera la última proposición, no las dos primeras. El Creador del Universo sólo ese mismo Universo puede tener por morada. La pluralidad de los mundos habitados es, pues, inobjetable.

El hombre, después del absurdo de la Torre de Babel, en todas las latitudes, ha soñado con conquistar el mundo sideral. Los viajes interplanetarios lo han desvelado. Y si a los hombres les ha nacido esa idea, ¿por qué no puede haber germinado también en la mente de seres de otros planetas de mayor desarrollo, como los marcianos? ¿Por

qué no han de haber intentado el viaje a la Tierra? Si la humanidad marciana, como lo afirma Flammarion, es “miles de años más antigua que la nuestra”, su grado de adelanto espiritual debe ser muy superior. ¿Cuántos miles de años terrestres hará que los marcianos saben de nuestra existencia sobre la Tierra? “Nuestros más trascendentales progresos científicos son juegos de niños comparados con el saber de los habitantes de aquel planeta (Marte)”. ¡Y el hombre que se ha creído siempre el súmmun y el compendio de todos los conocimientos, el mimado de Dios...!

Las anotaciones anteriores se me han ocurrido leyendo un artículo escrito por Wenceslao Fernández Flórez. Trata con un poco de humor y un mucho de desprecio el tema de los “platos voladores” tripulados por seres procedentes de Marte. No cree en ellos. En boca de un ebrio de café, pone esta descripción de un ser marciano, entrevistado al cruzarse el platillo con el avión donde el narrador viajaba: “Era un hombrecillo de piel cobriza y ojos como dos discos de ónix”, cuya estatura no levantaba del suelo sino “un poco más de un metro”, detalle apreciado al verlo nuevamente dentro de un café, sentado a una mesa como cualquier sencillo parroquiano.

Concuerda poco la descripción de Flammarion con la del ebrio del artículo de Fernández Flórez. El último absurdamente le acomoda un físico terrestre y una mentalidad de negociante catalán, al marciano. Un ser espiritualmente puro es para el astrónomo francés el mismo marciano. ¿Cuál de los dos tiene razón?

Yo creo en la pluralidad de los mundos habitados, y no he intentado nunca imaginarme cómo puedan ser esos habitantes. Sólo sé decir que los considero menos estúpidos que los hombres.

Lhasa

Mediaba agosto cuando llegamos a Lhasa, la ciudad de los Lamas. Semanas y semanas de lenta y penosa marcha por caminos estrechos, en ascensión permanente que llenaba de fatigas el espíritu, maltrataba las carnes y hacía reventar las cabalgaduras. No llevábamos guía, sino que nos habíamos enrolado con una caravana de comerciantes que llevaban al interior, desde la costa, mercaderías de procedencia americana y europea para surtir los bazares de la legendaria ciudad, artículos que en verdad, en nada iban a cambiar la vida sedentaria de las gentes tibetanas.

En las primeras jornadas, y aún durante las últimas, para mí, más que para mis compañeros, la falta de un guía experto, de un Cicerone con alguna ilustración y bien conocedor del país, que supiera los nombres de todos los picos de montaña, de todos los caminos, pueblos, ríos y ventisqueros, se hizo sentir hondamente. Viajar por un país desconocido, lleno de leyendas, ignorando casi en absoluto el idioma de sus habitantes, sus costumbres y su religión, su topografía y el valor de su moneda, era una empresa si no arriesgada por lo menos absurda. Una locura, una bella, una magnífica locura.

Desde mi infancia había soñado con visitar alguna vez lejanos y exóticos países. El Asia Central me atraía con una fuerza irresistible, era su llamado como el llamado mismo de la patria. El nombre sonoro y poético del Tibet era en mis oídos como una música embriagadora cuyos sonos despertaban fuertes emociones en mi corazón. Muchas veces pensé para mí en que de ser cierta la creencia de la reencarnación, la metempsicosis, en una vida anterior mi espíritu había estado encarnado en un cuerpo de pastor tibetano, acaso había morado en la enjuta humanidad de un Lama. Tenía el presentimiento de que al encontrarme en ese remoto país no habría de sentirme extranjero sino como en mi propio terruño, en mi propia casa.

Durante el viaje al escalar una nueva cumbre y divisar, allá a lo lejos, las cadenas de montañas del Himalaya, al respirar el aire fresco de los ventisqueros, al saturarme de azul de infinito, en mi subconsciente una idea afloraba tomando la forma de la realidad y pensaba: Esto para mí no es nuevo, esto lo he conocido yo, por estas cumbres y por estos senderos abruptos yo he vagado, yo he apacentado un rebaño de cabras, yo he rezado al llegar la noche cargada de estrellas y pletórica de misterio, esas oraciones que en lo escondido de sus templos, con suave unción, rezan los grandes Lamas, los ancianos sacerdotes para invocar la protección de los dioses tutelares.

Las estrechas calles de Lhasa se me hicieron familiares. Ni las mismas costumbres me fueron extrañas. ¿Por qué? La idea de una vida anterior tomaba mayor fuerza en mi interior, adquiriría prácticamente una absoluta realidad. Transitando por las empedradas y angostas vías, quebradas por la topografía del terreno, me sentía como en mi propia ciudad. Durante la noche perdía la noción de la realidad y mi imaginación vagaba por los caminos de la fantasía hacia las rutas del pasado. No: Yo no era un suramericano sino un simple pastor tibetano refugiado muchos siglos antes en las montañas huyendo de la India, acosado por las hordas de Tamerlán.

Mis ojos, en las noches de luna, se volvían arrobados hacia los muros de las mezquitas, hacia el palacio del Gran Dalai Lama, el sumo sacerdote, ubicado en las afueras de la ciudad en la vertiente de una ladera, coronado por cúpulas de oro y con sus gruesos muros de piedra imposible de ser escalados. Visitar el gran Monasterio, perderme en sus abovedados corredores, en sus salas penumbrosas, o asomarme a sus minaretes y postrarme ante sus altares llenos de íconos, dialogar con los Lamas llenos de sabiduría y de años sobre la inmortalidad del espíritu y sobre los misterios de la reencarnación, sentir en mi ser la misma elación mística por ellos sentida, embriagarme con el silencio y el recogimiento del sagrado templo, era mi obsesión.

El dios de los brazos múltiples y de abultado vientre, de mirada indescifrable que parece unas veces contemplar

el mundo con rencor y otras con inefable dulzura, me enviaba su llamado. Caminando por sus jardines me hubiera rejuvenecido, habría sido para mí pisar las arenas de sus patios, entrar en una eterna Shangri-La. Ante el altar de Buda yo me hubiera postrado, y de rodillas hubiera implorado intercediera por mí ante el Gran Brahma, el creador y el omnipotente. Pero para mí estaban las puertas del templo cerradas como para cualquier profano. Mis plantas de extranjero jamás podrían violar el secreto de los mediatibundos Lamas y tendría que regresar con la nostalgia de no haber podido conocer a fondo el gran secreto de la vida eterna, los profundos misterios que se esconden tras las pupilas insondables del impasible Buda.



Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Centro de Publicaciones
de la Universidad del Quindío
(Armenia, Colombia)
en el mes de julio de 2011.

